simone may



la novela del nudismo

2 PTAS

DESNUDEZ

R 110738

SIMONE MAY

DESNUDEZ

(La novela pasional del nudismo)

Traducción de

JULIO GOMEZ DE LA SERNA

dédalo

"SELECCION LITERARIA"

LARRA, 6 - MADRID

1933

Es propiedad.
Copyright by Dédalo 1933

DIANA - ARTES GRAFICAS - LARRA, 6 - MADRID

PROLOGO

Se ha escrito bastante sobre el nudismo, pero siempre enfocándolo desde un punto de vista puramente higienista o simplemente gráfico. Y también, desgraciadamente, bajo el pretexto del nudismo, se ha intentado explotar obras que sólo tendían a la más baja pornografía. SIMONE MAY, la joven y ya afamada escritora parisina, la "nueva Colette", a quien el éxito de público más halagüeño acompaña, colaboradora en la prensa francesa más selecta, ha seguido un rumbo totalmente opuesto. En "DESNUDEZ", su primera obra traducida al castellano, plantea sutilmente la natural reacción viril ante el movimiento nudista alemán, que es el más auténticamente sincero. El protagonistas de "DESNUDEZ", un parisién distinguido, pasional y sensible, se enfrenta con el nudismo femenino, y la práctica de ese sistema le lleva no a la sensualidad, sino al verdadero amor, a la más maravillosa aventura... La trama interesantisima de "DESNUDEZ" revela un asombroso conocimiento intuitivo de las más recónditas fibras de la psicología masculina. Y el desenlace tiene toda la melancolía de un sueño... el sueño que ha vivido el protagonista frente a los seres más bellamente naturales, más desprovis-

tos de todo artificio. A pesar de lo atrevido y peligroso del tema y del ambiente, no existe en este libro un solo desliz feamente pornográfico. "DESNUDEZ" es la novela pasional del nudismo, novela que estaba por escribir, pues nadie había incorporado aún, hasta hacerlo SIMONE MAY, el nudismo vivido y detallado a la literatura. El éxito de este libro en Francia y en otros países—recientemente ha alcanzado "DESNUDEZ" la 28 edición—es un éxito justo y que responde plenamente al contenido de esta novela, sentida *por uno de los más finos temperamentos femeninos actuales.*

Aquella mañana, a las once, París se empapaba en el vaho cálido de una canícula anticipada. En veinticuatro horas la estación había envejecido dos meses. Los toldos de lona rayada empavesaban los cafés, donde unas bebidas heladas traspasadas por una paja retenían a los consumidores abatidos, deshecha toda su energía por aquellos primeros calores.

—¡Y no estamos más que a fines de abril!—gimió interiormente Renato, que transitaba por la calle Royale, con un paso cansino.

Su sombrero marcaba un círculo rígido sobre su frente; su camisa le oprimía desagradablemente en el cuello y en la cintura; sus pies removíanse con estrechez en su molde de cuero.

Caminaba por ociosidad; y también para demostrar a sí mismo que podía obrar independientemente de Nell Dory. Esta joven bailarina le había sustituído por un compañero exigente, y desde hacía dos días su ruptura era terminante. Le asombraba aún la comedia que había ella representado hasta último momento. Se había creído amado, sí, amado a pesar

de lo que sabía de aquella mujer astuta y calculadora. Mentía ella sin necesidad ni fantasía, por el gusto de engañar, como rozan ciertos peces al nadar el fondo del río, para enturbiar el agua a su alrededor. Sus palabras no se parecían en nada a sus pensamientos. Eran un vestido que encubría, disimulaba y falsificaba.

Aquella ruptura muy reciente hacía sangrar un vínculo más de costumbre que de amor. Nell había acaparado de tal modo su tiempo, que Renato se encontraba abrumado con demasiadas horas libres, como abruma la calderilla que nos hincha los bolsillos. No le hacía sufrir más que el tedio. Con su vistosidad, su gracia, su maquillaje llamativo, sus vestidos atrevidos puestos de cualquier modo sobre su cuerpo de chiquilla, Nell prestaba picardía a la juerga cotidiana. Renato se sentía impulsado instintivamente hacia donde estaba ella de costumbre. Sin citas, ni esperas, ni caprichos, ni escenas, ni regalos, sin ninguno de los placeres compartidos entre dos, ¿qué quedaba en la existencia?... Intentaba buscar finalidades que no fuesen otra mujercita con la que hubiese que exhibirse, bailar y cenar.

Al pasar ante la luna de un escaparate se miró y se detuvo, sorprendido por su mala cara. "¡Dios mío, qué palido y qué flaco estoy!... Tengo una cara atroz, con la piel pegada a los pómulos y el pecho hundido... ¡Caray! El invierno ha sido extenuante: ¡salir todas las noches... es una idiotez!"

Hizo, naturalmente, responsable a Nell de aquella vida de mariposa nocturna, de la que sólo conservaba un gran agotamiento. La depresión física le

hizo deslizarse rápidamente hacia la melancolía, hacia la amargura. Los bruscos exámenes de conciencia eligen cualquier confesionario. Se acusó de haber malgastado su tiempo, su dinero y su juventud. Nell le había arrastrado en aquel torbellino estúpido; y antes de ella, era otra. ¿Cuántos nombres había tenido aquella otra? Desde su mayoría de edad, desde hacía tres años que era dueño de sí mismo y de su fortuna, había ido resbalando al fondo de una pereza cada vez más aniquilante. Nada tónico: ni un sentimiento, ni un trabajo. Sus amoríos fueron un simple pretexto para derrochar su savia; y había sacrificado todo lo demás: los estudios empezados, los viajes proyectados, el porvenir, la ambición.

... Y luego aquel calor sordo, insoportable: otro nuevo motivo de cansancio. Renato había perdido la costumbre de andar. Con Nell no iba más que en coche, pues ella llevaba siempre unos tacones que se levantaba hasta los cuarenta y cinco grados.

En la plaza de la Concordia envidió a las estatuas de las fuentes que tomaban su baño en el pilón. Aquellos bustos femeninos chorreantes ofrecían unos senos erguidos, bajo una perpetua ducha de belleza. ¡Ah, colocar la cabeza sobre uno de aquellos fríos y duros pechos! El contacto de las figuras de bronce de bellas formas refrescaría su frente, sus manos; no sentiría allí la blandura de fruta madura de una piel demasiado caliente...

No obstante lo cual, miraba a las mujeres, al subir indolentemente la Avenida de los Campos Elíseos. Una que venía hacia él, vestida de claro, creaba una mancha dorada a lo largo de la acera. Torció de pron-

to cuando él esperaba verla bien el rostro, y no le dejó más que una impresión encantadora, debida a su *toilette*. Una mujer, desde lejos, no es más que un vestido que anda.

Otras parecían negar las realidades termométricas y llevaban un zorro sobre sus hombros, una chaqueta de terciopelo ceñida al busto, confiriendo a lo absurdo un valor estético. Era la hora de las pruebas modisteriles. En casa de las grandes modistas, que bordean la avenida, Renato se imaginaba la escena, uno de los raros momentos en que las mujeres se ponen serias: la clienta en "combinación" en el saloncito todo de espejos; la retocadora, con la boca erizada de alfileres; la modista... Aunque el hombre estuviese proscrito de aquellas sesiones, para él trabajaban. Renato lo reconocía con gratitud: "La mujer no cambia; afortunadamente, el vestido cambia: ¡la cambia!" ¡Había tenido tantas amigas cuya principal diferencia provenía del modisto o de la modista!

Esto le hizo pensar en Lydia, la nueva querida de su amigo Pedro, que había sido *maniquí* en uno de aquellos laboratorios del lujo, y por extensión en el propio Pedro, su compañero de diversiones, su animador, su modelo secreto. Rico y desocupado a los treinta años, no tenía más que seguir sus deseos, que le aprisionaban, eso sí, en una red apretada. No por ser soldado voluntario está uno menos sujeto a las leyes de la disciplina. Pedro, sujeto a las leyes del *snobismo,* ejecutaba ritualmente sus avances y retrocesos. Adoptaba desde su aparición las menores particularidades de la moda, incluyendo sus vi-

cios; temía al ridículo más que al escándalo, y sabiendo que se juzga a un hombre por su corbata, se hacía traer las suyas de Londres, en avión. Renato se dedicaba a copiar el corte de sus trajes y el tono de su ingenio.

—"¡Hombre! A estas horas estoy casi seguro de encontrarle en el bar Henry."

Satisfecho de haber encontrado finalidad a su paseo, su andar adquirió mayor animación. Se dejó seducir por el techo de follaje bajo el cual caminaba. Las hojas nacidas de los botones pegajosos, sin desplegarse aún, estaban arrugadas como manos de recién nacido. La majestad de los castaños del Rond-Point le recordó árboles amados de su infancia: los dos castaños, soberbios de altura y de amplitud que montaban la guardia delante de la casa paterna, en Normandía. Porque Renato, perfecto parisién, había sido durante dos terceras partes de su vida un perfecto hombre de campo. La salud de su madre determinó la adquisición de la finca donde él creció.

Compadeció aquel follaje ciudadano cuya lozanía sería pronto devorada por el hálito envenenado de los automóviles. "El de La Morinière, menos adelantado, conservará su jugo hasta que esté más avanzada la estación. El ojiacanto debe estar florido..." Lo respiraba a distancia. Olía la primavera más allá de la ciudad: los manzanos en flor, la hierba espesa de las praderas normandas... Le invadió una sed de verdor, súbita y violenta. La fatiga nerviosa producida por los excesos clamaba por reposo en la naturaleza, despertando ternuras adormecidas: "¡Ah, cómo me acuerdo! Eran los buenos tiempos..." Renato

se volvía a ver mezclado con los mozos de labranza, apilando haces de heno, o guiando el arado, apoyándose pesadamente sobre la mancera. Se acostaba temprano, se levantaba al amanecer. María... La encontraba bella—no era más que sana y fresca, con unos senos firmes y una grupa abultada: atractivos que le gustaban en aquella época; desde entonces había aprendido a contentarse con menos.

El sol, que había absorbido el vaho matinal, extendía un resplandor sin tamizar sobre el suelo y las fachadas. La quemazón de la luz viva resultábale odiosa a Renato. Los macizos de la avenida eran cegadores como una playa. Las mujeres llevaban ya el verano sobre sí. Sus vestidos hablaban de jardines, de vacaciones, tenían un poder de sugestión más poderoso que el de un anuncio de ferrocarril. "¡Ah, marcharme, marcharme lo antes posible!..." Desde París, como desde una encrucijada, podía fijar su elección sobre el mundo entero. No quería volver a Normandía, ni mostrarla lo que había hecho del niño que allí se criara. Sentíase incapaz, inútil, equivocado. "Tampoco el Mediodía, ni España, ni Italia—no quiero sol. No sé qué país podría yo elegir; pero quisiera que hubiese allí árboles tan altos como mis dos centinelas de otro tiempo, y que pudiera estar allí, en una sombra verde como el fondo del mar."

Renato suspiró aliviado al entrar en el bar, poco luminoso y fresco. Tardó un rato en vislumbrar a su amigo, inclinado sobre un "cock-tail", en aquella semioscuridad, calmante para la retina. Erale grata la sensación y la asoció a la idea de los grandes árboles protectores: "Tengo que irme al bosque, a un

bosque muy añoso y muy espeso, donde no se vea ya el sol, a un bosque que esté casi a oscuras... ¡Buenos días, Pedro!

—¡Hola, chico! ¿Levantado ya? Es verdad, que eres libre. ¿Puede uno preguntarte qué vas a hacer de tu libertad?

—Me voy de viaje.

—¿Por mucho tiempo?

—Por quince días o por tres semanas.

—¿Adónde vas?...

—A la Selva Negra—respondió Renato sin vacilar, muy asombrado de oírselo decir. Se sentó en un taburete y pidió un *cherry-gobler*.

—Lo cierto es que París se está poniendo irrespirable. Se muere uno materialmente. Si el verano empieza ahora, la cosa no va a ser divertida.

—¡Haz lo que yo!

—¿Adónde quieres que vaya? Es todavía muy pronto, no hay ningún casino abierto.

—Vente conmigo.

—¡Hombre, no es mala idea!...

Pedro se bebió su "cock-tail":

—Haces bien en removerme, chico; en darme ocasión para cambiar de aire. Todo esto empieza a aburrirme: los cabarets, los alcoholes, las drogas, las mujeres son de una monotonía desconsoladora.

—Eso mismo me decía ya hace un momento; en mí, eso proviene de la parte física; estoy *soltero* actualmente, no tengo ganas de nada. Pero a ti te va bien. Lydia es completamente nueva...

—En mí eso viene de lo moral y es más grave. Busco el reactivo que obre y no lo encuentro... Sería

necesario quizás que me quedase sin un céntimo; pero entonces me mataría. Cambiar de sitio, de cabezas y de cocina es, sin embargo, lo mejor que puede uno hacer en nuestro caso. Lo mismo nos es allí que allá...

—Entonces, lo más pronto posible, ¿eh?

—Conformes. Llevaremos mi "gran sport". Me zafaré por lo menos de dos bodas: bien vale la pena ese viaje. Resultará incluso muy bien: yo no he salido nunca de París por el Este. Me llevo también a Lydia, naturalmente... ¡Perdona, chico! No me acordaba que tú... Puede que encuentres allá alguna mujercita que no sea demasiado de su tierra...

—¡Quita, por Dios! Eso no me preocupa. ¡Para una vez que van a ver un francés casto!

—¿Hablas alemán?

—Lo hablaba con bastante soltura en la época en que extraía raíces cuadradas. No sé lo que recordaré ahora.

Lydia llegó cuando estaban decidiendo el itinerario. Como para muchas mujercitas del pueblo, el viejo axioma: "Mujer pública o mujer casera", definía su destino. Lydia había escogido el primer término, por reacción contra el trabajo casero de su madre, que había sido guapa antes de no ser más que una criada. Lydia, a los catorce años, no tenía más que mirarla para decirse: "No quiero ser eso", cediendo al llamamiento del lujo, rechazado por muchas generaciones de madres laboriosas. Aquel lujo ella no lo veía en su barrio obrero más que bajo formas desnaturalizadas por el oropel del mal gusto y de la baratura. Pero Lydia comprendió muy pronto que

sus piernas no estaban hechas para la seda artificial, ni su cuello para las perlas de pasta. Ella no se contentaría con una mísera ficción, no se dejaría condenar al luto eterno de los pobres. Cuando fué *maniquí* de una casa de modas aprendió en seguida a hacer olvidar su cuerpo para dar todo su valor al vestido presentado, ayudada por una predestinación anatómica: el busto sin volúmenes, el vientre liso, la falta de caderas, la pierna delgada y el cuello esbelto, hacían de ella una de esas mujeres de las que se dice con admiración: "¡Es de lo que no hay!"

Supo del deslizamiento, de la media vuelta rítmica sobre la blandura de un tapiz; la luz favorecedora que baña el raso del vestido, hace centellear las alhajas y aterciopela el maquillaje; el desfile, medio desnuda, bajo la concentración de las miradas, la codicia de los compradores y la envidia de las clientas, sobre quienes el modelo no caerá nunca tan bien porque tienen un cuerpo con relieves y además las es preciso sentarse.

Lydia, dedicada seis horas diarias a la representación del fausto y de la ociosidad, se encontró con pocos ánimos para desempeñar después el papel de Cenicienta. Aceptó gustosa que la ofrecieran aquellos vestidos con todos sus costosos complementos. Pedro, su amante desde hacía un mes, era de esos hombres a quienes les emborracha el envase. Se dejó embriagar por las apariencias encantadoras de Lydia, que halagaban su vanidad mundana. Ella siguió desempeñando en la vida su papel de comparsa: no era más que un vestido—y se sentía feliz de serlo.

Cuando se hablaba de "colecciones" no pensaba

nunca que pudiera tratarse de cuadros. Para ella un viaje representaba el traje, los guantes, el calzado, especiales, para ese uso; el baúl-armario, el portamantas, el almohadón de cuero flexible, el maletín de tafilete, los frascos con tapón de oro. El paisaje no era más que un pretexto. Cuando Pedro la anunció:

—Nos marchamos de París, ¿sabes? Vamos a hacer un viajecito con Renato.

Ella dijo:

—¿Sí? ¿Y adónde?..., preocupada tan sólo en no cometer una torpeza en la elección del vestuario a llevar.

Renato bebía un Martini, sin gusto. Pensaba en Nell, que se despertaría con su pyjama rosa, al lado de su sucesor. Sentía amargamente no haberla lapidado con dos o tres verdades ofensivas que le pesaban sobre el corazón.

El tiempo preciso de conseguir los pasaportes y, para Lydia, de encargar algunos "modelos" especiales y partieron. Los dos jóvenes se turnaron en el volante, conduciendo a todo gas. El viento adhería a la cabeza de Lydia su sombrerito, tan práctico para el beso.

El paisaje francés, sin interés; Alsacia, Estrásburgo, el puente de Kehl, el Rhin. A sus pies el ancho río cenagoso, fiel a su color originario de torrente montañoso. Las laderas erizadas de abetos de grandes ramas curvadas, bajo las cuales colgaban las ramitas como mangas. Y Baden, avanzada ya la noche. Renato, fatigado, pero de buen humor. Los incidentes del camino le habían distraído ya de Nell Dory. Renunciaba a la cólera que cae sobre la nariz como un *boomerang* (1). Gozaba de la sensación del

(1) Proyectil, formado por dos aspas de madera unidas en ángulo agudo, usado por los indios australianos principalmente, y que, lanzado con determinada destreza, si no hace blanco vuelve a las manos del lanzador. Los australianos se muestran de una temible habilidad en el uso y manejo del *boomerang*. (N. del T.)

cambio, provocada sobre todo por el idioma que hablaban a su alrededor, frontera verbal. El sonido humano de la voz, ininteligible de pronto; las palabras más sencillas henchidas de lo desconocido, herméticas, opacas.

En sus primeros paseos, las pequeñas particularidades de la calle y de los transeúntes le saltaban a la vista: el cráneo afeitado de los hombres, sus sombreros prendidos a la chaqueta; la falta de terrazas en los cafés, los gestos enfáticos de los guardias enguantados de blanco ,los números fraccionarios de las casas, el abuso del verde reseda en la indumentaria masculina. Renato miraba a las mujeres con más despego que curiosidad. Aparte del elemento cosmopolita siempre presente en Baden, observaba en las jóvenes alemanas un renunciamiento casi completo al maquillaje. La mayoría de ellas, con el pelo muy corto, se vestían sin la menor falta de gusto, pero de una manera más deportiva que refinada. Renato había dejado en París mujeres que reconquistaban ávidamente los atributos largo tiempo abandonados de la feminidad; la moda apelaba a la seducción, al misterio. Allí se encontraba con mujeres sin preparación, sin secretos, demasiado cercanas al hombre para conmoverle.

Pedro, por su parte, no miraba más que a las muchachas rubias, de ese rubio inimitable, de un oro tan pálido que es casi plata.

—Esto me consuela, decía, de las mujeres oxigenadas con la nuca morena.

Lydia se entretenía en descifrar en los escaparates: "Shokolade", "Kaffé", "Cigarren" y el término

que se estima parisino de "Friseur" (peluquero, ondulador). Esperaba encontrarse a unas matronas con falda verde—y se sintió defraudada. Pero su elegancia, realmente, era única. Ostentaba ella de un modo visible sobre toda su persona la etiqueta "París". Pedro sentía el orgullo del dueño enamorado, y Renato, muy capaz de apreciar desinteresadamente una linda toaleta, la agradecía el que fuese siempre vestida de acuerdo con el estado del cielo, con el ambiente, el momento y la ocasión.

¡Qué de vestidos contenía su baúl aplastado! ¡Qué bien sabía ella por medio de un detalle suprimido o añadido variar un traje, renovarle, para refrescar la vista y dar al gesto del brazo saliendo de una manga ancha el esplendor turbador de una revelación! "Sehr schôn!..." (1), murmuraba a su paso. Y la alegría natural de Lydia sentíase acrecida por el orgullo nacional. Hubiese ella casi deseado estar menos favorecida por la naturaleza para crearse de nuevo más íntegramente. De haber sido fea y no bonita, más mérito habría tenido al forzar la admiración, de lo cual se sentía capaz.

Pero la elaboración de aquella belleza requería su tiempo, todas las mañanas. Renato sacaba el coche y esperaba al volante, más o menos pacientemente. Veía el sol elevarse sobre el horizonte y caldear la carretera. Aquello les ocasionaba un retraso para todo el día; la última etapa la hacían muchas veces de noche. Lydia permanecía callada, oprimida por un vago temor. Aquella hija de la ciudad no sabía lo

(1) ¡Muy bonita! (N. del T.)

que era la noche en la naturaleza; no la había visto nunca tomar tan completa posesión de la tierra, aplastándola entre tinieblas...

Fueron de excursión a la Selva Negra. Pero la severidad de los montes cubiertos de abetos, su silencio y su penumbra, pesaban sobre aquellas almas frívolas. Por la noche se precipitaban al Casino, a los "cabarets", para hallar de nuevo en ellos la atmósfera que añoraban en cuanto la habían perdido.

Oyéndole hablar, se notaba que el recuerdo del alemán se despertaba en Renato. Primero cazó unas palabras, aquí y allá, en una frase. Luego, el sentido las soldó, reconstituyendo la idea, más o menos mutilada. El uso de los *Bitte schôn-Danke schôn* (1) se tornó reflejo. Se ejercitó en el vocabulario corriente; generalmente contestábanle gustosos en francés.

Entre semanas había poca gente por las carreteras. Su klaxón era el único cuerno de aquellos bosques. El número de excursionistas del *week-end* (2) les chocó mucho más, por eso mismo. A pie, en bicicleta, en auto, en parejas, por familias, en grupos, se los encontraban por todas las carreteras, en todas las hosterías de la montaña. Los hombres con pantalón corto y las rodillas al aire, dejando que el sol enrojeciese su cabeza afeitada. Los niños llevaban colgadas a la espalda una pequeña mochila de un tamaño adecuado a su talla.

—¡No puedo avanzar! —refunfuñaba Renato, al

(1) ¿Hace el favor? —Muchas gracias. (N. del T.)
(2) Final de semana, descanso tradicional en Inglaterra. (N. del T.)

anochecer. Su coche dejaba atrás a cada momento a paseantes que regresaban a la ciudad, a grupos de muchachos rendidos de cansancio, caminando indolentemente a pesar de la musiquilla de banjo o de violín que tocaba uno de ellos para animarles. Iban vestidos poco más o menos como unos *boys-scouts*: calzones cortos, camisa blanco o kaki de cuello abierto, las cabezas al aire, y las muchachas con un vestido azul a rayas blancas, falda ceñida al talle, blusa corta y mangas anchas.

Antes de comer, Renato bebía un "cock-tail" en el bar del hotel esperando a sus amigos, y el barman, orgulloso de su francés, le daba conversación.

—Magnífico día, señor. Y magnífico paseo también, ¿no?

—Sí; pero había una enormidad de gente por todas partes.

—¡Ah, sí! Es la época en que los *Wandervôgel* levantan el vuelo.

—¿A quiénes llama usted "pájaros migratorios"?...

—A nuestros muchachos, agrupados por afición a viajar, a descubrir, en una Sociedad de la Juventud. Desde la edad de diez o doce años los niños hacen excursiones los domingos, entregados a sus propios recursos. No se les impone ningún uniforme, no se busca en el traje adoptado sino aquello que deja más en libertad al cuerpo; no hay ni grados, ni disciplinas, ni preparación militar. La única finalidad es ver patria, saborear los goces del aire libre y de la vida errante. Los *wandervôgel* recorren así toda Alemania y van incluso al extranjero. Reducen sus necesidades, hacen vida bohemia, no consumen ni al-

cohol ni tabaco, y son, en su mayoría, vegetarianos.

Renato creyó notar un tono de orgullo nacional en las explicaciones del prolijo barman y le encantó ver al fin a Lydia que entraba, con el aplomo de la mujer segura de que no falta ni sobra nada en su toaleta.

A los dos días, después de un festival de música seguido de una larga estancia en un cabaret—¡eran inconcebibles aquellos espectáculos, que empezaban a la siete y acababan a las diez!—, regresaban al hotel a media noche. La animación que reinaba en la plaza les extrañó. Bullía por ella un verdadero gentío, engrosado por nuevos elementos a cada instante.

Se acercaron, curiosos. Sólo gente joven, muchachos y muchachas, con el traje de los Wandervôgel, y la mochila a la espalda. Todos se mostraban muy animados: los amigos se buscaban, formábanse grupos, oíanse gritos y risas.

—¿Qué pasa? ¿Qué hacen esos chicos fuera de sus casas a la hora en que sus padres están acostados?, preguntó Pedro.

Renato interrogó a un chiquillo con gafas, que templaba su mandolina. De su coloquio, bastante dificultoso, dió él una traducción.

—Es una reunión de *wandervôgel* llegados de diferentes provincias que se han dado cita aquí para efectuar una "Vuelta de Mayo" por la Selva Negra. Se trata, al parecer, de una costumbre para celebrar la vuelta de la primavera. Eligen la época de la luna llena de mayo y salen de noche, para escalar la cima de una montaña desde la cual puedan ver despun-

tar el sol. Sólo después, duermen bajo las tiendas o envueltos en un capote.

—¡Divertirse!—murmuró Lydia, que examinaba a las muchachas: gruesos zapatones, las cabezas al aire, sólidas, alegres y llevando sin esfuerzo la mochila repleta de ropa de abrigo. Lydia, vestida como un hada, no parecía pertenecer al mismo sexo.

El muchacho interrogado por Renato atacó un aria con su mandolina. Era una canción que entonaron varios de los allí reunidos.

Su grupito fué el primero que se puso en marcha y que desapareció por una calle adyacente, siempre cantando. Partieron otros a su vez, a la luz de la luna, para escalar la altura, desde donde saludarían, místicamente, al amanecer.

Como vuelve a ascender un buzo al aire libre, después de haberse adentrado en las profundidas opresoras de la Selva Negra, buscaron ellos valles menos encajonados, umbrías menos tenebrosas. Llegaron a Heidelberg. El castillo les retuvo toda una tarde, fascinándoles con el encanto romántico de las bellas ruinas desmanteladas por el incendio, cubiertas de hiedra, que dejan ver el cielo a través de las troneras de piedra rosada.

Unos estudiantes de la Universidad se paseaban por la terraza que domina las laderas pobladas de árboles y el curso tranquilo del Neckaar.

—¡Dios mío, qué feos son!—exclamaba Lydia ante las cicatrices de sus desafíos fanfarrones y sus go-

rritos de terciopelo grosella, amarillo canario o verde manzana.

Siguieron hacia el norte, bordeando la selva de Odin, donde, según dicen, cazaba Sigfredo. El paisaje se tornaba más risueño, con prados y árboles frutales, que recordaban a Renato los de su infancia. No se sentía ya geográficamente repelido.

Nuevos calores les detuvieron durante una semana en Kônigstein, pueblecito encantador de la cordillera del Taunus, sin ánimos para salir del parque del hotel más que al anochecer. Los vestidos de Lydia ofrecían a las miradas una frescura de tejido y de tonos sosegadora: muselina florida, *tussor* color sorbete, organdí. Cuando el aire era menos sofocante cogían el auto y se iban a atracarse de pasteles a una *Konditorei* (1), o de fresas al mercado de Cronberg: los lugareños llevaban allí, por cestos, lo recogido en el día. Inmensos fresales rodeaban la comarca, y las frutas, rojas, enormes, moteaban el verde a ras de tierra.

Otras veces se bañaban en Homburg, en la piscina de agua mineral, o escalaban el Feldberg, el pico más elevado del Taunus, fijando como objetivo la roca sobre la cual, según dicen, se durmió Brunilda.

Aquel día la tormenta había hecho sentir su amenaza, sin llegar a estallar. Al final de la tarde fueron a buscar un poco de fresco entre la maleza. Renato, con la camisa ceñida al torso, seguía lentamente los caminos forestales, que suben serpenteando y descubren de pronto una soberbia vista sobre el valle.

(1) Confitería, dulcería. (N. del T.)

Cruzaron uno y luego dos pueblos. Unos aldeanos conversaban delante de sus casas, de vigas saledizas.

—Es verdad: hoy es domingo.

—¡Sí, hay carreras de Longchamp!

—Por eso nos encontramos tantos *wandervôgel* —dijo Renato señalando un grupo de jóvenes excursionistas que cruzaban el camino.

El auto subía ahora una estrecha avenida, por encima de la cual se unían las ramas. La luz tamizada por las hojas tomaba un tinte submarino, sueño realizado. El aire estaba quieto y caluroso; el silencio era tan suave, que enmudecían para no turbarlo. Marcharon al azar, entre la penumbra vegetal, siguiendo unos caminos por los que apenas cabía el coche. El camino terminó bruscamente junto a una pradera rodeada de árboles por todos lados.

—Vamos a tener que volvernos por el mismo sitio.

—Evidentemente; pero esto es encantador. ¿Descansamos aquí un ratito?

—Como pretexto para vaciar el termos, ¿verdad? ¡Buena idea!

Sentados sobre la hierba se repartieron la bebida helada, y Pedro atrajo hacia él a Lydia, para besarla largamente. Renato, a quien el calor excitaba, soportaba a disgusto el ser testigo de sus abrazos. Pensaba en todas las Nell Dory de la creación como en una especie despreciable, pero necesaria. "Dentro de una semana estaremos de regreso. Tendré todas las mujeres que quiera, sin que me engañen sus palabras. En ellas todo es maquillaje. No se debe levantar nunca el velo de las apariencias ¡para lo que hay debajo!... Basta con saber de una vez para siem-

pre que el principal placer que sacan ellas de los hombres consiste en engañarles."

Cerró la maleta de campo, hizo dar la vuelta al coche y estudió sobre el mapa el trayecto de regreso.

Cuando volvió junto a los amantes, Pedro, tumbado, dormía. Lydia borraba cuidadosamente los besos recientes con su barrita de rojo. Renato se tumbó sobre la tierra, a su lado. Las depresiones del terreno parecían hechas para aguantar su cuerpo. Y él se abandonaba, descansando con todo su peso. De espaldas sobre la tierra y con las piernas abiertas, sentíase largo, terriblemente largo. Le parecía poder llegar con sus pies a un árbol que estaba a cinco metros. Sus manos, muy alejadas de él, al extremo de los brazos, se hundían en la hierba, y sus dedos se trenzaban a ella... ¡Cuántas veces había hecho aquel gesto de juego, durante el reposo, tendido en el amplio prado frontero a la casa de su infancia! Le extrañó, con los ojos cerrados sobre un recuerdo, sentir en aquella tierra extraña el resurgimiento de una impresión tan viva. En torno suyo el olor era el mismo, fresco y jugoso. De pronto se difundió por el aire una bocanada de chipre: Lydia acababa de encender un cigarrillo perfumado. Había disipado la ilusión. ¿Por qué su tabaco no olía sencillamente a tabaco?... Renato dió la vuelta, malhumorado, y apoyó su cabeza en un brazo para dormir. A través de la selva de finos tallos sus miradas soñolientas se deslizaban hacia la pradera, verde mantel soleado, limitado por el cerco más oscuro del bosque. En el lindero, entre los matorrales, unas masas claras que

se movían atrajeron su atención, vagamente al principio, con claridad luego...

—¡V a y a, vaya, vaya!... ¡Ah, esto sí que es grande!...

Renato se incorporó al lanzar esta exclamación, que despertó a los otros dos de su siesta.

—¿Qué pasa?...

—¡Mirad, haced el favor de mirar hacia allí!...

Y señalaba en la pradera a un hombre y a dos mujeres desnudas que acababan de salir del bosque.

—¡Caray! ¡Pero si esto es el paraíso terrenal!

—¡Es la siesta de un fauno!

—¡Oh!—murmuró Lydia estupefacta e indignada—. ¡Oh!...

No pudo decir más, pero miró hacia allí con toda su alma; luego dirigió su dedo hacia un grupo recién venido cuyos componentes iban todos completamente desnudos.

—¡Pero si ahí vienen más! ¡Si ahí salen otros!

—Son esos famosos desnudistas de los que tanto se habla, ¿sabéis?

—¡Evidentemente! ¿Cómo no se nos había ocurrido que podíamos verlos?...

—Sí; pero si nos guipan son capaces de renunciar a sus pequeños entretenimientos. ¡No nos movamos!

Permanecieron inmóviles, con el cuello estirado y los ojos clavados en un grupo compuesto de doce o quince hombres y mujeres, todos muy jóvenes, que tomaban posesión de la pradera con saltos, risas y gritos. Armaban tanto ruido y se agitaban lo mismo que unos colegiales en el recreo. Ninguna aproximación lasciva. Se lanzaron un balón de cuero, con

un impulso rápido, que no se suavizaba cuando iba dirigido a una mujer. Algunos se agruparon para hacer cultura física. Cuatro muchachos jugaban al paso. Corrían, se dejaban caer silenciosamente sobre la hierba y brincaban con ligereza por encima de los hombros. Como imantadas, por los ojos que las espiaban, tres mujeres se acercaban poco a poco: cogidas de la mano, danzaban cantando. Veinte años quizás, frescas, bonitas incluso y vigorosas al mismo tiempo. Se veía que estaban entrenadas en los ejercicios físicos. Lydia las contemplaba con desdén. Los juegos en que su cuerpo sobresalía eran de otro género. No se sentía de la misma especie que aquellas hijas de la naturaleza, desprovistas de toda sensibilidad de la piel y del pudor.

Pasó cerca de un cuarto de hora. La pandilla reunida pareció ponerse de acuerdo y empezó a correr agrupada hacia unas peñas en pirámides, cuya ascensión se proponía realizar evidentemente. Después de una breve desaparición, los primeros en llegar surgieron en la cúspide bañada por los rayos del poniente, lanzando gritos de triunfo. Los cuerpos parecieron enrojecer en una luz de apoteosis; una larga cabellera rubia resplandecía delicadamente. Dos adolescentes se sostenían apoyados en los hombros sobre el pico más alto y saludaban con el brazo al sol...

Pedro y Renato contemplaban en silencio aquel cuadro. Una llamada de klaxon les hizo estremecer. Lydia había vuelto al auto y los llamaba nerviosamente. Fueron hacia ella casi a disgusto.

—¡Es inaudito! ¡Pero no hay guardas jurados en este país!

La indignación y el calor le empurpuraban el rostro, y en su emoción habíase olvidado, por primera vez, de darse polvos: pestañas pegajosas, boca grasienta de rojo, mejillas arreboladas con demasiada crudeza. "¡Si por lo menos pudiese rebajar una pizca su maquillaje al aire libre!"—pensó Renato.

—¡Cuando pienso en todo lo que se ha escrito sobre la crisis del pudor a propósito de la falda corta! ¡Y dicen que las parisinas carecen de sentido moral! ¡No conozco a ninguna que se desnude en el bosque de Saint-Germain!...

—La cuestión es que resulta bastante extraño: ¡pensar que esa gente se acuesta en camas separadas, aun siendo matrimonios, y se reúne aquí para quedarse en cueros!

—En todo caso, es lo más típico que hemos visto hasta ahora en todo nuestro viaje. Yo había leído artículos sobre semejantes exhibiciones; pero creí que esto se efectuaba en sitios cercados.

—¿No está entonces "verboten"? (1).

—¿Llegará a ser el taparrabos tan prehistórico como el corsé?...

—¡Qué estúpidos hay que ser!... ¡En una época, en que los trajes de baño lo muestran todo, dejando, sin embargo, algo qué adivinar!...

A la mañana siguiente partieron de Konigstein hacia Wiesbaden, cuya atmósfera mundana distrajo

(1) Prohibido.

algo a Lydia, que se aburría. La faltaba el aire de París. Empezaba a comprender los errores de aquellas a quienes las pulsaciones de la moda les llegan debilitadas por la distancia. En los sitios más elegantes no hacía más que encontrarse de nuevo con la moda que acababa de dejar en París, cuyas primeras oleadas llegaban únicamente allí. Estaba ella ansiosa de cosas nuevas. Seguramente habrían lanzado un nuevo modelo de sombrero en el Ritz...

Pedro, atacado de la fiebre del juego, se pasaba horas enteras en el Casino. Renato recorría solo los valles del Neurotal y del Sonnenberg. Placíale el tono de aquel follaje tupido, que era de un verde en el estado natural, ácido, jugoso, sin mezcla de amarillo, de azul ni de gris; un verde absoluto, sin igual en todas las interpretaciones humanas de ese color. No se cansaba de aquel baño de clorofila.

La Wilhemstrasse, al regreso de una excursión. Renato se detuvo para comprar los periódicos. Viendo la tipografía familiar de la prensa parisina, se sintió un poco repatriado. En los bastidores del quiosco las portadas de las revistas se mezclaban con las titulares de los diarios de ambos continentes. Aquel abigarramiento exaltaba la imaginación de Renato: "Esa vendedora de noticias, en su estrecho cajón, está en el centro del mundo. Alcanza con una mano la "Pravda" de Moscú y con la otra el "Petit Parisien". El tiempo para ella se divide en ediciones, el espacio en impresos de lenguas diferentes. Da asilo a las opiniones más opuestas. ¡Menos mal que la voz de los periódicos sólo se oye por los ojos! ¡Ese quiosco es una torre de Babel!"

Las manchas multicolores de las revistas retenía su mirada. Una portada ilustrada representaba una mujer desnuda corriendo, con los brazos abiertos como las plumas remeras de un ala.

Hojeó aquella revista. Algunas frases que leyera se la hicieron comprar antes de reunirse con Pedro y Lydia, que tomaban el té en el jardín de la Rochebrunnen.

—He encontrado una lectura apasionante, queridos. Mirad este folleto: "Freikorperkultur", que significa: la Cultura libre del Cuerpo. Es el órgano de una treintena de sociedades que tienen como finalidad el desarrollo del cuerpo por medio del deporte y de la desnudez integral.

—¿Locura colectiva, entonces?...

Renato iba leyendo y traduciendo al mismo tiempo: "Estas agrupaciones se denominan "Los Amigos de la Luz" o los "Orplid", y defienden su tesis con toda una argumentación basada sobre razones de higiene y hasta de moral, lo cual es todavía más asombroso."

—Mirad, aquí tenéis un artículo de propaganda: "... Para regenerarse, el hombre debe acercarse a la naturaleza... La desnudez es indispensable para el desarrollo armonioso del ser físico y moral... Sus beneficios son de orden fisiológico, estético, moral y social. La práctica del desnudo llevará a la gente a cultivar su belleza corporal..."

—¡Valiente guasa! ¡Como si las mujeres, al adoptar la falda corta, se hubiesen preocupado en saber si tenían bonitas piernas!

—"... La desnudez es natural..."

—No hay nada que me moleste tanto como esa palabra—interrumpió Pedro—. Sí, es "natural", como el pelo largo es "natural" en las mujeres y lo sería también en los hombres, con la barba y el bigote por añadidura. Es "natural" tener frío cuando no hay sol, no ver claro cuando cae la noche y que sea siempre el león el que mate al hombre, y toda clase de cosas que las personas inteligentes saben dirigir, en vez de ser dirigidas por ellas. Hemos añadido mucho a la Naturaleza. Hemos creado mil medios de defensa o de goce. Hemos aprendido a beber sin sed; hemos inventado las caricias, los trajes, el maquillaje...

—Veo en eso, precisamente, consideraciones sobre el papel utilitario y social del vestido, mezcladas con chistes contra "el prejuicio del pudor"...

—¡No les falta aplomo a los discípulos de Adán!

—Luego vienen los recuerdos históricos: el desnudo en la antigüedad... Los antiguos germanos acostumbraban a ir desnudos..., etc..., etc.

Renato saltó varias páginas y leyó más adelante:

"El desnudo integral, practicado en común, aporta una gran franqueza a las relaciones intersexuales."

—¡Ya lo creo! ¡No cabe error posible sobre las personas!...

—Y si todavía se entregasen a ello a puerta cerrada, lo comprendería; ¡pero esta manía del desnudo en público me asusta! Me pregunto cómo puede suceder que esos hombres no se vean importunados por pretensiones indiscretas...

"Los vestidos tienden a acusar artificialmente la

diferencia intersexual... La mayor parte de las prendas son torturadoras..."

—Yo desprecio a los que no se encuentran a gusto dentro de un smoking—decretó Pedro.

Lydia se abanicaba con indiferencia, aunque en aquel preciso momento su pie derecho, oprimido por el zapato, le doliera cruelmente.

Habían pasado el día en Francfort, recorriendo la pintoresca y vetusta ciudad de callejuelas tortuosas, de casas abultadas a la altura del primer piso, visitando el Roemer y la casa de Goethe: la habitación natal, en la que el guía se descubre al entrar; la mesita llena de manchas de tinta que su pluma dejó caer, tan emocionante en su sencillez.

Lydia se burlaba en las calles de los escaparates llenos de objetos caseros colocados ostensiblemente por todas partes, y más aún de los puestos ingenuamente combinados, con la ropa blanca extendida, colgando las camisas y los pantalones en toda su largura, los zapatos colocados en el suelo por pares, las medias expuestas sobre piernas cuyo pie apunta al aire. En la plaza de la Opera, frente a las antiguas murallas transformadas en jardines, vieron desembocar un inmenso desfile de gimnastas, muchachos y muchachas mezclados, con calzón corto o *maillot* de baño, unos y otras con los brazos y las piernas al aire, en número que llegaría al millar. La mancha blanca y la mancha oscura de su ligero indumento

hacía correr por la calle una cadena humana movediza y rápida. Coches y peatones se apartaban solícitos para dejarles paso.

—Es una demostración para animar a la gente a frecuentar el *Stadion*—respondió a la pregunta de Renato un cartero con vistoso uniforme azul.

Los jóvenes atletas iban a paso gimnástico, con los puños pegados al cuerpo, el busto ágil inclinado, la cara seria y los ojos fijos. Cuando las últimas filas se hubieron alejado, los transeúntes prosiguieron su camino más erguidos que antes.

—La cultura física—observó Pedro—es el virus de la Alemania nueva. Supongo que si en otro tiempo su ideal era ser soldado, ahora consiste en llegar a ser campeón.

—¿Por qué no vamos a ver ese estadio?—propuso Renato—. ¿Os acordáis del de Manheim, que vimos viniendo de Heidelberg? Acaban de decirme que éste es mucho más hermoso.

Lo era, en efecto. Construído en plena selva, en el terreno de un antiguo campo de maniobras, para dar trabajo a los *parados* de la post-guerra, el *Stadion* de Francfort ofrece todo cuanto contribuye a la cultura física en contacto directo con la naturaleza. Los tres amigos se quedaron asombrados de su extensión. Como la entrada de autos estaba cerca de los tennis, oyeron primero el sonido lleno de las pelotas chocando en el centro de las raquetas. Unos jugadores, de blanco, ocupaban los campos rodeados de árboles y de flores. Una avenida, tan cuidada como la de un parque, conducía al gran terreno de atletismo. Allí se entrenaban unos jóvenes con una

lentitud prudente. Luego, siempre en pleno bosque, descubrieron varios campos destinados a los juegos, el gran edificio donde estaba la sala invernal de gimnasia, el teatro de la naturaleza, la pradera de danzas rítmicas, y guiados por el ronquido vibrante de la motocicleta, penetraron en el velódromo, donde un corredor daba vueltas ante las graderías vacías. Contemplaron durante algunos minutos los giros de aquel insecto de abultados ojos y caparazón de cuero, doblado sobre el guía. Salieron:

—¿Adónde lleva esta escalera?

—¡Subamos y lo veremos!

Salieron a una terraza bordeada de macizos llenos de flores vivas, que dominaba directamente el estanque más profundo de una gran piscina. Unos nadadores daban allí saltos atrevidos desde diferentes trampolines. En el otro extremo, una terraza paralela, coronada por las cabezas oscilantes de los grandes pinos.

Una multud de hombres, mujeres, jóvenes y niños se arrojaban de cabeza al agua, nadaban o jugaban al *water-polo,* entre un gran ruido de agua removida. Al mirar hacia la izquierda, Renato descubrió más lejos otra piscina, menos profunda sin duda, donde se chapuzaban unos niños. Estaba encuadrada por dos anchos escalones de césped, inclinados, sobre los cuales numerosas personas tomaban su baño de sol, en *maillot*. A cada uno de sus lados se extendían los vestuarios y las casetas. En medio, al fondo, el café-restaurant.

—Vamos a tomar el té; me canso de estar en pie—dijo Lydia.

A su cansancio venía a añadirse el despecho de comprobar que la mayoría de aquellas nadadoras estaban bien formadas y eran evidentemente más delgadas que lo que la leyenda francesa se complace en representar a las alemanas. Las zambullidas vistosas de una de ellas eran seguidos por un círculo de admiradores, entre los que figuraban Pedro y Renato. Mostraba ella con su *maillot* muy descotado unos formas de firme modelado, y bajo el ajustado gorro el perfil recto de una Minerva.

—¿Qué, venís?...—repitió Lydia, para quien aquella contemplación había ya durado bastante.

A pesar de lo cual miraba sin desagrado a los guapos mozos, que eran numerosos. Todos tenían el busto desnudo y no llevaban más que un calzón muy corto o un simple taparrabos. Un nadador, de clase humilde sin duda, se contentaba con una especie de bolsa sostenida por un cordón. Los cuerpos estaban ya bronceados como en pleno verano.

La terraza del restaurante estaba dividida en dos pisos. Los que acudían allí como espectadores, sin despojarse de sus ropas, no podían mezclarse con los deportistas que, medio desnudos, refrescaban en las mesas vecinas. Cuando Renato estuvo sentado en la terraza superior la escena se presentó a él con otro sentido que hacía un momento, revelando detalles desapercibidos: las pérgolas, las *chaises-longues,* los sillones de mimbre puestos gratuitamente a disposición del público. Los gritos y las risas ascendían de la alegre multitud, y los grandes árboles resonaban con el viento, como el mar. En aquel inmenso recinto a cielo abierto, bajo el sol ardiente,

los trajes y las posturas evocaban la playa. Las manchas claras de los albornoces y de los cuerpos tendidos moteaban el césped.

—¡Mira esos niños completamente desnudos!

Lydia señalaba un baño de arena donde jugaban unos pequeños: cuatro años, dos años, siete años, niños y niñas— la completa inocencia. Lydia, contemplándoles, recordó juegos perversos de su infancia, en cierto solar, donde los chicos del barrio entraban por una abertura de la valla. Renato, por su parte, se acordaba de cómo, en su primera infancia, sólo había podido adquirir conocimiento de su cuerpo a escondidas, aprovechando breves instantes: los del baño o los de las necesidades íntimas, y todas las prohibiciones que le abrumaban cuando quería satisfacer aquella curiosidad. Aún era peor cuando quería ver bañarse a su hermanita. Un día tiraron de él con una mano tan dura que la sentía aún.

En aquel momento una niña de unos seis años, desnuda y bronceada con una igualdad de tono perfecta y el pelo descolorido hasta ser casi blanco, subía las gradas para ir a reunirse con sus abuelos sentados ante una mesa cercana. Les besó gentilmente, y pidió en seguida: "¡Kuchen!" (1). Su abuela, bondadosa cara colorada y pelo blanco, era pesada y maciza.

—¡La vieja Alemania y la nueva!—bromeó Renato.

La tarde era tan bella y el espectáculo tan vivo, que decidieron cenar allí, respirando los efluvios silvestres.

---

(1) Tarta, pastel. (N. del T.)

Después del cierre de las oficinas, llegó un nuevo contingente de deportistas: empleados, dependientes de tiendas, mecanógrafas. Habían traído *sandwiches* o compraban allí salchichas calientes que un vendedor paseaba en una bandeja, y servía sobre un plato de cartón con una buena cucharada de mostaza. Los más adinerados comían en el restaurante, en traje de baño. Un altavoz difundía músicas variadas.

—Todo esto está muy bien—opinó Pedro ante el humo de su habano—. Deporte, higiene: no tengo nada que objetar. Pero, francamente, ¿no están bastante desnudos así?... ¿Qué maldita falta les hace exhibirse de un modo más completo, como no sea para cosquillear su erotismo?...

—Admito perfectamente el valor higiénico de la desnudez para la gimnasia o el baño de sol; pero de un modo privado. La desnudez en común me parece, si no irrealizable, sin jaleos, por lo menos más peligrosa que saludable, o acaso saludable para el cuerpo, pero no para el espíritu.

—¡Es volver a la categoría de monos!—dejó caer Lydia, con sus labios recién pintados.

Guardaba un sordo rencor a los jóvenes atletas por la indiferencia que le testimoniaban. Al comienzo del viaje, cuando pararon en un pueblo francés, para aprovisionarse Pedro de gasolina, había ella divisado al panadero en traje de faena, desnudo hasta la cintura, con el torso espolvoreado de harina. Y porque su mirada había rozado los anchos hombros, el pecho, el vientre de aquel hombre, habíale ella visto enrojecer, con un azoramiento que no experimentaba ante las aldeanas, y meterse en la casa pre-

cipitadamente. Delicioso triunfo. Y en este día ninguno de aquellos machos casi desnudos habían demostrado la menor emoción contemplándola, bien porque no la encontrasen bonita o bien porque se sintieran ante ella como un animal ante una hembra de diferente especie. Ofensiva placidez. Se mostró irritada todo el tiempo que duró el regreso. El olor de las fábricas de productos químicos, entre Francfort y Maguncia, aumentó su mal humor.

Al día siguiente, antes de comer, Pedro buscó a Renato, que leía, fumando, en el *hall* del hotel.

—A Lydia no le falta más que hacerse las cejas: bajará dentro de un cuarto de hora. Vengo a hacerte compañía.

—Me aburría. Figúrate que he encontrado otras revistas que tratan de la Nacktkultur. Aquí tienes: "Lichterbund", "Leben und Sonne", "Lachen der Sonne". Están bien ilustradas con fotos, perfectamente escogidas, te lo aseguro. Encuentro esto de tal modo curioso, tan al margen de todas las experiencias que la vida corriente puede ofrecer, que me dan ganas de probar...

—¿Te ha tocado la gracia?...

—¡Las tres gracias, querrás decir! ¿Te acuerdas de aquellas que bailaban juntas? Confiesa que no sería desagradable ir a verlas un poco más de cerca...

—Evidentemente—replicó Pedro, tentado—. ¿Pero cómo arreglárnoslas?

—No es difícil: esta revista publica la lista de todas las sociedades nudistas, con sus señas. Podría informarnos respecto a la admisión en la de Francfort o en la de Darmstadt, que son las más cercanas. Pero pienso lo siguiente: por la manera de llegar a la pradera los del otro día, parecen escoger el sitio por su aislamiento. Con volver mañana domingo, en la *tenue* requerida, tenemos las mayores probabilidades de poder mezclarnos a ellos.

Lydia cruzaba el *hall,* entre el rumor de conchas estrujadas que hacían las lentejuelas de su vestido.

—¿No sabes? Renato me propone una prueba de nudismo.

—¿Queréis jugar a los *sans-culottes?*...

—¿Por qué no?...

—¿Y yo?...

—Haz lo que quieras.

—¡Oh, es enorme! ¡No lo hubiera creído nunca! ¡Y no te chocaría que pareciese yo la Verdad al salir de su pozo! ¡Que me exhibiese ante todos!...

—No sería más que una vez, por pura broma, y con gentes que estamos seguros de no volver a ver jamás. Pero eso era en el caso de que hubieses querido. No te insisto de ningún modo.

A Renato le extrañaba un poco la vehemencia que empleaba Lydia en rechazar aquella idea. Bonita como ella era, segura de su cuerpo, acostumbrada a mostrarle en cierto modo más o menos vestido, es decir, más o menos desnudo... Pero no podía ella renunciar al último velo, sabía utilizarlo seductoramente; hasta en el amor no lo abandonaba. Sólo en el momento del baño su cuerpo se hallaba realmente despojado de todo adorno.

—¿Y entonces, tú?...—preguntó ella con acritud.

—¡Oh, yo! Reconocerás que en mí es diferente.

—¡Cómo! ¡Olvidas que no sólo hay hombres en esa tribu de los traseros al aire! ¡Y quieres que me parezca eso natural! ¡Con mujeres que han perdido todo sentido moral!... ¡Le felicito por su ocurrencia, Renato!

—Mi querida amiga, yo puedo usar como me plazca de mi libertad; pero si usted cree que Pedro no debe ver más mujeres desnudas que las de *music-hall,* el mejor juez es usted...

La situación se mantuvo violenta durante toda la velada, lo cual decidió a Pedro a no hacer caso de Lydia.

Renato se durmió pensando en aquellas mujeres, cuyas piernas desnudas se movieron entre sus sueños.

Les costó algún trabajo encontrar de nuevo el camino de la pradera. La luz no era la misma del primer día; corrían nubes por el cielo, amenazando lluvia. Al fin, llegaron. Era aquél realmente uno de los rincones más apartados del Taunus.

—Espero que estaremos a salvo de multas por atentado contra el pudor—dijo Pedro, parando el auto.

—Veamos, primero, si está ahí nuestra gente.

Se adelantaron, y antes de haber llegado al lindero de los árboles divisaron la mancha clara de los cuerpos corriendo sobre la hierba.

—¡Parece que hoy son más!... ¡La cosa merece el viaje!

—¿Vamos allá?...

—¡Vamos, ya que hemos venido para eso!

Se desnudaron con un poco de nerviosismo, dejando sus ropas en el coche.

—Me parece que voy a sufrir el reconocimiento militar—murmuró Pedro, frotándose frioleramente los brazos.

Renato, que se estaba quitando las ligas, levantó la cabeza y se quedó sorprendido del aspecto nuevo de su amigo, a quien no había imaginado nunca más que vestido. Le encontró flaco, larguirucho y casi tan blanco como un galgo.

El también se sentía desazonado, a pesar de su intimidad: le era indiferente que Pedro oyese sus confidencias, pero no el verse desnudo ante él. ¿Qué cosa es más de *uno* que su cuerpo?

—Ven pronto, chico; no dejemos que se nos evapore el valor...

Renato lo necesitaba: sentíase cruelmente desnudo. "¡Cómo comprendo las sensaciones de Adán el día del pecado!" Su malestar era tan físico como moral. Alrededor de su cuerpo el contacto de las ropas quitadas le faltaba como un abrigo, como una protección. No podía ya pedir al traje que sustrajese su forma personal, sustituyéndola por los pliegues del buen corte y por su propia soltura. No era ya el espectador *dilettante,* sino que se ofrecía, humilde a la crítica ajena.

Pedro avanzaba, y Renato le seguía torpemente, buscándose los bolsillos, más desnudo aún cada vez que su mano rozaba la piel de su vientre o de sus muslos. Uno de sus dedos cosquilleaba, maquinalmente, la espiral del ombligo. Sentíase terriblemente privado de todos sus gestos ordinarios, adheridos al

traje, brotados de él, prolongándole. Andaba con paso lento, abrumado por una angustia que le oprimía el corazón, con la sensación de que sus más íntimos secretos quedaban revelados.

En la pradera unos jóvenes alegres corrían y saltaban, dueños de sus cuerpos. Unas muchachas jugaban a la pelota. Su cuerpo, tostado sin embargo, era más claro que el de los hombres. Una de ellas se encontraba en el camino de los recién llegados, y fué la primera a quien abordaron. Podía tener unos veinte años; su carne blanda y apacible demostraba una gran tranquilidad de alma. Renato tenía en los labios una sonrisa semiburlona, semiconfusa, que parecía querer disculpar lo equívoco de la situación. Pero la rubia criatura no veía en ello nada de anormal. Miró al joven como hubiese mirado a un árbol. Renato se incorporó suspirando:

—¡Ya ves lo fácilmente que pasan las cosas! ¡Mi traje de *tweed* hace más impresión en las doncellitas del hotel! Resignémonos a pasar desapercibidos.

Un mocetón rubio los vió, y levantando un brazo a modo de saludo, gritó alegremente:

—¡Heil! (¡Bienvenidos!)

Renato se acercó con los brazos cruzados sobre el pecho para refrenar un escalofrío y también porque no sabía qué hacer con sus manos. Temía utilizarlos involuntariamente para ocultar su desnudez. "¡No voy a hacer ahora de Diana sorprendida! ¡No pensemos más en ello, es el único sistema!" Pero toda su piel pensaba en ello, asombrada y sobrecogida por aquel envolvimiento total del aire. El tono lívido de su epidermis demostraba suficientemente que eran

novatos; se acercaron unos jugadores para animarles.

—*Ist dass, das erste Mal wo sienacktkultur machen?*... (1)—preguntó un muchacho moreno a Pedro.

Siempre se dirigían a él primero. Pero él no pudo más que volverse hacia Renato, que respondió:

—Sí, es la primera vez. Somos franceses.

—¡Ah!... ¡ah!... *es sind Franzosen*... ¡Son franceses!...—y les miraron con más curiosidad. Casi en seguida el muchacho rubio-fuego decretó:

—Jugarán ustedes con nosotros.

Y se formó un gran corro. Pedro y Renato recibieron y lanzaron el pesado balón de cuero, indiferentes en apariencia, con la mirada solapadamente atraída hacia la mancha oscura de mitad del cuerpo. Las muchachas formaban parte del corro, o jugaban por su lado, con una soltura perfecta, violadas sin saberlo. Una de ellas tenía unos largos cabellos que el viento barría en todos sentidos, y cuya incomodidad no estaba compensada, para Renato, por ningún encanto. El despliegue de aquella cabellera flotante le hacía pensar desagradablemente en una loca. Dos de ellas llevaban trenzas, colgantes y agitadas, que las azotaban la espalda como cuerdas. Otras tenían el pelo corto, lo cual las desnudaba más aún. Pedro le musitó al oído:

—¡No sé a qué pecho consagrarme!

Renato sonrió. Pero no se sentía turbado por aquellas mujeres jóvenes y agraciadas sin embargo, que

(1) ¿Es la primera vez que hace usted cultura nudista? (N. del T.)

con una sencillez de seres primitivos desdeñaban con tal facilidad las conveniencias sociales más elementales. ¡Se privaba gustoso de no poder *desnudarlas!* Alrededor de sus diez años, atormentado ya por el secreto de las formas femeninas, había deducido por medio de la observación, que lo que se enseñaba no era interesante; lo que se ocultaba era lo único que despertaba la curiosidad por las cosas carnales. Un día, en la playa, una lindísima amiga de su madre, al volverse sobre la arena, había desplazado la sisa del traje de baño de donde salía su brazo tostado, descubriendo así una línea de piel clara, desconocida, misteriosa: su verdadero cuerpo que empezaba, pensó el chiquillo. Aquí, la busca, no tenía objeto. ¿Por qué aberración aquellas mujeres renunciaban deliberadamente a los velos que mantienen tan eficazmente el deseo?...

La temperatura estaba aún poco avanzada para que todos los cuerpos hubiesen adquirido una bella pátina. La palidez de la invernada subsistía en algunos; los primeros rayos solares se traducían por rojeces dolorosas y placas despellejadas que descubrían una piel rosa y tensa, cicatrizante.

El balón fué sustituído por diversos juegos atléticos: el salto, la carrera. Pedro, tumbado sobre la hierba y fumando cigarrillos que había ido a buscar en su chaqueta, se contentaba con observar. Renato, después de unas pruebas, tuvo que detenerse ante el esfuerzo demasiado violento. Con el corazón palpitante hasta estallársele, la respiración entrecortada e irregular, sentía ya el cansancio pesar sobre sus hombres, en sus pantorrillas. Notaba aquellas señales de debilidad con un doloroso despecho: "¡Y pensar que he sido campeón de tennis hace cuatro años! ¿Quién lo creería?... Ya no sé ni hacer flexiones, ni trepar por la cuerda. ¡Es como si me exigiesen que volviera a examinarme del bachillerato!..."

Entabló conversación con el mocetón rubio, un muchacho de su edad, y queriendo aparentar que estaba al corriente de todo:

—Entonces, ¿forman ustedes parte de la Freikorperkultur?...

—No. Es decir, no estamos adscritos a ningún grupo oficial. Somos *wandervôgel* de Fracfort. Cuando vamos de excursión y al llegar a un sitio lo suficientemente aislado nos desnudamos. Aprovecha uno mucho mejor el aire y el sol, ¿verdad?

—Indudablemente—afirmó débilmente Renato.

Toda aquella pandilla estaba compuesta, en efecto, de adolescentes. Las formas sin desarrollar de los cuerpos que la pubertad modelaba poseían un encanto indeciso. Aquel muchacho, apenas velludo, conservaba algo de las morbideces infantiles. Aquella muchachita, cuyos senos nacientes abombaban imperceptiblemente su pecho: presentíase en ella únicamente a la mujer que llegaría a ser. Aquellos cuerpos lisos, intactos, sin magulladuras, puros por la edad y lozanos por la salud, no habían sido tocados por la vida. Desde lo alto de sus veinticinco años fatigados, Renato se sentía cruelmente mayor. Y en verdad, había ya muerto en él un poco de juventud, que no reviviría más.

Dos chiquillos de unos doce años, enlazados por los miembros, rodaban sobre la hierba, empujándose

uno a otro. Pedro dijo a Renato, que se había tendido junto a él, señalando a aquellos benjamines:

—Veo que no hay límite de edad.

—¡Es para evitar que trabaje su imaginación!

—Atribuyen fácilmente a los pequeños una inocencia de que carecen con frecuencia. ¡Cuando recuerdo lo que era yo a los once años! ¡Mi institutriz inglesa se hubiera estremecido de horror de sospecharlo! En el fondo, compadezco a esos chiquillos, a quienes privan de los descubrimientos más cautivadores, de las sorpresas más deliciosas. Sus ojos están acostumbrados antes de la edad del raciocinio a lo que debe excitarles diez años más tarde. Y yo me pregunto si eso no aminora la potencia amorosa...

Renato permaneció silencioso, presa de nuevas reflexiones. Se examinaba en la cruda luz del aire libre, y no se reconocía. La ropa, en tiempo ordinario, le disimulaba sus deficiencias. Se hubiera creído deshonrado ante su ayuda de cámara de haberse afeitado sin albornoz. Aun estando solo, carecía de familiaridad con su cuerpo.

—¡Vamos! ¡Ten el valor de verte desnudo! ¡Contempla tu pecho hundido, tus brazos flacos, tu vientre blando!

Sus pies le desagradaban: de una blancura transparente de porcelana, veteados de azul verdoso, pies de enfermo. Y además ¡con tal miedo de correr sin calzado, torpes, delicados, sin realizar su misión durante la carrera como fuera necesario! Pedro, a quien tanto había admirado, le desilusionaba también mucho: una vez desnudo, su línea elegante no era más que delgadez.

Los *wandervôgel,* agrupados en el centro de la pradera, discutían animadamente la organización de un juego.

Renato se acercó a ellos y comprendió que se trataba de una especie de juego de la barra. Enfrentábanse dos campos, y para distinguirse en la lucha, uno de los bandos se vistió un pantalón noruego, largo y amplio, de esos que los gimnastas alemanes se ponen después del entrenamiento. Con una indiferencia fingida Renato se las arregló para ser de estos últimos. Al introducir sus piernas en la funda de lana, con el pretexto confusamente murmurado de estar más abrigado, recobraba su aplomo. Pero interiormente reconocía su esquivez: ¿pudor o cobardía?, a la que se mezclaba también la impresión de hacer un papel ridículo entre los jóvenes musculosos que le rodeaban. Se hubiera mostrado menos arisco de haberse encontrado con tan bella línea como los demás.

La partida se animó, y durante unos minutos, preocupado tan sólo del triunfo pueril, Renato olvidó la singularidad de sus compañeros, y su primera vergüenza. Cuando lograron el tanto, entre el vocerío de los jugadores, sonreía él silenciosamente para que su respiración se sosegase; luego cambió algunas palabras, muy naturalmente, con una morenita risueña, cuyo hombro carnoso le rozaba.

Pedro había desaparecido. Renato sospechó que se había marchado a vestirse y él se decidió hacer lo mismo. Había agotado el placer que podían proporcionarle aquellas ninfas de piel curtida. Devolvió el pantalón y no tuvo que dar explicaciones de su reti-

rada, pues empezaba una nueva partida, y los *wandervôgel* no se ocupaban de él. Llegó al cobijo de los árboles y allí chocó casi, de tan próxima como estaba cuando la descubrió, con una adolescente de dieciséis o diecisiete años, completamente desnuda, como es natural. Alta y grácil, con unas piernas nerviosas de cierva, de formas poco acusadas, piel ambarina, color de miel, pequeña, la cabeza de pelo corto y negro, y ojos claros en el rostro moreno. Estaba apoyada en un tronco, como saliendo de la corteza que la hubiera enfundado justamente, haciendo un ramito con unas flores que acababa de coger. Renato no la había visto entre las otras. Alzó ella la cabeza y le divisó. El corazón del joven latió con más fuerza. Era ella demasiado bonita... No se atrevía a mirarla de frente. No hubiera debido mostrar una carne tan tentadora... Pero ella no adivinó aquella turbación, y al pasar él le sonrió ingenuamente, como sonríe un niño a una persona mayor.

Pedro esperaba, en efecto, en el volante del auto. Renato se vistió apresuradamente. En cuanto cayó sobre él su camisa se sintió tranquilo. Abrochó su cuello y su pantalón y pisó con sus zapatos. El cuerpo bien envuelto se siente más fuerte. Alabada sea la seguridad del tejido que almacena el calor, que es opaco y oculta las taras secretas... Cada una de sus prendas le devolvía a sí mismo. Una vez vestido por completo, se encontró de nuevo íntegramente.

—¡Qué lástima no haber hecho unas fotos! ¡Cuando les cuente esto a los amigos no querrán creerlo!

Ya en la carretera de Wiesbaden, cambiaban impresiones, e intentaban hacerlo en el tono bromista

parisién. Pero el chiste, realmente demasiado fácil, se secaba sobre los labios de Renato. Le extrañaba haber visto fallidas tan pronto sus intenciones libertinas. Después de haber conducido un rato en silencio:

—¿Sabes que lo peor—articuló de pronto Pedro—es que eso no es ni siquiera excitante?

Esta franqueza suya expresaba al fin la decepción que pesaba sordamente sobre ellos. La mirada de Renato animó a Pedro a proseguir:

—Por otra parte, me lo sospechaba. Es fatal: todas las mujeres se parecen cuando están desnudas, o al menos sus diferencias son mucho menos sensibles que cuando la *toilette* las acentúa. Y también son mucho menos deseables. El supremo artificio del vestido consiste en hacer creer que la mujer cuyas formas se adivinan resultaría aún mejor completamente desnuda... ¡Pues no es cierto! Una pierna con media de seda es más encandiladora que una pierna desnuda. Si los vestidos son falacias, apariencias, agradezcámosles el que nos proporcionen la mayoría de las veces una ilusión de belleza.

"Dame lumbre. Gracias. Hay que ser artificial para triunfar de la naturaleza limitada. "Vestirse", en el sentido refinado de la palabra, es re-crearse. Con la elección de indumentaria determina uno voluntariamente su apariencia; se transforma uno, se renueva. Un sombrero nuevo rejuvenece a una mujer; un vestido equivocado la envejece. La desnudez es la verdad fija, inmutable, condenada por su inmovilidad misma, ¡Hasta tal punto nuestra alma está ansiosa de cambio!

Pedro pasó a un coche y continuó, arrebatado por su tema:

—Ante todo, las reuniones de Orplid, como ellos dicen, no debieran tener lugar más que entre personas muy bellas y que no pasasen de los treinta años. Este era hoy el caso, y por eso me he quedado. Pero el hombre y la mujer de la calle en el traje del paraíso terrenal... ¿Te figuras el tipo clásico del empleado oficinesco, un hombrecillo barrigudo, o una mujer con las nalgas en punta?... Y además, de todas maneras nos es necesario el misterio físico y moral. El deseo se compone del placer del descubrimiento. Me he enamorado al principio de la muchacha rubia, la de las dos trenzas, ¿sabes? ¡Está bien hecha la pequeña!

—Sí. Sus dos trenzas colgantes la dan un aspecto merovingio. Así me represento yo a la dulce Galsvinta...

—Tal vez. El caso es que al final la conocía tan bien que no la deseaba lo más mínimo.

Renato vió de nuevo a la muchacha de cuerpo aleonado y esbelto que le había turbado. Pero no estaba desnuda *para él solo*. El no concebía el amor sin conquista.

—Ya ves, después de haber tenido ante los ojos esa exhibición impúdica de carne femenina, pienso con gratitud en todas las mujeres, que en París o en otras partes guardan preciosamente el secreto de su cuerpo para que la revelación sea mejor, y que nos dan al menos la ilusión de vencer.

"En la cuestión de la *Nacktkultur* no es el punto de vista moral el que me detiene—me conoces lo su-

ficiente para creerlo—, sino el hecho de que mi placer se encuentre disminuído. Sin joyas, sin perfume, sin adornos, una mujer no es lo suficientemente mujer para halagar y satisfacer a unos sentidos delicados. Es una gran suerte el que lo haya yo comprobado hoy de una manera tan perentoria. ¡No volveré a gruñir al pagar las cuentas del modisto!

—¡Tiene razón!—pensaba Renato escuchándole.

—¡Tiene razón!...—volvió a decirse, lleno de admiración ante Lydia tal como apareció para la comida, con un vestido nuevo, encargado por telegrama, y cuya oportunidad había ella presentido con un sutil instinto. Era muy hábil para las transformaciones que podían proporcionarle una nueva virginidad. Bajo la falda larga, femenina, misteriosa, sus piernas no eran ya más que una posibilidad... Aquel vestido despertaba la sorpresa, la atención; poseía ella un poder de renovación. Lydia parecía cambiada hasta en la forma de su rostro, en su mirada, en su naturaleza misma... Comprendió por el brillo de sus ojos, cuando él se acercó, que había reconquistado con grandeza a su amante de las muchachas de los bosques: y él se imaginaba, con delectación y como si nunca lo hubiera poseído, el cuerpo de Lydia dentro de su vestido.

Después de la representación fueron a dar una vuelta al Casino. Y luego decidieron cenar en un cabaret. Pedro estaba orgulloso de exhibir a una mujer a quien todos miraban. Lydia vivía uno de los momentos de su perfección. Renato esperaba encontrar de nuevo en la euforia del alcohol ese gozo, esa cer-

teza que le faltaban desde aquella mañana. La alegría nerviosa de las mujeres y de los hombres congestionados le irritaba. Aquel cabaret, con sus pinturas de un modernismo de anteayer, se parecía a todos los que ya conocía: el jazz, las mesas tocándose, el champagne que venía de Francia, los vestidos de París, el público de todas partes... Aquella noche era semejante a otras noches, alegremente derrochadas. Pero Renato no lograba readaptarse a aquel otro Renato que se había sentido allí dichoso: "¿Tengo la borrachera triste esta noche?... ¿O es la lucidez la que posee este sabor amargo?..."

El jazz repetía músicas a cuyos sones había él bailado con Nell Dory. Las mujeres hacían el mismo gesto de juguetear con sus pulseras, inclinando la cabeza de lado para sonreirle. Pronto estaría en París y todo aquello volvería a empezar.

¿Había, pues, que empezar otra vez?... Le dió lástima una mujercita muy rubia que mendigaba un bailarín con la mirada, y la invitó para un tango. Tenía ella un rostro pintado y unos ojos miosotis tan claros que parecían de un cristal especialmente quebradizo. La condujo a su mesa y la hizo beber y fumar:

—¡Beba usted, *Püppchen!* (1).—Y pensó para sí mismo: "Es el nombre que la corresponde."

Sí, era una muñeca, una muñeca para hombres. Soltaba su retahila de preguntas y de monerías, con las que creía interesarle. Su boca olía a cigarrillo americano. Renato la observaba como si la hubiese

(1) Muñequita. (N. del T.)

tenido bajo la lupa, con un despego que nada animaba. Su vestido, un poco ajado y en cuyos bordados faltaban perlas, cubría y descubría un cuerpecillo delicado, una piel de un blanco azuloso, como la leche que venden en las ciudades. No era aquel cuerpo dorado, de miembros llenos y alargados... Se parecía más bien a Nell, a todas las semejantes a Nell. Debía de ser de las que pesan cuarenta y dos kilos, con su collar de perlas. La aventura que ofrecía, en su brevedad, sería idéntica a todas las aventuras de las que su memoria no recordaba ni siquiera los nombres. Lo que le esperaba en París, en suma. La costumbre que se doblega ante uno, que luego le doblega a uno, que teje y reteje sobre nuestra libertad aparente los mil lazos que cada día estrecha. Renato dijo ¡Ah! como si se ahogase, levantando la cabeza hacia el techo ennegrecido por el humo. Deseó con avidez cambiar de cerebro y de piel, no llamarse ya con su nombre, evadirse. ¿Pero adónde, Señor, hacia qué iba a fijar su oscilación?... Envidiaba a Pedro, que sabía con tanta claridad lo que necesitaba su placer y que, a pesar de su eclecticismo, era tan perfectamente limitado en su elección. Recordó haber conocido en un bar a un oficial de Marina que, junto a las jóvenes maoríes, soñaba con los encantos corrompidos de las mujercitas de Montparnasse, y al estar al lado de éstas, ya de regreso, añoraba la sencillez de las costumbres insulares. ¿Iba él a actuar, como aquel marino, de asno de Buridán del deseo?...

Renato volvió a bailar con su compañera para no tener que hablar. Inmóvil en el centro de la pista,

oprimido entre dos parejas que despedían calor, rememoró el viento que la acariaciaba frescamente el pecho por la mañana. Vió de nuevo a los *wandervôgel* en varias fases de sus juegos y de sus actitudes.

Obsesionado por la cuestión sexual y por su disimulación, había padecido un azoramiento físico y moral, cuyo cansancio únicamente se disipaba.

Numerosos detalles captados sin que él se hubiese dado cuenta en el momento volvíanle a la memoria: la musculatura móvil bajo la piel, desplazando sombras y luces, los cuerpos rubios de las muchachas tendidas en un rectángulo de sol, algunos bellos movimientos de atletas, aquella juvenil pareja edénica que conversaba apartada y, sobre todo, la extraordinaria sencillez de aquellos seres, su fe en una inocencia recobrada.

Entre los bailarines que precedían a Renato se encontraban un judío panzudo y una bella muchacha morena, muy favorecida por el arte, con la boca carnosa y viva, y la mirada húmeda de sensualidad animal. Su pareja, que era un hombre más bajo, daba la espalda a Renato. Había ella notado sin duda el mutismo del joven y la poca deferencia que mostraba por la pequeña de cabellos pajizos.

Le lanzó, casi junto a su cara, una sonrisa provocativa, que descubrió una hilera de bellos dientes de fierecilla, hechos para el mordisco. Pero el deseo no se alzó ante aquel llamamiento directo. La invitación de aquella boca impura reavivó bruscamente un *cliché* casi borrado. Renato volvió a ver la muchacha delgada de piernas ágiles, su mirada de niña, la sonrisa tímida con que intentó tranquilizarle. La vió

de nuevo, desnuda e ingenua como Eva antes del pecado, sonriendo al hombre desconocido, como hubiera podido hacerlo el ángel de la pureza.

Renato volvió a sentarse, inquieto, desconcertado, y se dedicó a beber, para encontrar en el alcohol su verdad. Su malestar se adensaba como el humo. La mujercita le tiró de la manga. Temió ella haber perdido su velada: los oficiales del ejército de ocupación la habían dado mejor opinión de la *furia* francesa. Renato la miró, casi colérico. Aquella noche, todo esplendor ficticio resbalaba sobre él sin conmoverle. Sabía perfectamente que ella intentaba servirse del engaño de aquellos bordados, de aquel gran cuello de piel que ocultaba su cuello flaco, de aquel maquillaje excesivo, para hacer creer que era bonita. Recordaba algunas sorpresas desagradables debidas al cebo de la *toilette*. No tenía ganas de que le engañasen.

—"¿Soy más feliz después de una noche de juerga? ¿Me siento menos insatisfecho cuando he poseído, después de ciertos preliminares, a una mujer que sólo pretende eso? No merece la pena venir aquí para hallar la copia exacta del Motmartre o de Montparnasse. No merece la pena molestarse en venir desde tan lejos para encontrar mujeres casi idénticas... Sin embargo, hay una que no se parece a ninguna otra..."

¡Ah! Indudablemente era la mujer que no encuentra uno ni en un salón, ni en la calle, ni entre bastidores, ni a la salida de los talleres de modistas. ¿Pero cómo justificar aquella extravagancia?... Una francesa no hubiese nunca obrado así. Con aquella actitud se revelaba "extranjera" hasta un punto casi doloroso.

—"¡Y yo que quería precisamente una mujer nueva!... Me había forjado en mi interior, al venir aquí, la alemana que podía gustarme... La que se me apareció en la sombra del bosquecillo no es la Gretchen opulenta y rubia, ni la Loreley inquietante, ni la Walkyria guerrera... Morena, delgada y desnuda en plena montaña, no la esperaba yo así, y la reprocho el que sea indiferente... ¡Qué me importa, puesto que voy a encontrarme de nuevo con las que me son familiares, con esas para quienes el pudor no es una palabra vana!..."

Pero este pensamiento suyo carecía de alegría. Se encontraba zarandeado por unos deseos contradictorios: "La desnudez que me parecería natural en una mujer de Taití, ¿por qué me choca en una mujer blanca? Lo que se llama inocencia en los salvajes, ¿por qué llamarlo perversión en los occidentales?... He leído relatos de viajes, he visto *films* en que nos seducen mujeres desnudas. Pero esta humanidad que se encuentra vestida por las calles... Es la singularidad de la cosa lo que me trastorna. Ese extrañamiento que buscaba yo al abandonar París, esa impresión de exotismo en la que quería renovarme, me sorprende y me hace huir en cuanto la ancanzo. Pues bien, si ese espectáculo te ha desagradado, si no has encontrado en él el placer picante que esperabas, haz una cosa muy sencilla: ¡márchate! Vete con el corazón alegre, como Pedro. Pero no; hay algo que te tira hacia atrás; te parece que no has comprendido lo que has visto... Lo que buscas está ahí, todavía indistinto... Detente, tómate tiempo. ¿No estás asqueado de tu vida, de ti mismo?... Tu cuerpo te daba

vergüenza esta mañana: te daba vergüenza a ti, que te creías un guapo mozo, porque te lo aseguraban tu sastre y las mujercitas. De nada sirve cambiar de aires. A ti es a quien hay que cambiar... Querrías hacerlo, pero no te atreves... Querrías algo nuevo, pero dosificado con tal exactitud para lo que puedes soportar, que acidulase apenas el agua insípida de la costumbre. Sueñas con regenerarte, y te da miedo quitarte la camisa..."

La noche se deslizaba sobre la vertiente del día. Los compases sincopados del jazz mantenían una trepidación interna. Bolas sucias rodaban a los pies de los bailarines. Los gorros de papel acababan de hacer grotescos a los que no eran más que feos.

Cuando salieron, una brisa que venía del Taunus les refrescó la cara. Renato la sintió correr a cada lado de su rostro como un arroyo.

A la mañana siguiente, Pedro, en pijama, vino a verle a su cuarto. Renato, que dormía, se incorporó.

—Dispensa, chico. Mira: Lydia y yo hemos firmado la reconciliación. Ha tomado ojeriza a este país y quiere que nos volvamos a París en seguida. ¿Te conviene hacer el equipaje?

—Pues mira, chico..., no. Me voy a quedar aquí un poco más.

Pedro observó sus ojos cansados, que revelaban el insomnio:

—¿Tienes alguna aventura?

Renato parpadeó sobre una visión que él sólo conocía:

—... Sí—murmuró volviendo a caer sobre la almohada.

Renato había tomado grandes resoluciones aquella noche, dando vueltas y más vueltas en su cama, incómoda como todas las camas alemanas. Cosa rara: sus proyectos persistieron aun después de la *toilette*. Despidió a Pedro y a Lydia sin nostalgia, hasta más bien con un sentimiento de libertad reconquistada. En cuanto el auto hubo desaparecido, el "paje" del hotel, según frase del portero, bajó su equipaje, y media hora más tarde partía él para Francfort.

A la salida de la estación, un cartel de un hermoso tamaño montado sobre pilares en el centro de la Hauptbanhofplatz (1) atrajo sus miradas. Anunciaba una Exposición Internacional organizada en Darmstadt sobre este tema: "El desnudo en el Arte". "Está visto: El por todas partes y siempre El..."

Renato dejó sus maletas en un hotel, se encaminó a una tienda para comprarse *maillots* y zapatos de deporte y luego a la Hauptwache de donde arrancaba el tranvía que iba al "Stadion". Le divertía como a

(1) Plaza de la Estación principal. (N. del T.)

un niño utilizar aquel vehículo democrático, abandonar su engolamiento de turista *snob*. El cobrador le informó de que los tranvías pertenecían a la ciudad, como el estadio, y de que los viajeros gozaban las ventajas de unos billetes de ida y vuelta que daban derecho a una rebaja en el precio de entrada. Renato admiró aquella organización, así como el aparato automático colgado del cinturón del cobrador, que devolvía el cambio con sólo una presión sobre los números.

Renato salió de su cabina en traje de deporte, aislado y desconocido entre la multitud extranjera, y se adiestró en los ejercicios que le habían sido familiares. El balance de su derrota quedó hecho en seguida. Cualquier esfuerzo le dejaba sin aliento, con los costados palpitantes durante unos minutos. Sus antiguos *récords* en el salto, en el lanzamiento del disco, en la natación, parecíanle fuera de su alcance. Le sobrecogió como una traición el hecho de no encontrar ya de nuevo su juventud, su vigor, aquella maestría corporal que él creyera definitivamente lograda a los veinte años. "¿Qué es, entonces, lo que me ha empequeñecido, desgastado, entumecido, sin yo saberlo? "El *foie grás*, los licores, las mujeres? ¿La pereza?.. Todo ello, indudablemente. Mis articulaciones se han enmohecido como viejas charnelas; tengo los miembros blandos y rígidos a la vez; el corazón alterado, estropeado el estómago, floja la cabeza..."

Tenía que volver a crear en sus músculos agarrotados la obediencia al cerebro, el impulso rápido, enseñar de nuevo a los pulmones la economía del alien-

to, y a la cabeza, por último, la no dispersión de los esfuerzos, su graduación prudente, el cuidado de la cabalgadura a la que agota un esfuerzo excesivo y cuyo ardor se reanima, en cambio, con una victoria bien calculada. Se acostó, rendido de cansanció, abrasado por el sol, pero feliz por haber descubierto de nuevo su cuerpo, al brutalizarlo.

Al día siguiente, doliéndole demasiado las agujetas para continuar, Renato decidió ir a Darmstadt. Media hora de trayecto en tren a través de selvas, y se apeó en la apacible y pequeña capital de la Hesse. El Palacio de la Exposición, cuya alta torre cuadrada domina la ciudad, estaba dedicado en verano al Cuerpo humano en el Arte. Renato se extrañaba, como un niño, de que la desnudez, severamente prohibida en todas partes, se convirtiese en un tema de admiración cuando estaba reproducida en un lienzo o en una estatua: "Eso no es lógico, en el fondo. ¿Por qué dos morales? ¿Por qué colgar en la pared del salón lo que no sería tolerado en el salón mismo?... ¿Cuántos adolescentes visitan los museos para satisfacer su curiosidad amorosa?..."

Una ojeada retrospectiva le permitió comparar, desde la antigüedad, las diversas imágenes del cuerpo buscadas por los artistas de todas las edades. Para ellos la barrera de lo prohibido estaba levantáda. Cada época, cada país, cada sensibilidad daban su proyección de la belleza humana. Para algunos, estaba unida al erotismo, y la sensibilidad guiaba la precisión del pincel. Pero en algunas obras el cuerpo perdía su atractivo voluptuoso para convertirse en un

símbolo. La carne era, también ella, un medio de expresión del espíritu.

El catálogo, en forma de folleto ilustrado, ofrecía una selección de citas de autores famosos, artistas y filósofos glorificando el cuerpo humano. Las más altas inteligencias aportaban su testimonio para libertar a la carne de la noción de vergüenza que iba encadenada a ella, para rehabilitar la desnudez. La autoridad prestigiosa de Goethe, de Dante, de Rodin, de Kant, de Rafael, pesó sobre la incertidumbre de Renato. O, al menos, encontró motivo en ello para perseverar en aquel camino que, por estar aparte de la moral corriente, se unía al ideal de los grandes pensadores.

La muchedumbre deportista con la que se codeaba a diario en el Estadio incitaba la emulación de Renato. En su afán de igualarse con los mejores, entraba en parte el orgullo nacional: "¡El latino vale tanto como el germano, qué demonio!" Mostraba timidez en la pista, pensando que podían juzgar en cierto modo a su raza por él. En aquel terreno, donde se habían adiestrado unos hombres para la guerra, imperaban ahora los ejercicios pacíficos del deporte, y esa *bonhomie* alegre que nace de los juegos al aire libre. Renato, reluciente de aceite de parafina, pasando del *maillot* al pantalón corto y de éste al taparrabos de natación, acostumbraba a su cuerpo a prescindir de la ropa. Hay que aprender a estar desnudo. Volvía a franquear las etapas sucesivas que debían hacerle llegar hasta ello, en vez de hacerlo con el salto prematuro de la primera vez. Gozaba voluptuosamente de la libertad del cuerpo ampliamente desvestido, del abrazo del aire, de la quemadura del sol en los sitios de la epidermis más acostumbrados a estar protegidos, más deliciosamente

sensibles. Otros tantos descubrimientos, un nuevo enriquecimiento por medio de las sensaciones nuevas. El pelo reclamaba también su parte de alegría: se estiraba en el viento, como las algas en el agua.

Después del entrenamiento, siempre un poco forzado, el cansancio le ahogaba entre su légamo. Trabajadas por la tensión muscular, dolíanle regiones internas. Iba a entregarse al masajista, cuyo amasamiento ablandaba el agarrotamiento. Se tumbaba sobre la hierba para tomar largos baños de sol, que disipaban todo deseo de movimiento. Tendido sobre el vientre, frotado por agujas de pino, Renato sentía el sol calentarle el espinazo, la comba de los riñones, las nalgas, la planta de los pies, libertada al fin de la sombra. Se volvía para ofrecer la otra cara al sol, y la quemazón le parecía que penetraba en su espalda. Acostado sobre ella saboreaba la sensación viva: era un calor sordo y sombrío, diferente del calor luminoso, aéreo, que tomaba posesión del vientre y del pecho. Las piernas cruzadas se extrañaban del mutuo contacto. ¿No estaban perpetuamente separadas la una de la otra, durante el día, por el pantalón y de noche por el pyjama? Era grato sentirlas resbalar piel contra piel. El sol iluminaba el interior de su carne. A su alrededor otros cuerpos se tostaban lentamente, como madura un fruto. En su beatífica inmovilidad volvía él al barro originario...

Cada vez que iba a comprar una revista le divertía ver a la vendedora de periódicos en traje de baño delante de su quiosco. Sus brazos torneados y sus muslos eran de una morenez de caoba. Para recordar sus funciones comerciales llevaba ella tan

sólo sobre su *maillot* un corto delantal blanco y sobre su pelo una pequeña cofia. Renato era también parroquiano del vendedor de barritas y *bretzels* (1), que entregaba el pan escogido en la punta de unas pinzas de madera, higiénicamente.

Por la noche, Renato intentaba una visita a alguna "bodega de cerveza", de donde le echaba en seguida la atmósfera humosa, pues sus pulmones habían vuelto a tomarle gusto al oxígeno. Andaba por las calles sin sombrero, como los francfurteses, observando al pasar las ventanas adornadas de flores, y las muchachas robustas, con el pecho bien asentado. "¡No son como esas mujeres de dos dimensiones, lisas como una puerta, al estilo de Lydia!"

Seguía el malecón hasta el sitio donde la cierva perseguida por los soldados de Carlomagno franqueó, según cuentan, el Main y les indicó el vado, de donde proviene el nombre de la ciudad: Frankfurt, vado de los Francos. La cúpula de la catedral, construída con piedras rojizas, parecía incendiada por los rayos de un eterno poniente. Renato se detenía en la Hostería de la Cabeza Negra, en la plaza del Roemer, o se adentraba por la vieja ciudad, que, al amparo del anochecer, resucitaba la vida medieval. Entraba en el barrio judío, pasaba por delante de la casa natal de los Rothschild, llegaba a un *cabaret* pintoresco instalado en una antigua bodega que conservaba todavía empotradas en sus gruesos muros cubas inmensas. Renato bebía allí vino del Rhin o del

(1) Roscas. (N. del T.)

Mosela, mientras la orquesta alternaba la música moderna con la triste Loreley. Pero cuando llegaban los clientes después del teatro les cedía el sitio y se iba a acostar, con la sensatez de un futuro campeón.

El domingo por la mañana Renato salió muy temprano a unirse con los *wandervôgel*. El camino hecho a pie por las estribaciones del Taunus, cargado con una mochila nuevecita, le pareció notablemente más largo que en auto. Pero, en cambio, tomaba posesión del paisaje. La lenta conquista de la altura la hacía más preciada. El aire, blandamente agitado por el viento, pasaba en tibias oleadas. Reconoció desde lejos la friolencia de los álamos apenas cubiertos de follaje, y en la pradera, estremecida toda en su corta cabellera de hierba, a los jóvenes que jugaban desnudos. Prefirió él despojarse de sus ropas mientras estaba solo todavía. Como la caminata le había calentado, el acto de desnudarse fué un placer para el cuerpo. Pero el espíritu oponía a aquella desnudez total una sorda defensa. Quería y no quería, invadido de nuevo por el miedo del primer día, por la idea de una grave falta. "¡Estoy haciendo retroceder al pudor, ni que decir tiene! Y, sin embargo, es una costumbre adquirida por el hombre, sin duda alguna. Pero adquirida desde hace siglos y que tiene una fuerza de instinto. ¡Hay que luchar endemoniadamente para arrancarla de uno!"

Comprobó, satisfecho, que su entrenamiento de la semana había hecho subir en un tono el color de su piel e hinchado su carne de músculos resucitados. Su cuerpo, que por lo demás no esperaba la aprobación del cerebro, se dilataba de alegría en el aire

cálido, bebía la caricia del viento, se preparaba para el bienestar. Renato sintió la necesidad de estirar sus músculos hasta su tensión absoluta, de gesticular, de lanzar sus miembros todo lo lejos que podía. Ejecutó saltos, cambios de frente, una especie de danza salvaje y desordenada.

Pasado aquel arrebato, se dirigió hacia los *wandervôgel,* alzando los brazos para que la brisa le refrescase las axilas. La tierra estaba cálida y seca, su pie la palpaba con verdadero placer. Corrió a pequeñas zancadas bien ritmadas para hendir el aire con sus muslos y con la parte lisa de su pecho.

Los jóvenes nudistas le vieron reaparecer sin sorpresa ni demostraciones. Su cuerpo cesó de ser suyo exclusivamente. Dedicó mentalmente ironías a aquella curiosa confesión física del desnudo en común: callar, si uno quiere, su nombre, sus pensamientos, su personalidad; pero mostrar a todos su carne secreta. Los que jugaban al balón agrandaron el corro y Renato se mezcló a la partida como si le hubieran esperado. Lanzaba el balón con un movimiento ágil y potente; lo atrapaba con precisión y se entregaba por entero al juego. Por momentos perdía conciencia en absoluto de que estaba desnudo. Su pudor no era ya constante.

La mayoría de sus compañeros eran los de la otra vez. Los reconocía y se divertía en comprobar que su memoria conservaba de ellos no sólo la cara y la estatura general, sino ciertos detalles, ignorados en la vida corriente: una mancha morena en la comba de los riñones, una cicatriz de apendicitis, los senos de aquella muchacha de la piel clara, desarrollados

como peonías lechosas; el bello vientre pálido, casi fosforescente, de aquella otra; la línea insensible y suave con la que se unía a los costados, las caderas redondas...

Vió de pronto a la muchacha ante quien se encontró desnudo por primera vez. Caminaba lentamente, con el deslizamiento regular de una barca arrastrada por los dos foques de su pecho. Su pelvis, amplia y profunda como una cuna; las bellas morbideces de su pecho ancho de base, la situaban, a pesar de su juventud, en la edad de la maternidad.

Con sus rasgos regulares, bien dibujados, y su boca enérgica, era bella como una estatua, una estatua tibia que respirase.

Algunos nudistas corrían por la pradera, para agotar su embriaguez, con las piernas alegres y el rostro iluminado por una amplia sonrisa. Y los brazos separados en la prolongación del pecho tenían la expresión gozosa de todos los ademanes vastos. Era una segunda sonrisa, elevada a la enésima potencia.

Forma anfórica del busto femenino, piel salinada, depresiones que captan la sombra, superficies llenas en las que rebrilla la luz, musculatura que hincha los tejidos, equilibrio de volumen entre los hombros y las caderas, delgadez del tobillo, de la rodilla, de la muñeca, de la cintura; sangre flúida, respiración profunda, castidad de los animales... Sin embargo, si gozaba de ello, para sí propio, Renato se asombraba de que las mujeres no sintiesen el peligro: "El deporte era ya el enemigo de la mujer por lo que acapara al varón en detrimento de ella. ¿No comprende la mujer que la desnudez, con su realismo

preciso y la frialdad provocada por el hábito, acabará de distanciarle de ella?..."

Renato tiró la gabardina que tenía en la mano para ir a ayudar a un niño, subido sobre el amontonamiento de rocas y que se veía apurado para bajar por una pared escurridiza. Al pie de la roca un adolescente grácil seguía con inquietud los esfuerzos del niñito. Al acercarse Renato, el adolescente se volvió: era la muchacha de piernas de cierva, con su silueta cándidamente andrógina. Como si no hubiese ido hasta allí más que en su busca. Renato se sintió plenamente satisfecho. ¿Le reconocía ella?... ¿Guardaría recuerdo del neófito lívido entrevisto un minuto?... Si era así, debía encontrarle cambiado ventajosamente para él. El pequeño, ya en el suelo de nuevo, salió corriendo, un poco confuso.

—¿Es hermano suyo?...

—No; no tengo hermanos. Pero aquí somos todos como hermanos y hermanas. Estamos juntos en la Wegsheide.

—¿...?

—Es una escuela al aire libre instalada en el Spessart, donde la ciudad de Francfort utiliza un antiguo campo de tiro, y las barracas ocupadas antes por soldados, para albergar a sus colegiales, que pueden llegar hasta mil setecientos a la vez. Es un Kinderdorf (pueblo de niños).

—¿Estaba usted entonces enferma?

—No, no es necesario estar enfermo. Todos acuden allí; es obligatorio. Las clases van allá por turno con sus profesores, y los estudios continúan durante un mes, en plena montaña y semidesnudos.

—¿Muchachos y muchachas..., naturalmente?

—Sí; claro.

Renato sentíase vagamente desilusionado por el tono de la conversación. Había él esperado otra cosa al desear ver de nuevo a la muchacha; pero su aire de inocencia le intimidaba. Tenía muy cerca de él aquel cuerpo esbelto, y fijaba en él sus ojos con precaución. Lo singular de la situación le obligaba a mostrarse reservado, porque el menor gesto, la menor alusión, demasiado fácil, le hubiese llevado demasiado lejos. Renato llegó rápidamente a la conclusión de que el traje es necesario para el *flirt*. Sin embargo, no pudo por menos de decir:

—La he visto el domingo último... Estaba usted en el bosquecillo, haciendo un ramito.

—¡Ah, sí! Había cogido el waldmeister...

Y ante la mirada interrogadora del joven:

—Es una planta forestal que crece en mayo. Se la cuece con vino para hacer la bebida llamada *mai-trank*.

Llegaban junto al grupo. Renato preguntó, casi a media voz:

—No sé todavía su nombre.

—Me llamo Fifa.

—Fifa... ¡Oh, es encantador! ¡Tiene la lozanía de usted! No conocía ese nombre.

—Es un diminutivo de Frieda.

—Fifa es mucho más gracioso, y le va a usted muy bien. Los nombres tienen un rostro...

—Sí—dijo ella seriamente—, son una representación.

A Renato le sorprendió oír de aquella boca tan juvenil la gran frase de Schopenhauer.

Era la hora del almuerzo. Los amigos se reunían alrededor de los *rücksacs* o mochilas. Renato fué invitado cordialmente por el mocetón rubio, Erwin; por Karl, adolescente delgado y nervioso, y por Fifa. Erwin sacó de su mochila un pepino, tomates, patatas cocidas, almendras, higos y cerezas en cantidad. Ni embutidos ni carne. Y pan integral, casi tan negro como su pan de guerra.

—Soy un buen parroquiano—dijo él a Fifa cortando unas rabanadas.

Y luego explicó, para Renato, señalando a la muchacha con el mentón:

—Es ella la que está al frente de la tienda naturista, la Freya Haus, donde se venden todos los productos vegetarianos.

Renato, que había traído jamón, no se atrevía apenas a desenvolver las sonrosadas lonchas, lo cual hizo reír a los tres alemanes. Fifa tendió hacia él su vaso de aluminio:

—¡Tengo sed!

Y cuando lo hubo él llenado de agua:

—*¡Prosit!*—dijo ella graciosamente antes de beber.

Se cuidaba de hablar francés, ya fuese por inocente orgullo de mostrar lo que sabía de aquel idioma, ya fuese porque su sentido práctico la incitase a aprovechar aquella ocasión de perfeccionarse, o ya fuera, en fin, para evitar a Renato el esfuerzo de buscar las palabras. El se daba cuenta de que su lenguaje torpe, limitado y casi infantil, daba a sus compañeros la impresión de un ser más simple de

lo que era en realidad. ¡Las palabras! ¡Qué falso ropaje!

Después del almuerzo, alegre y frugal: "Ni vino, ni café, ni cigarrillos, nada de carne; ¡demonio, el régimen es severo! ¡Son los caballeros de la vitamina!"

Debía darse cuenta, más adelante, hasta qué punto aquellos jóvenes estaban poseídos por una embriaguez de pureza; con qué aplicación eliminaban las toxinas del cuerpo, y asimismo que su higiene moral era por lo menos tan rigurosa. Le iniciaron en la disciplina del *pick-nick* alemán, que ordena no dejar en el suelo ni papeles ni restos de ninguna cosa. Las sobras fueron cuidadosamente quemadas.

La tarde no fué más que una serie de juegos deportivos, en los que Renato tuvo la alegría de no mostrarse inferior. Un tono familiar se establecía entre él y los demás: Albrecht, que le venció en la carrera; Hermann, que saltaba tan admirablemente; Heinrich, que en la lucha le aplastó con su pecho ancho com una torre; Karl, Verner, flaco y moreno, de piernas de cabra; Siegfried, chico jovial y nada guerrero; Hans, un niño de doce años. Admiraba el vigor de Erika, una pequeña judía, rechoncha y morena, que formaba un gran contraste con Annaliesse, que había crecido demasiado de prisa, doblada hacia delante como una espiga de centeno cuya cabeza fuese demasiado gruesa. Supo que su primer encuentro se llamaba Erna, y que la que él bautizó con el remoquete de "Tira de manteca", por lo anémica y sosa, se llama Ingried en realidad.

No le extrañaba ya su estado; pero sí, en cambio,

que Lotte conservase puesto durante todo el día su vestido azul de mangas cortas. Renato supuso al principio que tendría ella razones particulares para quedarse vestida; pero debía ser una costumbre por su parte, pues sorprendió a Albrech lanzándola una mirada de mal humor:

—¡Esa tiene siempre que destacarse!

Sin embargo, Renato dedujo de ello que el traje de Adán no era indispensable, y que hubiese podido ahorrárselo Pedro. Pero le parecía más leal haberse puesto a tono con la mayoría. Le regocijaba verse tratado como camarada por aquellos nudistas adolescentes todos, menos Erwin, del que se sentía más cercano por la edad, sufriendo como los demás el ascendiente de su carácter serio. Hombros rectos, vientre hundido, caderas estrechas, Erwin tenía el busto triangular de los egipcios. El sol se hallaba bajo su piel, del tono sanguíneo del melocotón; en sus cabellos llameantes, casi afeitados sobre la nuca, donde se confundían con la epidermis. Sus ojos castaños aleonados parecían pasados por las llamas, también ellos. Y unos dientes blancos y cortantes de carnívoro, inútiles para aquel vegetariano. Estaba inclinado sobre un mapa en el momento en que, al levantar la cabeza, vió a Renato que le observaba.

—Estudio el camino para nuestra próxima excursión a la montaña. Vamos a Baviera el martes, por una semana.

Renato tuvo una expresión tal de tentación, que el otro añadió:

—¿Quiere usted acompañarnos? Ahora, que como

se trata de dormir en tiendas, necesitará usted un equipo completo.

Renato aceptó en el acto, encantado como un colegial.

—¡Ah, sí! ¿Entonces viene usted con nosotros a los Alpes?...—preguntó Fifa poco después.

Sentada en el suelo, alzaba hacia él sus ojos y sus senos:

—¡Ya verá usted lo entretenido que es!

El día de la partida se unió a ellos en la estación, habiendo sustituído el traje de viaje por el calzón corto y la camisa de cuello abierto, con la mochila a la espalda, atestada de ropas, de víveres, de utensilios y colgando sobre ella una escudilla sin estrenar.

Karl y Hermann iban cargados con una tienda que asomaba sobre sus cabezas, así como Erwin, que llevaba además una canoa plegable. Otra tienda estaba repartida entre las muchachas, cuyas mochilas, tensas como a punto de estallar, colgaban de los tirantes.

—No he tenido tiempo de almorzar—dijo Inge, riendo—. ¿Quién viene conmigo hasta el despacho de leche?...

Renato la acompañó hasta una lechería, en la misma estación, donde vendían leche bajo todas sus formas: caliente, fría, helada, cuajada, en crema, en queso, etc. Inge bebió como una niña un tazón espumoso. No bien estuvieron en el vagón, Hermann empezó a tocar su acordeón. No cesó ya de tocar hasta Munich, donde cambiaron de tren para Murnau.

En aquel tren de montaña Renato detallaba curiosamente el traje de las bávaras: camisa blanca de

cuello vuelto, tirantes unidos por una banda horizontal que les cruzaba lo alto del pecho, calzón corto de piel de gamuza, medias de lana blanca que dejaban la rodilla y el tobillo al descubierto, y el famoso sombrerito de fieltro, adornado con una mata de pelos arancados de la barba de una gamuza, o con plumas de águila. Tomaban por asalto la imperial de los vagones, y su felicidad parecía consistir en tomar un baño de humo.

Viendo el interés que Renato demostraba por ellos, Erwin le hizo un breve resumen de sus costumbres:

—Cuando un bávaro hace la corte a una mujer, apoya una escalera contra el muro de la casa, y va por ese camino a charlar con su amada que le espera a la ventana. De esta costumbre ha nacido la expresión "hacer ventana". Si la muchacha parece conveniente para mujer, una intimidad completa queda autorizada. Es el "matrimonio a prueba". No todos se efectúan luego después. Ocurre a veces que, después de un ensayo de ese género, viene al mundo un bavarito más; pero nadie lo critica y la madre no tiene nada vergonzoso que ocultar.

El tren había recogido en su trayecto otros aficionados al campo, que llenaron la estación, a la llegada, de una alegre animación. Mientras se formaban otra vez los grupos, los músicos rasgueaban indolentemente una musiquilla en el banjo o en la mandolina. Elevábanse melodías, y se confundían. Un guitarrista tarareaba una canción. Uno o dos de sus amigos le acompañaron desde el segundo compás;

luego otros unieron también sus voces a ellos, y bien pronto se organizó un coro, cuyos elementos se improvisaban:

Horch, was Komme von
Draussenherein... (1).

Renato escuchaba encantado, observando el montón de cintas multicolores prendidas en el mango de la guitarra. Otros muchachos engalanaban igualmente sus instrumentos de música con cintas.

—¿Es la insignia de alguna Sociedad?

—No—explicó Erwin—; cada cinta la regala amistosamente una muchacha, que la borda con su nombre.

—¡Ah!—pensó Renato, fijándose en el guitarrista—. ¡Ese debe ser un gran conquistador!

Algunos grupos se ponían ya en marcha.

—No perdamos tiempo—dijo Erwin.

Y comenzaron a su vez a lanzar hurras, a entonar una canción de marcha y a salir de la estación como si marchasen a la conquista pacífica del mundo.

Como el lago Staffel era el objetivo común, su pequeño grupo veíase desbordado por el grueso de la banda, compuesta de *wandervôgel,* de adultos y de dos niños. Por indicación de un hombre de edad, atacaron todos juntos un coro espléndido a cuatro voces. Sólo Renato no tomó parte en el canto grave y sonoro: sólo sabía unas cuantas músicas de jazz y unas canciones groseras del cuartel.

Caminaron dos horas hasta llegar a la soledad de

(1) Escucha lo que llega de lejos... (N. del T.)

los bosques, con paso rápido, a pesar de la carga. Renato iba al lado de las piernas de cierva, cuyo bello movimiento adivinaba. Delante de él caminaba Annaliesse, alta y flexible, siempre con la cabeza inclinada, como un surtidor. El sol era abrasador. Erwin se quitó la camisa y llevó su mochila apoyada sobre la carne; los tirantes dejaban sobre los hombros una señal roja que, después, resultaría más clara sobre la piel tostada. Varios hombres hicieron lo mismo. Las mujeres se quitaron las medias; llevaban una falda corta y amplia que se balanceaba sobre las pantorrillas. En cuanto a los dos chiquillos, sin aguardar más, se desnudaron por completo, y sus trajecillos quedaron colgados con una correa de la mochila paterna.

Correteaban a lo largo de la carretera como dos Elfos, con una hoja mojada pegada sobre el hombro, hoja que dibujaría su contorno en blanco después del primer baño de sol.

Renato se sentía feliz. Participaba de su estado de inocencia infantil. A pesar de la mochila, saltó por encima de las zarzas y franqueó la cuneta de un brinco. El aire puro regaba sus pulmones, regocijaba su cuerpo, que vivía por todas sus células. El sol doraba la carretera bajo sus pies. El hambre, despierta por el ejercicio, hizo sentir su primera punzada. No cedieron a ella en seguida. Era necesario que se extendiese irradiante y que su imperioso mandato fuese la señal de que el organismo había agotado todas sus reservas. Renato dominó su estómago, complaciéndose en hacerlo esperar. Pero otro apetito le trabajaba: juventud y salud que quieren

expansionarse, sabor de besos en los labios, ansia furiosa de abrazar que anima los brazos vacíos, deseo en fin, deseo sin objetivo determinado, anónimo, intuitivo, natural, poderoso, que oscurece lo demás, que empaña la alegría de hace un momento, suscitando y arrastrando pensamientos brutales, imágenes precisas. El macho invadía al hombre entero. Renato no se atrevía ya a mirar las pantorrillas desnudas de las mujeres. ¿Por qué no una de aquéllas, cualquiera, allí, acto seguido?... Pero seguían ellas caminando. Los otros eran semejantes a sí mismos, un poco demasiado ruidosos, un poco demasiado simplistas. Penetraron en el frescor del bosque. Los francfurteses se separaron de los demás. Las piernas fragmentaron nuevos kilómetros. Erwin tenía su propósito, y no quería que se detuviesen antes de llegar al objetivo propuesto. Recorría el flanco de su tropa, como un perro de ganado, animando a los rezagados. Desempeñaba, con la aquiescencia general, las funciones de jefe. Los *wandervôgel* no tienen jerarquías, pero se agrupan gustosos bajo la autoridad del de mayor edad, del más competente, con ese sentido de la disciplina inherente a la raza. Erwin los dirigía siguiendo el mapa colgado de su cintura.

Marchaban bajo unos pinos de tronco rojizo, sobre un suelo escurridizo. Nada ya de cantos, ni siquiera de conversaciones, para ahorrar fuerzas. La fatiga conquistaba los cuerpos, la sed y la necesidad de comer se tornaron exigentes. La tensión sexual en lucha con aquellos tres adversarios cedió, se disipó. Renato se calmó con tal rapidez, que en seguida lo

olvidó todo. Volvió a tener la edad de uno de los niños, la del más pequeño.

Habían llegado al sitio del campamento. Erwin, que conocía la región, lo había elegido prudentemente lo bastante alejada del lago para asegurarles la soledad, en un claro bordeado de álamos y cerca de un manantial.

Renato, aligerado de su mochila, se sintió liberado de la ley de gravedad.

Se apresuraron a desnudarse, aislados unos de otros, en las zarzas o detrás de un árbol. ¡Extraña necesidad de intimidad en el momento de despojarse uno de todo velo! Para aquellas mujeres era mucho más desagradable que las viesen desvistiéndose que desnudas: no entregaban el secreto refinado o modesto de su ropa interior. Cuando Renato se quitó su camisa, última baluarte de la dignidad de un civilizado, el placer sustituyó terminantemente a la turbación.

Y después, ya en estado natural todos, se ocuparon de la comida.

Renato, alimentado, descansado, salió de su letargo. Sus compañeros dormían la siesta: Fifa dormía igualmente. Estaba echada sobre el lado izquierdo, con las piernas indolentemente dobladas, la cabeza sobre un brazo y el otro cayendo a lo largo del costado, más dorado en su parte media, como un pan desigualmente cocido. Dormía, desnuda sobre la tierra, ofreciéndose de tal modo, entregándose de tal modo, que la confianza que demostraba aquel sueño conmovió a Renato con un nuevo respeto. Emanaba

de ella una calma que se difundía como el perfume alrededor de la flor.

Renato lanzó un ojeada a los demás, acostados en torno suyo, inmóviles. ¿Dormían, soñaban, bajo la concha de los párpados?... El sueño rodeaba de misterio aquellos cuerpos desvestidos, pero privados de mirada, ciegos, sordos y mudos, en los que el pensamiento no asomaba a la superficie de la piel. Sólo Renato velaba entre sus extraños camaradas. Veía nalgas, vientres y senos, y en primer plano, su propio vientre y sus muslos. Todas ellas cosas familiares ya, sin nada de grotesco ni menos aún de escandaloso. El reactivo irónico de Pedro no venía ya a turbar su condensación de ideas. El aire cambiaba de densidad a su alrededor. Aquel medio tan extraño resultaba normal. La sencillez, la naturalidad de los *wandervôgel* obraban por contagio. Una paz, una pureza excepcionales descendían sobre él como un sacramento. Gozaba nuevos placeres sin que le impidiesen gozar de ellos el asombro o la vergüenza, embotados. "El cuerpo es siempre inocente: sólo el espíritu vicia la naturaleza..."

Antes de aquella prueba no había tenido ocasión des ver hombres desnudos más que en el cuartel, ni mujeres desnudas más que en el momento amoroso. El primer recuerdo era desagradable; el segundo estaba cargado de erotismo. "¿Qué dirían mis locas amantes si supiesen que estaba yo aquí, tranquilo como un Niño Jesús?... ¿Y si tuviesen que practicar ellas también la *Nacktkultur?*... Su pudor de mujeres fáciles tenía a veces sutilezas de éstas: "No me siento vestida si no tengo puestas mis sortijas", de-

cía Boby. Y Gladys que no soportaba que la apartasen sus cabellos para descubrir su frente. ¡Prefería dejar que la levantasen la falda antes que el flequillo!"

La misma Lydia se había negado... Renato creyó comprender los motivos hasta entonces secretos de su conducta. De haberse desnudado, su aspecto hubiese sido muy distinto del de Fifa, Inge, Annaliesse. Lydia estaba acostumbrada a andar por un salón de modista, con los senos despuntando bajo el leve tejido. No sabía andar desnuda. Su cuerpo era un cebo perpetuo, una tentación voluntariamente ofrecida al deseo; ella no olvidaba esto nunca... Era como aquella pequeña que no se había quitado el vestido el otro día. ¿Lotte, verdad?... Veía claramente de pronto la coquetería y la comedia de aquella actitud, el afán de singularizarse. Lo que Lydia no quería precisamente eran aquella unificación, aquella sencilla camaradería, la falta de rivalidad, la franqueza corporal.

En aquel momento un pájaro empezó a cantar tan fuente en un árbol, sobre sus cabezas, que los durmientes se despertaron. Hubo miembros que se estiraban, piruetas, interpelaciones. Ingried, que había dormido al sol, desprendía un vivo rojo por toda su piel, como una amapola. Fifa no parecía siquiera tener calor. Su cara, mate y de piel curtida, desafiaba el fuego del aire.

—¿Nos bañamos?...—preguntó Albrecht.

—No—respondió Erwin con una tranquila autoridad—. Vamos a armar las tiendas.

Emplearon el final de la tarde en instalar el campamento. Renato se afanó más que ninguno. Durante la cena, Erwin le propuso que se tuteasen. Cogiendo cada uno de ellos un vaso lleno de agua, entrecruzaron sus brazos y bebieron en el vaso del otro, conforme al gesto ritual que consagra el tuteo entre amigos.

Despierto al amanecer, Renato se levantó y se alejó del campamento, deseoso de dar un paseo a solas.

La selva se despertaba a su alrededor. Pasaban perfumes invisibles, extendidos sobre el viento. Los bosques mojados conservaban todavía el silencio de la noche. Renato se sentía en plena amistad con el mundo. Caminaba, exaltado por todos los dones que recibía.

Sus pies gozaban del contacto rudo del suelo, que cambiaba según el terreno: era una tierra firme y lisa, el suave pelaje del musgo, y luego la arena blanda, unas piedras que aminoraban su ímpetu, porque tenía que escoger su dorso pulido como el de una tortuga, unas agujas de pino escurridizas sobre las cuales patinaba al subir una cuesta; y, por último, una encrucijada herbosa que cruzó despacio para sentir la caricia vegetal de aquel tapiz profundo empapado de rocío. ¡Cómo agrada la hierba cuando está uno desnudo! ¡Cómo se saborea con gratitud su suavidad indefensa, su carencia de veneno, de caparazón, de espinas!...

Al salir de la pradera corrió para secar sus pies mojados. Le gustaba hendir el aire con la quilla torácica, emborracharse de velocidad entre la inmovi-

lidad esbelta de los árboles y la inercia paquidérmica de las voluminosas rocas grises. Algunas ramas se doblaban sobre él azotándole, fustigando su carrera. Para que durase ésta más tiempo, vigilaba el juego de sus corvas y el de sus pulmones. Hubiese deseado llevar un tropel de enemigos a su zaga, por el gusto de dejarlos atrás. Pero aquella soledad era una bella cosa.

El canto de un pájaro le detuvo. Escuchó paciente aquella flauta aérea, a la que contestaba otro pico desde una cima más alejada. Cuando terminó el dúo con la reunión de los cantores, Renato volvió a ponerse indolentemente en marcha hacia el campamento, guiándose por la posición del sol. Abría y sacudía los brazos para refrescar sus axilas sudorosas. Una ráfaga de viento le lamió por entero como una llama fresca. El roce de las altas bierbas cosquilleaba sus piernas. Cuidaba de no aplastar insectos al andar. No sólo por evitarse un contacto desagradable, sino por confraternidad inconsciente hacia todo lo que no está protegido más que por una membrana frágil.

Y pensaba, mientras proseguía su marcha: "Soy el hombre de la prehistoria o de la mitología. Soy anterior al pecado, anterior a la ley del vestido. ¡Soy el hijo de los bosques, de la mañana, de la montaña! ¡Soy un fauno, soy Pan!.."

Lejos todavía del campamento, vió a Fifa que caminaba, sola también, y también desnuda. El corazón le latió presuroso al reconocer el tono aleonado de su cuerpo, y dudó un minuto si unirse a ella, invadido por una timidez repentina para afrontar aquel

encuentro. Pero ella, al verle, le hizo con el brazo un signo amistoso, con su ingenuidad acostumbrada. Renato estuvo, pues, a su lado en unos saltos.

—¡Bravo! Es usted madrugadora.

—La mañana tiene oro en la boca—respondió ella riendo—. ¡Es uno de nuestros proverbios!

Continuaron juntos su camino. Fifa, cándida y tranquila; Renato, atormentado, lleno de desasosiego. Aquel aislamiento con una muchacha bonita en tales condiciones de libertad física provocaba pensamientos turbios, que le dominaban tanto más cuanto que Fifa no se molestaba en hablar para decir trivialidades. Había él observado que la muchacha se mantenía callada voluntariamente en plena naturaleza, como para respetar un embrujo. Seguramente sabía mucho más que él sobre la vida secreta de los bosques, de las praderas, de los lagos de voz sofocada. Quizás había ella surgido un buen día de la corteza de un árbol para vivir entre los hombres. Sí, poseía ella la juventud y la gracilidad del álamo, ese árbol de piel de plata. Tenía también, era cierto, el color cálido de una cierva, sus largas piernas y sus grandes ojos... Pero por mucho que divagaba Renato buscando orígenes sobrenaturales a su linda compañera, no podía impedir que fuese ella mujer ante todo; y esto le llevaba a formular hipótesis totalmente humanas.

¿Qué pasaría si él la besase?... ¿Si la cogiese en sus brazos, convenciéndola con un abrazo; si la tirase al suelo?... Observaba con el rabillo del ojo aquella adolescente tan fina, tan pura: e inmediata-

mente resurgía la idea de una conquista brutal. No inspiraba ella ansias de violación, ciertamente.

En una revuelta el sendero se estrechó hasta el punto de que Fifa rozó con la cadera a Renato. Tratándose de cualquier otra, hubiera considerado aquel gesto como una invitación, aprovechándose de él; pero tratándose de Fifa, se apartó un poco más. Pensaba únicamente:

"¡No se lo contaré nunca a Pedro! ¿Qué hubiera hecho él en mi caso?..."

Experimentaba cierto despecho ante aquella reserva. Pero hubiera sido una vergüenza romperla. Por otra parte, su emoción carnal era mucho menos agresiva de lo que quería él confesárselo por orgullo de macho. Más avanzado el día volvió a pensar en el contacto furtivo de aquella carne sedosa, cuya impresión sentía aún. Se miró el muslo y le extrañó que no apareciese en él señal alguna, como de haber tocado, por levemente que hubiera sido, una mariposa.

El lago Staffel formaba un anillo líquido alrededor de una isla, cuyo reflejo resultaba más nítido que la realidad. La onda era lisa y densa, como un jarabe. Renato tenía la impresión de que seríale necesario romper una capa superficial para penetrar en ella. Con una prisa alegre, los *wandervôgel* se desnudaron, y sin el menor *maillot,* naturalmente, se zambulleron unos tras otros. ¿No es obligatoria la natación en todas las escuelas primarias? Erwin lanzó al agua su canoa y se puso a remar con la pagaya. Renato vió el cuerpo largo y moreno de Fifa deslizarse en el agua clara como una piroga, arrastrado por la hélice de los brazos. Se felicitó de no encontrarse en estado de inferioridad. En la orilla, un árbol extendía unas ramas cortas y nudosas, como dedos deformados por el reuma. Renato trepó a una de ellas y se tiró desde su extremo.

Penetró en el agua fría, de una suavidad aceitosa. Nadaba con una soltura absoluta, pues la velocidad de su impulso no estaba aminorada por la bolsa de agua de un calzón, por pequeño que fuese. Hacia el centro del lago aproximadamente Renato se tendió de espaldas, agitando tan sólo las manos por el placer de sentir el agua fluir entre sus dedos.

Estaba allí, inmóvil, con los ojos cerrados por el calor, cuando una voz muy cercana le llamó. Era Erwin que llegaba en canoa.

—El agua está fría, chico. No te estés mucho tiempo sin moverte. Mira, sube a mi barca para secarte.

Renato se izó con precaución hasta la frágil barquichuela. Los otros, a lo lejos, cerca de la orilla, armaban un gran alboroto. Renato contemplaba aquel cuadro de bañistas desnudas que casi todos los pintores han tratado, siendo los únicos hombres lo suficientemente afortunados para tenerlo ante los ojos en su realidad. "¡Así es el mundo! El baño que tomaban las abuelas con traje de falda y mangas, y las madres en *maillot,* ¡las hijas lo toman desnudas!" Acurrucado detrás de su amigo de espalda bronceada y reluciente, recordó las historias de salvajes de su infancia. Era sorprendente, además, hasta qué punto los juegos de los *wandervôgel* le recordaban

los de los primeros años de la vida: idénticos goces sencillos, íntegros, despreocupados de las reglas opresoras instituídas por las conveniencias.

—¿Has notado lo suave que es el agua?—preguntó Erwin—. Eso se debe al fondo turboso, gracias al cual el agua de este lago es notablemente calmante para los nervios.

Al frotarse con la palma de la mano, Renato comprobó que, en efecto, su piel se había suavizado curiosamente. Cuando estuvo seco y el sol comenzó a quemarle quiso tirarse otra vez al agua. No podía zambullirse sin hacer zozobrar la canoa. Por eso, saltando sobre un costado, con los pies por delante, se dejó escurrir con lentitud en el agua helada que rodeaba sus tobillos, sus piernas, sus muslos, su cintura, con una sensación de frío tan aguda que se convertía en una quemadura. Un poco sofocado, soltó las manos y el agua le recibió por entero. Gozó, durante algunos segundos, la voluptuosidad de no defenderse, de dejarse caer, abandonando el cuerpo, al hueco de la profundidad líquida, con los ojos abiertos sobre una transparencia en la que no se veía nada. Luego, habiendo vuelto de un solo esfuerzo a la superficie, a la luz, al aire, respiró fuertemente, y se sintió feliz en todo su ser.

Sobre el peligro del agua, domeñada con unos cuantos movimientos estudiados, muy pocos en suma, como todos los buenos nadadores, volvió hacia la orilla. El agua le sostenía, cediendo bajo su cuerpo. El movimiento de los brazos y de las piernas hendía aquella blanda resistencia. El elemento flúido se hacía dócil al hombre que lo braceaba con amor. Fué

a secarse en la orilla, soleada, con los demás. Los cabellos empapados de Fifa, adheridos a su cabecita redonda, le daban el aspecto de una foca joven de ojos claros. Resbalaban unas gotas sobre su piel. El musgo que se rizaba sobre las piernas de Albrecht estaba aplastado y pegado como los pelos de un pincel mojado. La piel de Verner, algo estremecida, tomaba matices azules y verdes. Chorreante y fresca Erna, era una rosa bajo la lluvia. Ingried, que había recogido sus trenzas, parecía haberse quitado un último vestido. Todos aquellos cuerpos tostados espejeaban al sol con el tono y el bruñido del mineral.

Al día siguiente Renato fué designado para ir con Ingried y Karl a buscar leche al pueblo vecino. Tuvieron para ello que vestirse; es decir, que ponerse camisa y calzón corto y calzarse unas sandalias. Ante el desagrado que le causó aquella parca indumentaria, Renato notó hasta qué punto, desde hacía dos días, su cuerpo había adquirido nuevas costumbres. Por un atajo abrupto bajaron cantando hasta el pueblo.

El primer aldeano que vieron iba vestido de negro flamante. ¡Aquel traje de luto no podía estar motivado más que por un entierro o por un día de fiesta! ¡En efecto, era domingo!

Tuvieron que entrar en tres o cuatro granjas para encontrar leche, pues habían pasado ya por allí otros excursionistas. Y en todas partes encontraron a los aldeanos con trajes oscuros, tiesos, demasiado gruesos para la estación: y todos ellos sufrían visiblemente con el desasosiego engolado que produce el traje de domingo.

—¡Pero si yo creía—dijo extrañado Renato—que ustedes sabían dejar al cuerpo que estuviese a gusto!

—¡Oh! Los bávaros son católicos y muy rígidos sobre esa cuestión—respondió Inge—. Es probable que si sospecharan que practicamos la *Nacktkultur* se negarían a vendernos nada. Ya ha ocurrido. Por eso he tenido buen cuidado de ponerme medias.

—Sí, el domingo es un día en que el traje toma una gran importancia—pensaba Renato mientras caminaba—. En todos los países ese día transforma la silueta del trabajador y sustituye su pintoresquismo cotidiano por un aire de presunción pobre. A su rigidez ceremoniosa sacrifican el *confort* en los colegios, en los cuarteles y entre la gente del pueblo.

Y pensaba también en los cuidados minuciosos con que las bretonas tratan, no a sus cuerpos, sino a sus cofias.

El brazo de Renato se estiró para proyectar hacia delante la piedra redonda que sustituía al disco. Su cuerpo, arrastrado por el impulso, ejecutó un movimiento de torsión dentro del círculo dibujado sobre el suelo. Permaneció dos o tres segundos doblado, saboreando la curva perfecta que acababa de realizar en el esfuerzo muscular. Las aclamaciones le hicieron erguirse.

—¡Sehr gut!... (¡Muy bien!)—gritaban los camaradas.

Renato sonrió con orgullo y cedió el puesto a Hermann. Su mirada se cruzó con la de Fifa, que admiraba claramente no el lanzamiento del disco, sino al hombre. Le encontraba bien formado, elegante, vigoroso, ¿qué más?... Enrojeció él de contento y de

turbación ante aquella muchacha que le miraba con agrado.

Se aplicaba todavía a ocultar como un vicio el placer que le proporcionaba la visión de los cuerpos desnudos. Notaba una satisfacción estética y sensual incluso ante los cuerpos de los hombres en pleno juego. Sus compañeros y sus compañeras confesaban aquel placer con entera inocencia. El cuerpo estaba hecho para ser contemplado y admirado lo mismo que cualquier otra cosa. Ya no era ni secreto ni vergonzoso, sino que se convertía en algo tan conocido y familiar como todo lo demás.

Una partida de escondite les transmitió a todos una mentalidad de colegiales. Los accidentes del terreno, los árboles, las matas, se prestaban perfectamente al ocultamiento y a la persecución, hasta tal punto que el frenesí del juego les poseyó por completo. Renato corría y saltaba, feliz como un salvaje, como un pájaro, como un grano que vuela en el viento. No sentía ya su sexo. Se había libertado de la idea carnal.

Escondido en un foso, con el corazón palpitante y los ojos brillantes, sentía subir de su cuerpo un olor a pan caliente, el buen olor de un cuerpo sano y limpio, exhalando su aroma al aire libre.

Todos los jugadores habían sido atrapados, menos el pequeño Hans, que conocía el arte de los bruscos recortes, y Fifa, que corría de prisa, con las rodillas en flecha y los senos inmóviles. Renato avanzó arrastrándose por detrás de los arbustos, y luego, descubriéndose, se lanzó en derechura por entre las matas, sin preocuparse de los arañazos, para cortar el paso

a la corredora. Ella le divisó demasiado tarde y lanzó un grito fuerte y fresco. Renato se arrojó sobre ella y la cogió por el brazo, que soltó en seguida. Aquel brusco contacto era un recuerdo de la mujer. ¡Lo había olvidado con la excitación del juego! No veía más que un camarada ágil, cuando sintió bajo sus dedos la epidermis aterciopelada, envolviendo la firmeza de los músculos. Porque Fifa tenía, como un melocotón silvestre, la carne dura bajo la piel suave. No eran aquellos tejidos, tiernos hasta la inconsistencia de las mujeres incapaces de llevar una carga que tuvieron nuestras madres durante mucho tiempo.

—¡Le he hecho correr! Soy resistente, ¿verdad?

Volvieron a la barrera, a paso lento. Renato observaba desde muy cerca la exaltación física de aquel cuerpo de muchacha: la respiración jadeante se calmaba, las mejillas morenas aparecían más coloreadas, un ligero sudor fluía entre los senos, la tenue serpiente azul de la vena alrededor del brazo estaba hinchada, y el latir de su sangre, cuando ella se sentó, era visible en el cuello y sobre la comba satinada de su pie.

—No hay que cansarse excesivamente—dijo ella con un tono de persona mayor.

En realidad, estaban todos rendidos, y permanecieron tumbados en el claro tocando el banjo y el acordeón hasta la hora de cenar. Después de comer, más canciones y música alrededor de un fuego de leña que Erwin sabía encender mejor que nadie sobre una piedra plana. Y después, el sueño sin sueños de aquellos niños de veinte años que no pensaban en el amor.

Renato, despierto al amanecer, fué el primero en salir de la tienda. El rocío, como si fuese moho, blanqueaba la hierba y el suelo. El cielo era gris, sin reflejos rosados. "¡La aurora tiene mala cara esta mañana¡ ¡Veo que el día se levanta también con el cutis quebrado!" Tuvo frío al lavarse en el arroyo, y se vistió para afeitarse frente al espejo, colgado de una rama.

Después de la leche caliente y de las rebanadas de pan integral con la manteca:

—¿Quién quiere ir por las provisiones?—preguntó Erwin.

—Yo—propuso Fifa.

—Y yo—añadió Renato.

Partieron los dos, mientras los demás apilaban leña para el fuego.

—No vayamos al pueblo—dijo Fifa—; conozco una granja donde hay de todo lo que se puede comprar.

Una vez allí, llenaron, en efecto, la mochila abundantemente. A Renato se le presentó una nueva ocasión de comprobar hasta qué punto los aldeanos alemanes están acostumbrados a ver muchachos y muchachas acampar en los bosques, fuera de toda vigilancia.

Empezaron a subir la montaña más lentamente que la habían bajado, entre una fila de árboles centenarios, como pilares espaciados, de aire catedralicio. Unos enebros bordeaban el camino de trecho en trecho, como sombrías masas inmóviles y rígidas.

—Se llaman *wachholder* (centinelas)—dijo Fifa—. Y Renato apreció la imagen.

Tenía calor bajo la pesada mochila y un aspecto pesado y sudoroso.

—¿Podríamos quitarnos ahora la ropa?...—sugirió Fifa.

Renato temía desde hacía un momento que le hiciese Fifa aquella proposición. Esperaba que se lo impediría su natural delicadeza. Pero, sin duda alguna, ella no pensaba que hubiese en aquello nada relacionado con la delicadeza. Renato comprendía que es infinitamente más azarante quedarse desnudo con una sola persona que con ocho o diez. "¡No puedo negarme, sin embargo! ¡Parecería el casto José!..." Dejó, pues, la mochila en el suelo para desnudarse, mientras Fifa, a unos pasos, detrás de un árbol, y vuelta de espaldas para mayor precaución, se desnudaba igualmente. El pensaba interiormente con ironía en el afán de las gentes de no mostrarse más que correctamente vestidas o completamente desnudas, pero nunca en las fases de la transformación. Uno de sus amigos, pintor, le había contado que las modelos pedían generalmente un rincón discreto para desnudarse. En el estudio de aquel pintor, un día en que él llegó durante una de las sesiones, la modelo se negó ferozmente a seguir posando delante de un hombre extraño a la pintura.

Renató colgó su ropa y la de Fifa de las correas de la mochila y se puso de nuevo en marcha. Volvía a hallar el contacto amplio del aire, y todos sus poros se abrían a la delicia ambiente. Sus pies sentían otra vez la firmeza compacta del suelo, la blandura esponjosa del musgo. Rozaban sus pantorrillas unas hierbas suaves como cabellos. Fifa iba delante, des-

nuda como una flor sin hojas. Caminaba sin hablar, concertada con la inmensa mudez de la tierra. Andaba como una divinidad de los bosques, sin hacer crujir las ramas muertas, sin aplastar insectos, ni deshacer la unión de un tallo.

Se inclinaba un poco porque la cuesta era empinada, Renato vió marcarse, en cordón, las vértebras dorsales, como cuentas de un rosario. La piel era más clara en las muñecas, en las corvas, en la juntura de los brazos y de los muslos. Sabía él que ahí también es más fina. Sobre las altas piernas su grupa pequeña y redonda se balanceaba a cinco pasos de él. Veía él moverse una sombra en la comba lumbar. Renato pensó en Miss Helyett, en el concepto de la moral de donde proviene esa situación. ¿Y si los padres de Fifa se dedicasen a pedir una reparación a todos los jóvenes con quienes ella había hecho Nacktkultur?...

En suma, desde la escuela mixta, ¿cuántos muchachos la habían visto desnuda, y a cuántos había ella visto en igual estado?... ¿Conocería, sin duda, los signos físicos del deseo masculino?...

¿Era por eso menos pura?... Extraño, extraño...

Lo mismo daba: ¡qué difíciles de casar debían ser las muchachas que sabían tan admirablemente lo que es un hombre bien formado! ¡No podía haber error respecto a la persona! Renato siguió pensando en el caso de Fifa. Su falta de emoción sensual y, para decirlo todo, su falta de pudor—¿no provendrían de su virginidad?... "Es muy joven. Diecisiete años, ¿verdad?... Como su carne no ha despertado, el cuerpo ajeno no evoca imágenes..."

Pero él, Renato, no estaba amparado por aquella indiferencia. Sentíase invadir por una turbación creciente. Desde que estaban desnudos su tono había cambiado imperceptiblemente, y era ahora menos libre, menos tranquilo. Su actitud era un tanto más vigilada. Así, cuando durante la ascensión se encontraban ellos demasiado juntos, dejaba él siempre que Fifa tomase cierta delantera para no llegar a rozarse, y en un paso defícil no la ofreció la mano por aquella sola razón. "¡Llamaremos a esto el código de las conveniencias del hombre y de la mujer, desnudos!" Sus jóvenes camaradas lo aplicaban más o menos instintivamente. Durante las comidas no se sentaban tan cerca unos de otros como lo hubiesen hecho resguardados por las ropas, y hasta el juego de los tocamientos, que en cualquier otro momento no hubiese tenido ningún alcance, era cuidadosamente evitado.

Renato seguía a Fifa, y aquel paseo a solas le pesaba. Sentía la necesidad de encontrarse protegido por una presencia múltiple. La marcha y la ascensión no dejaban de influir sobre su excitación. Y también la temperatura. Seguramente iba a haber tormenta... Aquella predicción resultó justificada en seguida. A unos cien metros sintió la primera gota sobre su hombro. Una gota densa y ancha, que se aplastó con un ligero: "floc". A Fifa también la habían caído algunas. "¡Démonos prisa! ¡Mal tiempo hace!" Otras gotas blandas se aplastaron sobre ellos, mojando su piel con unos leves toques. Luego la nube se desgarró de un golpe. Empezó a llover copiosamente.

—¿Quiere usted que nos cobijemos debajo de un árbol? ¿Quiere usted echarse mi chaqueta sobre los hombros?...

—No, no—respondió ella riendo—. ¡Me gusta mucho que me caiga encima el agua del cielo!

Renato hubiera querido beber las gotas que rodaban sobre el cuerpo de ella... Siguieron muy de prisa bajo la ducha que refrescaba la epidermis. Pero la sangre circulaba rápidamente, y los pulmones y el corazón mantenían alegremente la hoguera. Como el suelo iba siendo llano, Fifa empezó a correr con los brazos abiertos y la cabeza hacia atrás, ebria de un placer que Renato compartía. "La lluvia, después de todo, es un elemento natural para el hombre. Es la única cortina de agua en la cual puede respirar." Aquella lluvia además no era hostil. Le rodeaba con una capa magnética, con una envoltura flúida, impregnándole de frescor, calmándole, apaciguándole... Bajo las gotas azotadoras, el cuerpo se encontraba caliente y feliz. Pero ya la nube había pasado, el chaparrón cesó casi súbitamente y el sol apareció por primera vez en la mañana. El aire lavado tenía un sabor a ozono.

Avanzaban más de prisa sobre la tierra acribillada por la lluvia. Las hojas brillantes retenían todavía una gruesa lágrima. A cada ráfaga de viento caían gamas de gotas de los árboles, vivas y relucientes como trozos de vidrio.

Descubrieron los álamos gráciles que rodeaban el campamento, follaje tierno y tronco blanco, coquetería de muchacha que se ha empolvado el pelo. Al

llegar, Renato vió el inmenso montón de leña seca, apilado durante su ausencia.

—¿Qué es esa hoguera? ¿Queréis asar un cordero?...

—Es hoy San Juan, la noche más corta del año. ¡Encenderemos una gran fogata y bailaremos alrededor, entonando nuestras canciones¡ ¡Ya verás!

Fué aquella noche, después de haber cantado, bailado y brincado por encima de la hoguera medio apagada, cuando Hermann y Annaliesse se prometieron como novios, participándoselo a sus amigos.

—¡Pero si él no tiene veinte años y ella es casi una niña!—dijo Renato a Erwin, después de haberlos felicitado—. ¿No es muy pronto para fundar un hogar?...

—¡Naturalmente! No se casarán hasta dentro de unos años.

Renato se quedó pensativo.

Renato volvió de los Alpes bávaros en estado de gracia. Nunca se había encontrado mejor de salud, con mejor equilibrio moral. Lo artificial se evaporaba de su vida. El ser primitivo renacía lentamente en él y repudiaba los vicios civilizados: tabaco, alcohol. Ya no quería nada con los placeres que debilitan. Fué sobrio y casto con sensualidad. Recobraba aquel sentimiento de bienestar y de amistad con su propio cuerpo que experimenta uno en el baño, por ejemplo.

En el Palmengarten compadecía a los niños bien educados a quienes pasean enguantados. Se dedicó a criticar a unas mujeres calzadas con zapatos de tacones altos, a criticar sus andares de zancudas. De igual modo la blancura de la piel le resultaba desagradable por lo que implicaba de reclusión, lejos de la acción actínica del sol. Aprendía a apreciar la fortaleza en el cuerpo de la mujer. "Ya no tiene ella que hacer uso de su debilidad para enternecernos. Se acabaron los tiempos en que sólo el hombre tenía

derecho al músculo; y el misterio físico es también de otro siglo."

Renato se sentía poseído de tal fervor, que empezó a dormir desnudo, a la rusa. Y todas las noches le regocijaba estirar su cuerpo sin ropas entre las sábanas frescas, sin sentirse oprimido en la entrepierna. Pero cuando por la mañana llamaban a la puerta con el desayuno, se precipitaba hacia su pyjama.

Al final del día, Renato, que había pasado la tarde en el Zoo, decidió ir a darse un remojón a Mosler, la casa de baños sobre el Mein, la frecuentada por la mejor gente, la mayor de todas. El muro del lado del malecón está adornado con un fresco reproduciendo árboles exóticos y un amplio cielo que prolonga la perspectiva. Unas palmeras artificiales añaden una nota de auténtico verdor. La piscina está cerca de un puente desde donde los transeúntes contemplan a los bañistas, sin permitirse una broma, como observó Renato. Un profesor hacía repetir unos movimientos gimnásticos. Sobre el entarimado abrasador, unos jóvenes broncíneos jugaban al balón con unas muchachas de terracotta, en *maillot*, con gorritos de marinero yanqui inclinados graciosamente sobre la oreja.

A Renato le divertía el partido provocativo que sacaba aquellas Evas de su traje mínimo. Una de ellas, tumbada, adoptaba posturas encandiladoras, cosa imposible de haber estado desnuda. Una gran cantidad de canoas surcaban el agua tranquila.

Renato quiso intentar tirarse doblado, en el salto de la girafa, y por primera vez, un poco emocionado, ejecutó el salto peligroso. Cayó mal y el agua le abofeteó violentamente. Un nadador que había seguido su ensayo le dió algunos consejos. "Yo he visto ya a este hombre en algún sitio... ¿Dónde? ¿En el Stadion?..." Lo intenso de su morenez denotaba que era un asiduo de los campos de deportes. Tendría unos cuarenta años y una cara redonda quemada por el sol, en la que los ojos sorprendían como un manantial en una roca. La frente despejada y abombada se unía con un pelo de rizos cortos y dorados como los de un niño. La fisonomía era, por lo demás, más infantil que viril, a pesar de su anchura de hombros y de sus brazos musculosos, cuya forma ancha por el hombro y delgada en la muñeca era la de una maza al revés. Sobre su pecho y sus piernas se rizaba un vello rubio tan espeso, que le daban ganas a Renato de decirle: "Tendrá usted demasiado calor: ¡quítese eso!"

—Me llamo Schmitt—dijo aquel hombre.

Renato se presentó. Hicieron algunas consideraciones sobre las bellezas comparadas de sus dos países, sobre Francfort.

—¿Conoce usted Sachsenhausen, el barrio de los Sajones?

Y ante la negativa de Renato, Schmitt señaló con la mano hacia la otra orilla:

—Es bastante curioso. Hay allí una colonia de sajones cuyo origen remonta al Carlomagno de ustedes. Tenía éste la costumbre, como usted sabe, de mezclar a los pueblos. Hizo traer frente a su palacio imperial, aquel que ve usted allí, a la izquierda, una tribu de prisioneros sajones, que fundaron la

dinastía y que se han ido perpetuando desde entonces, sin fusionarse con los francfurteses. Su tipo es claramente distinto. Podríamos ir allí a cenar. ¿Qué le parece?..

Renato aceptó. Los ojos azules de su interlocutor brillaban con el ingenuo placer de servir de guía a un extranjero. Cruzaron el Mein—lo que llamaba Schmitt con un desdén afectado "pasar el arroyo"—por el Puente Viejo, cuya leyenda no pudo aquél dejar de referir a Renato.

—Ese puente macizo, que data del siglo XII, fué construído, según dicen, en una sola noche por el diablo, a cambio del alma del primer ser que pasase después por él. Al arquitecto que accedió a aquel pacto se le ocurrió traer al despuntar el día un gallo a la entrada del puente. Así quedó chasqueado el diablo. En memoria de lo cual está ese gran gallo que ve usted allí sobre el arco central.

Orilla derecha. Las casas aparecían escamadas de tejas hasta medio cuerpo.

—La corona de abeto colgada de trecho en trecho encima de una puerta indica una sidrería. Los sajones viven de la jardinería, y beben sidra en lugar de cerveza.

En la casa que ostentaba la muestra del Macho Cabrío Negro, Schmitt hizo entrar a Renato en un patio jardín, sombreado de plátanos. Largas mesas y bancos creaban una cordial intimidad entre convidados sentados codo a codo. Los dos recién llegados ocuparon sus sitios y pidieron salchichas y una jarra de sidra. Varios sajones cubrían sus cabezas con la gorra de orejeras y larga visera, parecida a la de

los jockeys, que es peculiar en ellos. Pasaban vendedores con cestos de panecillos con comino y tortas. Unos músicos tocaban en los intermedios. Un cantante entonó la triste Loreley, y luego una canción del Rhin, de alegre ritmo:

Quiero siempre vivir a orillas del Rhin,
en aquellas riberas pobladas de viñedos,
allí donde las viñas dan el vino mejor...

Entonces los bebedores empezaron a cantar a coro, y cogiéndose cada uno de ellos del brazo de su vecino, se ladearon alternativamente a izquierda y a derecha. El mismo movimiento fué ejecutado en sentido contrario del otro lado de la mesa. Renato no vió al poco rato más que una oscilación general en que las cabezas se cruzaban, y arrastrado por la alegría general hizo coro con los demás. A través de las hojas del plátano veíanse las estrellas. Schmitt comía queso agrio.

Renato no pudo recordar por qué rodeo vino a recaer su conversación sobre la Nacktkultur. Al conocer sus gustos, la simpatía del bueno de Schmitt se desbordó: él era un celoso propagandista del movimiento y escribía en las revistas de Freikorperkultur. ¿Sería quizás el autor de aquellos artículos con los que se habían reído tanto Pedro y Renato?...

Como todos los partidarios de una idea, fuera de la práctica, a Schmitt lo que más le entusiasmaba era la teoría. Hubiese hablado sobre ella horas enteras. Estaba rebosante de citas, de argumentos, de pruebas médicas o históricas. Hubiera querido arrancar su adhesión a los adversarios divididos en dos

campos: los que se ofenden y los que lo toman a broma. Pero no puede encerrarse la opinión en un invernadero...

Renato dejó pasar aquel primer arrebato de entusiasmo, y no le interrumpió más que en esta frase:

—Soy uno de los animadores del grupo "Orplid" de Francfort.

—¿Qué significa ese nombre de Orplid, con el que me he tropezado ya en las revistas de ustedes?..

—Está tomado de un pequeño poema de Moricke, que dice poco más o menos:

¡Orplid, eres mi país!
En la luminosa lejanía,
Tu ribera soleada eleva del mar
Las nubes que bañan la cara de los dioses.
Tus aguas eternas ascienden rejuvenecidas
en torno a tus caderas, ¡hija mía!
Ante tu Divinidad se doblegan los reyes
que tus guardianes son.

Un país de ensueño, por lo tanto, utópico, donde la desnudez es natural. Entre los Orplid de Francfort yo puedo apadrinarle si usted quiere...

—¡Ya lo creo! ¡Encantado!

—Como usted comprenderá, hay que ser presentado. No queremos que unas gentes malintencionadas vengan a divertirse a costa nuestra.

—¡Naturalmente! — respondió Renato con sinceridad.

Al día siguiente en la oficina del grupo y acompañado por Schmitt, radiante con la alegría de los primeros catecúmenos, Renato tuvo que llenar un boletín de adhesión: nombre y apellidos, edad, profesión, estado, número de hijos, etc.

—¡Bueno! Ya está todo hecho.

—Ahora firme usted esto:

"... Reconozco que los baños de luz en completa desnudez no representan nada que sea contrario a la salud ni a la moral... Y me comprometo a no pronunciar ningún juicio denigrante o burlón respecto a ellos..."

—¡Aquí tiene usted su tarjeta de ingreso—anunció Schmitt en el mismo tono con que hubiese exclamado: "¡Ya somos de la misma sangre tú y yo!"

Las reuniones al aire libre tenían lugar en el campo, más allá de Homburg-les-Bains.

Como fué allí solo, al apearse del tranvía Renato se encontró indeciso sobre la dirección a seguir. Se internó al azar por una carretera, esperando encontrarse con alguien que pudiese informarle. Vió venir, en efecto, a una mujer, severamente vestida de gris, que llevaba en la cabeza una pequeña capota de bridas: una hermana de la caridad protestante. Renato pensó un momento si era conveniente preguntarle el camino. El desconcierto en que le sumía aquella carretera desierta le envalentonó.

—Hermana, ¿querría usted hacer el favor de decirme hacia dónde cae el Baño de Luz, que debe estar por estos alrededores?

Sin que pareciese sorprenderla lo más mínimo la pregunta, la religiosa se detuvo, y con una sonrisa amable explicó al joven que iba por buen camino y

que no tenía más que bajar hacia el valle. Vería una casa aislada: allí era.

Renato dió las gracias con efusión, asombrado de que comprendiese tan bien la cultura corporal una especie de monja. En efecto, a los pocos minutos de marcha descubrió el valle y la casa donde vivía el dueño del terreno contiguo, vallado hasta una altura de dos metros, y arrendado a los Orplid para sus juegos al sol. El aspecto de aquella empalizada impresionó desagradablemente a Renato, así como la facha vulgar del propietario, vestido como de calle y que parecía interesado únicamente por la ganancia que le producía la pasión de los nudistas.

Schmitt, desnudo con una especie de ostentación, acudió a tomar posesión de Renato y le introdujo en el recinto sagrado: un espacio rectangular bastante amplio, fuera de las miradas de los curiosos. Renato divisó a lo lejos las cimas pobladas de las colinas; pero en el interior uno o dos árboles proporcionaban tan sólo una escasa sombra y el sol de agosto debía dar allí de un modo implacable.

Los que primero habían llegado se acababan de desnudar bajo una barraca donde las ropas, colgadas y amontonadas unas sobre otras, mezclaban en una promiscuidad molesta camisas de hombres y de mujeres. No quedaba ya el menor sitio; y, por otra parte, Renato, un poco descontento, prefirió colgar su ropa aparte, en un clavo de la valla. Desnudo ya, se acercó a los Orplid, que en aquel momento hacían corro alrededor de dos niños con los ojos vendados que intentaban atraparse.

De una ojeada Renató notó que todos los que es-

taban allí, unos treinta aproximadamente, eran sobradamente adultos. Observó los pechos hundidos, los vientres arrugados, el perfil de pingüino de un hombre rechoncho, calvo y barrigudo; un viejo de pelo blanco, vestido sólo con sus gafas y con un cuello rojo y granujiento como el de un pavo. Sobre sus piernas hinchadas sobresalían las varices como cuerdas. El sistema piloso quedaba dividido a lo largo del vientre por una línea de reparto de aguas, que él sólo conocía. Renato se sintió penosamente sorprendido: "¡Cuántos individuos de carne triste! ¡Si, realmente, todos los adeptos del desnudo en común no tienen veinte años!"

Ante sus ojos estaba la humanidad media de los que habían pasado de los cuarenta. Veía, mostrándose a la luz del día, las taras físicas de la edad, de la enfermedad o de la maternidad. "¡Cuánto valor se necesita — pensaba — para atreverse a revelarse tal como uno es; para comparecer con su desnudez abatida ante el juicio ajeno!" Pero añadía acto seguido: "¿Valor, o falta de sensibilidad?..."

Le habían hecho sitio en el corro que formaban todos cogidos de la mano para encerrar dentro de él a los niños que, en su loca persecución, intentaban salir de la circunferencia. Renato estrechaba una mano velluda con una de las suyas y una mano sudorosa con la otra, y buscaba un pretexto plausible para soltarlas. Las mujeres tenían el talle ancho, un poco semejante al de la Venus de Milo. Renato contemplaba sin placer las curvas anticuadas de sus cuerpos. Se escapó en cuanto pudo, y recogiendo un balón se lo largó a Schmitt para hacer ejercicio, por

fin. Su mirada chocaba a cada momento con el muro de tablas que les separaba de la naturaleza libre, agrupándoles a la fuerza como un pequeño rebaño humano, en un espacio limitado. Encontró mal aquel encierro. Schmitt se sonrió de su ingenuidad:

—¡Pero si es necesario, por la policía!

Y añadió, suspirando:

—¡Qué mundo tan singular éste, en que hay que esconderse para las cosas más inocentes!

Lo cual llenó de asombro a Renato, porque no se le había ocurrido nunca que a las autoridades les pareciese reprobable una costumbre tan generalmente difundida.

—Sí, sí; hay reglas limitadoras. Así, por ejemplo, es preciso ser mayor de edad para que le admitan a uno, o tener la autorización de los padres a partir de los dieciséis años ,o que le traigan aquéllos si el niño es más pequeño aún.

—¡Pues yo conozco algunos que no se molestan en tomar tantas precauciones!

Sin embargo, la observación de Schmitt atrajo la atención de Renato hacia los niños allí presentes. Una chiquilla rubia, de cuatro años, jugaba con un niñito de la misma edad. Se colocaba debajo de la fuente y se regaban mutuamente. Sus cuerpecitos gordinflones, ágiles y graciosos, estaban tan bronceados por el pubis como en la frente, y sus miembros aparecían cortados por unos pliegues carnosos. Suave desnudez de los niños, tierna lozanía. ¿Es que puede decirse que esos cuerpos ingenuos ofrecen partes vergonzosas?... Un muchachote alto, el mejor formado del grupo, hacía dar volteretas sin malicia

a una niñita de siete años. Otra chiquilla estaba subida al columpio. Había dos o tres más, entre ellos uno que lloraba pataleando, con la cara hundida como en un almohadón en el vientre de su madre.

Renato observó que los padres estaban allí en mayoría.

—¿Cómo es que los jóvenes son menos numerosos? Hubiera apostado lo contrario.

—Los jóvenes son más independientes. Prefieren pasearse juntos.

"Realmente—pensó Renato—, comprendo las pandillas de *wandervôgel* y la libertad en plena montaña."

—El Orplid es útil, sobre todo, para los matrimonios que no pueden ir de excursión con niños pequeños y que vienen aquí a pasar el domingo en familia.

—¡En una intimidad de lo más completa, en efecto!—asintió irónicamente Renato.

Meditó un momento sobre la intimidad particular, inigualable, que debe proporcionar la práctica del desnudismo en el hogar. Admiró el respeto de los niños a sus padres privados del ascendiente del traje. ¿No padecía realmente la autoridad con aquello?... Así a los pequeños, desde su más tierna edad, les ponían frente a las realidades de los cuerpos adultos, evitándoles los pensamientos perversos. ¿Pero acaso lo que ellos habían contemplado con indiferencia en la primera infancia adquiría al aproximarse la pubertad un poder emotivo nuevo?...

Después de haber jugado al balón y hecho media hora de cultura física, Renato se preguntó con un

aburrimiento creciente cómo mataría el tiempo. Aquel recinto que no era campo, con sus sombrajes y su inmensidad, no estaba tampoco organizado como un estadio. No tenía ni pista para carreras, ni aparatos de gimnasia, exceptuando el columpio aquél y unas anillas. "Puede uno bañarse", había dicho Schmitt. Renato se imaginó una piscina o un brazo de río. Al buscarlos en vano, recordó la charca entrevista y despreciada al entrar, y tembló ante la idea de que en ella, sin duda...

¡Si, allí era! Un hombre barbudo y carnoso se colocaba muy seriamente debajo de la ducha antes de tirarse a aquella charca sucia, por ser de agua estancada, donde sólo se podían dar dificultosamente algunas brazadas. Renato disimuló un gesto de asco y se alejó.

Ya en plan de crítico, observó la mala naturaleza del suelo, desagradable para los pies; el aspecto pobre de la barraca, y las ropas amontonadas a la vista de todos; la falta de aislamiento. Encerrados en aquel recinto, los cuerpos desnudos saltaban, por decirlo así, ante los ojos, sólo se les veía a ellos. Aquel marco artificial colocaba al hombre en primer plano: no se encontraba ya perdido en la naturaleza, que hubiese justificado su desnudez. Renato sentía, por el contrario, toda la arbitrariedad de aquello. "¡Esto es exhibicionismo!", murmuraba. Se encontró en su camino a Schmitt, abombando el blanco de sus pectorales y rebosando satisfacción por todos sus poros.

—No me parece que hayan dado aquí muestra de ese talento organizador que caracteriza a la raza de

ustedes. ¿Es que no han podido enarenar el suelo, repintar esa barraca, construir unas paralelas, una barra fija, unos bancos cómodos, tener algunos árboles y agua limpia?...

—Todo eso llegará; carecemos de dinero, pero tenemos varios proyectos en estudio: un tennis, una piscina...

—¡Lo más caro precisamente!—interrumpió Renato alzándose de hombros.

Y pensando en el lujoso confort de que se disponía en el Stadion:

—¡Me pregunto qué placer puede encontrar esta gente aquí!

—Pues el de estar desnudos—respondió Schmitt con firme convicción.

—¡Oh! ¡Ya lo están en el Stadion! Un simple taparrabos no les impediría aprovechar el sol.

—¡Pero, cómo!...—exclamó Schmitt desconcertadísimo ante aquella apostasía—. ¡Será posible que no comprenda usted que ahí está precisamente toda la cuestión! Mientras subsiste el menor velo está uno sometido a las prohibiciones del pudor, de las conveniencias, de los prejuicios morales. ¿Por qué ha de ser indecente sólo el cuerpo humano entre todos los seres vivos?... El desnudo integral representa la abolición de la barrera convencional levantada entre los sexos, la desintoxicación del espíritu. ¡No se trata únicamente de la salud del cuerpo, sino de la del alma!

—Es posible—murmuró Renato, cuyo mal humor subsistía—. ¡Pero existe también una cuestión de tacto!

Y designó con la cabeza a una mujer gruesa tumbada boca arriba, aplastada bajo el peso de sus senos que caían hacia su mentón. Se volvió hacia otras mujeres y lanzó una ojeada significativa sobre aquellos senos al aire que se ofrecían, que tocaba uno con la mirada y que podía uno tocar con la misma facilidad con el gesto. No había allí dos pechos que se aproximasen a la pureza de contorno de la que nace la atracción sexual. Los otros eran jorobas carnosas, redondeces blandas, odres flácidos.

—¡Oh, sostén providencial!

—Indudablemente—concedió Schmitt sin perder su optimismo—. Pero ¿qué es preferible? ¿Ocultar su fealdad o esforzarse en mejorarla? Amigo mío, no olvide usted que el mundo se apoya hasta tal extremo en lo que se ve y en lo que no se ve, ¡que hay gente que no se lava más que la parte visible de su cuerpo! ¿De nada sirve, verdad, llevar una hoja de parra sobre los ojos?

—Cuando es uno poco agraciado, el desnudo es cuestión de soledad.

—Si practica usted el desnudismo a solas, desconoce usted entonces todo su alcance social. Se familiariza usted con su cuerpo, pero la comparecencia ante el prójimo es lo que demuestra la pureza mental de usted. Algunos de los que ve usted aquí pertenecen a una generación sacrificada. Se esfuerzan demasiado tarde en preservar sus formas, y sólo consiguen mantenerse en buena salud, lo cual ya es algo. ¡Pero piense usted en la generación venidera!...

Su voz temblaba con un acento profético. Sin embargo, Renato no se dió por vencido del todo. Aque-

lla jornada acababa de destruir su cristalización en torno a la *Nacktkultur*. Experimentaba una impresión penosa, una decepción amarga. Les reprochaba a todas aquellas gentes que se divirtiesen con nada, que les alegrase estar juntos en un mísero cercado ("¡Sí, los alemanes tienen instintos gregarios!..."), que exibiesen sin la menor vergüenza su mediocre humanidad.

Fué hacia su ropa decidido a marcharse. Por preocupación estética, había escogido, para desnudarse, el rincón menos frecuentado. Muy cerca de allí estaba tumbada una mujer ni bella ni joven y que conocía la presencia de Renato, porque se volvió al pasar el joven con una turbación evidente. Se disculpaba de su deformidad, la ocultaba en un sitio solitario. ¿Cómo reprocharla aquella humildad, cómo pretender privarla de la caricia del sol sobre su pobre carne?...

Al ponerse la camisa, Renato estaba emocionado y un poco arrepentido.

Un grito ronco de sirena. Las entrañas mudas del "Vaterland" se animaron con un ruido de máquinas. La hélice hizo hervir una espuma amarillenta. El buque se alejaba del muelle de Maguncia y descendía por el Rhin, dejando arrastrar una larga cola movediza cuyas últimas ondas iban a golpear la orilla.

El encajonamiento de las montañas en la región de Bingen estrechaba el cauce del río y obligaba a los pueblos a estirarse en forma de cordón por debajo de los cerros, reticulados por las viñas.

—Son los famosos viñedos del Johannisberg, ¿sabes?

Renato admiró el trabajo paciente de los hombres que plantan y recogen la uva sobre aquellas laderas empinadas, sostenidas por pequeños muros de piedras. Al salir del desfiladero el río se extendió, recobró su amplitud majestuosa, surcado de vapores y de barcas pesqueras de velas morenas, afiladas como un ala de pájaro vertical. De trecho en trecho un puente de torre, un remolcador arbolando el pabellón holandés. Sobre una playa de arena se bañaban

unas gentes. Volaban unas gaviotas por grupos. De cuando en cuando los "burgos" desmantelados se erigían sobre una roca abrupta, verdadero nido de águilas. Cada vez que se acercaban a unas ruinas, un marinero tocaba un rato una campana en la proa del vapor para llamar la atención a los pasajeros. Renato preparaba su kodak.

Erwin, que conocía a fondo el folklore, recordaba ante cada burgo, en unas palabras, los sombríos señores que los habían ilustrado. La masa de rocas, atravesada por un túnel, donde sitúan a la legendaria Loreley, desilusionó a Renato, después de tantos parajes espléndidos. No apreció tampoco los mojones kilométricos, blancos, muy a la vista, que jalonan las orillas y desentonan con su grandeza romántica.

—Bajaremos en la parada próxima, en Lorch—dijo Erwin—. Mañana pasaremos el día en una isla; pero esta noche iremos a dormir a la Jüngend Herberge (Hostería de la Juventud). Te interesará. Es un refugio gratuito, destinado especialmente a los *wandervôgel*. Hay unos tres mil refugios de esos en toda Alemania, en las bifurcaciones de las grandes carreteras.

Otros dos grupos, formados principalmente por muchachos, unos veinte en total, estaban ya instalados y compartieron paternalmente con ellos los utensilios de cocina, las camas de campaña, los cuartos de baño. Unos venían de Suavia, otros de Turingia. En la gran sala común cantaron viejas canciones, que Hermann acompañaba con su acordeón, y bailaron también con figuras complicadas e ingenuas, que recordaban a Renato el antiguo rigidón.

El valsó con Fifa, con Inge, con Annaliesse y con Lotte, la renana, llevándolas prendidas solamente de las manos.

Un barquero les dejó en un islote verdeante, cuyo follaje se bañaba en el agua. En aquel paraje el lecho del Rhin se extendía como un lago. Renato estrenaba una canoa plegable. Remó durante toda la mañana paseando a las muchachas, por turno. El chapoteo contra el casco semejaba el ruido de un perro bebiendo a lengüetadas. Erika dijo de pronto:

—¿No sabe usted que arrastran oro estas aguas?...

—¡El oro del Rhin! Yo creía que era el tesoro de los Nibelungos...

—Lleva también pepitas—murmuró ella cogiendo agua en la palma de su mano.

—¡Judía!—exclamó Renato riendo—. ¿Espera usted coger alguna?...

Fifa estaba embarcada cuando acertó a pasar una maderada. Detrás del remolcador flotaban unos troncos, amarrados unos a otros en una extensión de trescientos metros aproximadamente. Renato enfiló la proa de su esquife hacia las olas, y contempló con curiosidad aquel medio de transporte, bastante raro hoy día. Sobre la inmensa balsa de troncos relucientes, varios hombres armados de bicheros vigilaban la buena marcha del convoy. Habían instalado allí una tiendecita de campaña, junto a la cual ardía un fuego de leña, bajo una olla colgada.

Fifa, que miraba con el mismo interés, suspiró:

—¡Ah, quisiera viajar con ellos! Tardan un mes en llegar a Holanda por el agua. Y además—añadió

con expresión de chiquilla—, ¡se dedican al contrabando!

Al atracar, de pie en la canoa, perdió ella el equilibrio y Renato sintió sobre la carne, durante un segundo, su rodilla fresca como una concha, y su seno tibio como un pájaro.

Para el almuerzo y la siesta subsiguiente buscaron el cobijo de unos sauces, masas redondas, despeinadas por el viento, que recordaban a unas aldeanas con sayas que volasen por encima de sus cabezas. Lejos de los indiscretos, se despojaron de la poca ropa que les cubría, a excepción de Lotte, que permaneció en traje de baño. A Renato le molestó aquello tanto como a los demás. Erwin murmuró:

—¡Tendré que "cortarla las uñas"! (Es decir, que sermonearla.)

Pensando en ello, a Renato le divirtió el hecho de que, en su actual estado de ánimo, los calzoncillos les resultasen de mucho vestir, y el *maillot,* puritano.

Comparaban los diversos grados de su morenez respectiva. Erwin se había tostado sorprendemente, para ser rubio. Su pelo descolorido se destacaba sobre su piel como en una placa negativa. Annaliesse tenía ese tono rojo ladrillo que se ve en las figurillas de los vasos griegos. Hermann parecía una estatua tallada en caoba. El cutis pálido de Karl desaparecía bajo sus pecas. Con su frente estrecha, su señalada musculatura y su pátina oscura, Heinrich recordaba a un esclavo etiope. Inge presentaba un color de pan muy cocido, y Fifa estaba morena como

la tierra, como lo era quizás la primera mujer de Adán, la Lilith extraída de la arcilla.

—"Sí, pensaba Renato contemplándola, es el ser anterior al pecado, anterior al pudor." Sentíase orgulloso del tono que él mismo había adquirido: el curtido de su piel creaba un parentesco entre ellos.

Fifa lo había notado.

—Desde el primer día vi perfectamente que su piel se oscurecía. ¡Y todo esto por haber hojeado una revista de Freikorperkultur!

Renato se tumbó de espaldas, con los riñones pegados a la tierra, las piernas dobladas y la mirada perdida en el blando apelotonamiento de las nubes. La proximidad del agua humedecía la hierba. Pasó un blanco relámpago ante sus ojos: una gaviota. Sentía él su cuerpo divinamente libre y feliz. Sobre toda su superficie el goce epitelial era perfecto. Calentada por el sol su piel blanda y esponjada como un secante absorbía los rayos. Albrecht estaba sentado frente a él; el menor movimiento al hacer jugar sus miembros desplazaba relieves tornasolados sobre su espalda dividida por la arista espinosa de las vértebras. Karl hacía ejercicios respiratorios. El aire bombeaba su tórax, la piel se distendía sobre la curvatura de las costillas. Sigfrido y Hans, untados de parafina, luchaban arqueados sobre las piernas, en las que sobresalían los músculos largos y henchidos por el centro, como una lanzadera. Cuidaban de no lastimarse mutuamente en el esfuerzo. Las brutalidades quedan necesariamente prohibidas cuando el cuerpo no está defendido. Hermann se doblaba hacia atrás, tocando el suelo con las manos, con tal facilidad que hubiese recogido un pañuelo. Erwin hacía una flauta recortando una caña y soplaba en ella de vez en cuando para probarla, produciendo un dulce sonido. Fifa había tejido una guirnalda de flores silvestres y se la estaba poniendo en la cabeza, cuando la mirada de Renato la sorprendió. Rió y se ruborizó a la vez, preguntándole graciosamente:

—¿Se ríe usted de mí?... ¿Me encuentra usted algo *cocotesca?*

—¡Está usted encantadora, se lo aseguro! Ese adorno natural la sienta a usted a la perfección.

La curva de las caderas de Annaliesse se redondeaba bajo el delgado fuste del torso, hendido por un pliegue oscuro.

Erika, ebria de aire y de libertad física, danzaba para ella sola con un arrebato frenético. Tarareaba una música; sus pies descalzos golpeaban el suelo, echando hacia atrás la parte alta de su cuerpo y la cabeza, aturdiéndose. La sangre enrojecía su cara morena y sus dos cortas trenzas acentuaban el movimiento. Su cuerpo, más bien rechoncho, se movía con tal ardor, que resultaba ligero. Renato admiró aquel acceso dionisíaco que no era raro en ella.

"Fifa es un temperamento muy distinto, pensaba. Mucho más reservada. No posee el encanto pagano, no recuerda en nada a una bacante. Erika es en cierto modo una muchacha loca por su cuerpo, no desde el punto de vista sensual (aunque más adelante...), sino por todo el regocijo casto que le proporcionaba con la salud, la vitalidad, la cultura física, el movimiento. No falta a una sola reunión de danzas *wandervôgel,* practica todos los deportes. Es

naturalisísimo en el fondo: durante muchos siglos la mujer no ha obtenido de su cuerpo más goces que los de la coquetería y el amor. Ahora le pide, como los hombres, los goces deportivos."

Su mirada volvió a Fifa, haciéndole pensar que habían compartido juntos muchos placeres que no eran amorosos. "Cuerpo, ¡cuántos goces desdeñados sabes proporcionar! ¡Cada centímetro de piel puede convertirse en una fuente de voluptuosidad!"

Viendo sola a Fifa, se acercó. Su cuerpo se doraba en la luz solar. Recobraba ella su aspecto de cierva convertida en mujer. Sus largas piernas satinadas brillaban con un agua invisible; las caderas, el vientre, el pecho, los brazos, estaban suavizados por unos polvos naturales, por un polen de la carne. Se colocó junto a ella.

—¿Está usted cómodo?... Yo estoy muy bien. Me encuentro siempre bien en el baño de sol. No tengo pena que no se disipe si estoy al sol durante un cuarto de hora.

No dudó él de la alegría sencilla que experimentaba aquella muchacha. Ella y sus compañeros eran como niños en un playa. Desde la escuela al aire libre, ¿no estaban acostumbrados a vivir así? Sin idea preconcebida, sin adscribirse como aquel iluminado de Schmitt a un ideal de regeneración, eran castos y desnudos como los animales.

Ocurrió un incidente singular al finalizar la jornada. Habíanse bañado en el lado de la isla, por donde no había navegación y desde donde no podían verlos, por lo tanto.

El agua se desparramaba mansamente en la pe-

queña ensenada, con un ruido de seda estrujada. El sol declinante envolvía los cuerpos en una luz muy suave. Renato, que había llevado su kodak, les propuso hacer un grupo, lo cual aceptaron todos con entusiasmo. Sólo Hermann se opuso a que Annaliese fuese fotografiada Las protestas de los demás no sirvieron de nada. El era muy terco.

—¡Las otras si quieres; pero ella no!—repetía a Renato, que, contrariado, cerró su aparato con un golpe seco.

Le asombraba y le enfurecía aquel capricho, que dejaba traslucir unos celos completamente ilógicos: Hermann encontraba natural que su prometida estuviese desnuda entre sus camaradas; pero no quería que su imagen subsistiera de una manera tangible, que quedase fijada por algo más que por el recuerdo.

—¡Es estúpida esa disputa!—dijo Fifa, dolidamente.

—¡Qué estúpido es el hombre!—pensaba Renato, estirándose los calcetines.

A Renato le gustaba la nueva piel que le creaba el sol y el aire. La contemplaba, complacido, en el baño, donde la refracción del agua deformaba el perfil de sus piernas nerviosas.

—"También por dentro soy otro hombre. He cambiado de rumbo desde mi llegada a aquí. He apartado muy lejos de mí todo el desecho de las ideas falsas, de los prejuicios... Realmente, si el traje ejerce una influencia sobre la mentalidad—lo cual está demostrado—, la desnudez también lo ejerce. Paréceme

que ahora mentiría yo con menos facilidad. Sólo una cosa me preocupa: saber cómo estará formada la mujer que me haga ahora soñar con su cuerpo, como me sucedía con aquellas criaturas cuya virtud tenía tanto apego al vestido!"

Al sábado siguiente, y aunque el tiempo inestable y fresco no presagiase nada bueno, Erwin, Hans, Karl y Sigfrido, Hermann y Annaliesse, Fifa y Renato, tomaron el tren hasta Heidelberg, y desde allí siguieron las orillas sinuosas del Neckar. A la salida de la ciudad se cruzaron con un paseante singular, vestido con un traje de terciopelo gris y que se tocaba con un inmenso sombrero de segador. Ante la mirada interrogativa de Renato, Erwin respondió:

—Es un carpintero de Hamburgo que efectúa su viaje profesional. Será recibido conforme al ritual por los compañeros de su corporación en cada una de sus etapas, donde no deberá permanecer más de seis semanas. Lleva todo su caudal en ese gran pañuelo a cuadros que ves en su mano, bordado con un velero simbólico. El nivel de agua y la escuadra constituyen la base de su equipaje.

—¡Muy divertido!—dijo Renato, volviéndose para ver desaparecer la pintoresca silueta.

Más lejos vislumbró en la orilla opuesta un largo edificio de madera sobre el cual estaba pintado en letras gruesas: *Freibad* (baño público).

—Son cabinas puestas gratuitamente a la disposición de los bañistas por el Municipio—explicó también Erwin—. Pero nosotros—añadió con una sonrisa—, como estamos autorizados por el reglamento de

los *wandervôgel* para bañarnos desnudos, no las necesitamos.

Se aprovisionaron en un pueblo de pan, de huevos y de leche. Unas aldeanas llevaban a cocer a la panadería las tartas del domingo, una en equilibrio sobre su cabeza y otras dos debajo de los brazos.

Renato había recorrido ya aquella región en auto, Pero al seguir de nuevo aquel camino a pie, percibía más íntimamente el encanto del paisaje, suavemente ondulado. A cada recodo de la carretera cambiaba la perspectiva. Tan pronto la mirada se hundía gratamente en un valle como las laderas pobladas se estrechaban sobre el río de plomo fundido. Era, en menos grandioso, el pintoresquismo variado de las orillas del Rhin. En dos parajes que les hubiesen convenido, unos excursionistas llegados en automóvil se les habían adelantado. Pasaban otros remando a la pagaya, en ligeros esquifes. Al fin encontraron un sitio apropiado en la ribera, y los muchachos se pusieron a montar las tres tiendecitas de que disponían, mientras Fifa y Annaliesse preparaban la cena.

La noche fué anormalmente fresca. La pasaron agrupados alrededor de un fuego que hacía más fantásticas las tinieblas. Cuando llegó la hora de dormir (Fifa fué la primera en mostrar síntomas de sueño, pues se dormía con la facilidad de una niña) decidieron rápidamente que Hermann y Annaliesse ocuparían una de las tiendas; Hans, Karl y Sigfrido la segunda, y Fifa y Renato la tercera. El sacomanta de Erwin sería colocado en la canoa, y le protegería de la humedad del suelo.

Renato se deslizó bajo la tienda, adonde le había

precedido Fifa. Latíale el corazón, estaba nervioso y se dirigía reproches a sí mismo; pero aquella noche que tenía que pasar a la cabecera de una muchacha bonita se presentaba, a su juicio, como una nueva prueba. No le habían consultado al señalarle aquel puesto. Todos encontraban aquello muy natural; Fifa la primera. El hecho, además, se presentaba a diario. Renato había leído varias veces en los periódicos anuncios en los que un joven disponiendo de un auto o de una moto solicitaba una compañera que quisiera compartir los gastos de camino y de hotel. Y seguramente aquellas aproximaciones no se quedarían en límites platónicos... Pero Renato no se permitiría traicionar la confianza de sus amigos en aquel aspecto. ¿Es que iba a demostrar a Fifa que los franceses son incapaces de dominar sus sentidos?...

Sin embargo, el sueño no acudía y él se sentía turbado como no lo había estado nunca anteriormente. Fifa no se movía. El percibía apenas su respiración, a pesar de lo cual no tenía más que alargar la mano... En la oscuridad de la noche y de los párpados cerrados su cuerpo resultaba alucinante: los bellos frutos de sus senos, la concha minúscula del ombligo, su rodilla dura y redonda, rodeada de hoyuelos, rebrillaba como una piedra que el mar hubiese pulimentado durante mil años. Su hombro, más ebúrneo, tenía el mismo reflejo. Marcábase un suave declive en la cadera, como la huella de una mejilla que se hubiera apoyado allí...

¿Por qué aquel cuerpo familiar durante el día y casi indiferente adquiría en la noche un peligroso po-

der sugestivo?... Quizás a causa de los recuerdos de otro tiempo, en los que la sombra cálida del lecho estaba ligada a la posesión del cuerpo femenino... Aquel placer, cuya mitad estaba siempre hecha del pudor vencido, viejo instinto de brutalidad. El instante en que la mujer surge de la camisa recogida en redondo a sus pies, como un lebrel, en que la desnudez adquiere su significación íntegra, en que parece decirse al otro. "Este cuerpo mío ¡para ti me ha sido dado!" Al menos eso es lo que se cree, lo que se espera, lo que quiere uno que sea. ¡Y nunca, nunca esa fusión, esa confusión de dos seres trae lo que prometía!... ¡Esos cuerpos que no dan nada al darse!...

Renato se revolvía en su estrecha cama. Hermann y Annaliesse, por su parte, ¿estarían cobrándose un anticipo sobre su largo noviazgo?...

Volvía a pensar en Fifa. Estaba más desnuda aquella noche a causa de las ideas que se le ocurrían. Era tan fácil, en suma... Pero tenía el miedo de la expresión que tomaría su rostro sin verlo. ¿Y si la fuerza que la había visto desplegar en el juego la sentía empleada contra él, para rechazar su abrazo?... ¡Riesgo atroz que no podía resolverse a correr!

Renato se deslizó afuera, decidido casi a pasar la noche sobre la hierba. El viento frío que le dejó aterido a través de su ropa, la flexibilidad cauchutada de la tierra húmeda, le disuadieron de ello. Hizo varias aspiraciones profundas y se sintió más dueño de sí mismo. Por voluntad y por orgullo se obligó a pasar la noche "como un verdadero *wandervôgel*". El hecho es que se durmió al fin.

Al despertarse, por la mañana, estaba solo. "¡Supongo que no habré roncado al menos!" Salió. El aire era fresco todavía. En la hierba cubierta de perlas unas pisadas habían licuado el rocío. Los muchachos, desnudos, hacían gimnasia sueca, enérgicamente: los músculos irradiaban un benéfico calor hacia la piel, levemente sudorosa entre los pectorales. Renato buscó con los ojos o Fifa, sin atreverse a preguntar dónde estaba. La vió nadando en el centro del Neckar. El movimiento regular de sus brazos parecía un gesto de llamada; un poco de espuma seguía al golpeteo rítmico de sus pies.

Renato se estremeció por adelantado; pero se arrojó de golpe al agua fría: tuvo la impresión de que toda su sangre afluía hacia el corazón, recobrando, un segundo después, una acelerada circulación. Se dirigió apresuradamente hacia la nadadora; pero Fifa, por juego, se puso a huír, con un bello estilo de *crawl*. Renato tuvo que vigilar su respiración y su cadencia para no dejar que aumentase la distancia: pero no ganaba espacio tras ella. Fifa triunfaba y él renunció en seguida a alcanzarla. Se dió por vencido con ese ligero despecho del macho batido en su propio terreno.

Fuera ya del agua, seco y caliente, se tomó un tazón de leche con algunas rebanadas de pan untado de manteca. Luego sintió deseos de andar y penetró en el bosque.

Caminó por él entre una gran paz silvestre, gozando del placer de estar desnudo. Parecíale desplegarse en el aire como una hoja de té en el agua. Su goce provenía, por un lado, de la euforia física,

y por otro, de la conciencia que tenía de la pureza de aquel goce. Aunque hubiese aparecido alguien él no se habría ocultado. La seguridad que experimentaba respecto a un posible encuentro aumentaba su sensación de libertad. Estaba libre del miedo, que es una limitación de uno mismo, y de la vergüenza, que es otra limitación. Esa vergüenza, calificada de "honesta", desecho de la religión desechada, cieno dejado en el corazón por el flujo católico de las antiguas edades.

Una rama se atravesó en su camino, estirada como un brazo. Renato se acodó en ella, y midiendo con la mirada el árbol de encima de su cabeza, comprobó que aquella rama podía servirle como unos hombros para subir a mayor altura. Se puso de pie sobre ella, asió con las manos una rama superior y con una poderosa dominación se izó de frente y luego se montó a horcajadas. Abarcó el tronco con sus brazos, pegando su piel a la corteza rugosa, y trepó con un esfuerzo combinado de sus brazos y de sus piernas. Desde su infancia, en la campiña normanda, no había vuelto a subir a los árboles. Gozaba ahora el placer del rejuvenecimiento, y en igual grado la exaltación de sentirse ágil y fuerte.

El arranque de una rama madre formaba una base ancha y plana, sobre la cual se sentó, con la espalda apoyada en el tronco y los pies sobre el vacío. A su izquierda una rama delgada, pero sólida, le permitió descansar el brazo. Su carne estaba un poco dolorida por el rudo contacto; y, sin embargo, se acurrucaba contra el árbol, con amistad. Sentíase despegado de la tierra, perdido en el follaje, en un

estado intermedio entre el del fruto y el del ave. Contemplaba por encima de su cabeza el balanceo de las copas. A la altura de su pie una hormiga extraviada se decidía a bajar de nuevo. La inmovilidad a que estaba obligado le complacía como una opción. El paisaje le absorbía en su quietud. Compartía aquel júbilo mudo de la naturaleza. Se incorporaba al árbol, se reabsorbía en la corteza. La savia ascendía por su columna vertebral.

Un pájaro vino a posarse sobre una ramita próxima; no le vió al principio, y al descubrirle se echó a volar con un sobresalto de espanto, haciendo un ruido de abanico abierto de golpe. Pero se acercaron revoloteando otros dos y le miraron con una curiosidad atrevida. Una ardilla, en la encina cercana, parecía también más interesada que temerosa. A Renato le halagaba que su sentimiento de simpatía fuese perceptible para aquellas pequeñas vidas animales, de igual modo que el mundo vegetal pactaba con él, el ser humano.

Pasó el tiempo. Renato no tenía conciencia de la hora. Sentíase entumecido y feliz, como si se convirtiera en planta. Sólo deseaba permanecer allí, sorprendiendo los secretos del bosque, a mitad del camino entre tierra y cielo. En la enramada inmóvil una hoja únicamente temblaba. ¿De qué tenía miedo?... Un rayo de sol le calentaba los muslos; luego ascendió lentamente por su vientre, por su torso, clavando sus agujas de oro entre sus pectorales. Renato se dió cuenta, de repente, de que tenía hambre. Debía ser tarde; sus camaradas le buscaban quizás. Erale necesario abandonar su refugio, el abrazo apa-

ciguador de aquellas ramas, renunciar sobre todo a aquella soledad habitada y viva, a aquel silencio en que sólo hablaban las ardillas, los pájaros y el viento. Renato descendió a disgusto.

Erwin se irguió ante él.

"Erguirse" era realmente la palabra, pensó, porque su estatura elevada sobrepasaba todas las demás. Renato admiraba su esbelta línea, delgada y precisa, como la de un mástil sin vela.

—¡Ah, ya estás aquí, chico!—dijo Erwin poniéndole la mano en lo alto del brazo.

La carne es fina y sensible en ese sitio. Renato recibió de plano la sensación cálida y lisa de la mano amiga. ¡Era tan nuevo aquello de sentir sobre su cuerpo una mano de hombre! Muy distinto de los contactos previstos de la lucha, por ejemplo.

La tela de la chaqueta no interrumpía el intercambio de sus epidermis, la comunión directa y viva de un gesto de amistad por el cual sentía agregarse al suyo otro calor humano.

Había vagado por las callejuelas de la vieja ciudad, matriz de Francfort, penetrando en los patios interiores, compadeciéndose de las familias de obreros, obligadas a vivir en las casas carcomidas, de habitaciones oscuras, que databan de la época en que se cerraba, de noche, la entrada de las calles con pesadas cadenas. En la plazuela del Mercado Viejo dos tenduchos vecinos divirtieron a Renato: en uno vendían salchichas calientes para comer en el acto y en el otro panecillos redondos de centeno con comino, golosinas ambas muy francfurtesas.

De pronto una silueta conocida se destacó del anonimato de los transeúntes. Sin sombrero, con el cuello de la camisa vuelto sobre la chaqueta, Schmitt venía hacia él, iluminada su cara de muñeca por una sonrisa. Imposible evitar el encuentro.

—*Guten tag* (Buenos días)—dijo el buen hombre, estrechándole cordialmente la mano—. No se le ha visto a usted el domingo en el Orplid...

—No; estuve en el Neckar con unos amigos.

—¿Pero volverá usted con nosotros?...

Renato vaciló:

—Pues bien, amigo mío; francamente..., no lo creo... No tengo nada que objetar contra la Nacktkultur, como usted sabe; pero la manera de entenderla en el Orplid es realmente demasiado primitiva. Prefiero no pertenecer a ningún grupo.

Schmitt estaba consternado; pero no se desanimó, como esperaba interiormente Renato.

—Bueno, bueno; "no vacie usted el baño con el niño"... Ya le he dicho que el Orplid es pobre, y que mejorará con el tiempo. Pero sembramos la buena semilla... Venga usted conmigo a beber un tercio y charlaremos un poco.

Renato se dejó arrastrar, sin pena ni gusto. Bajaron a la Cueva de la Bolsa, cervecería subterránea de estado muniqués, donde se reúnen banqueros y corredores de Bolsa. Apenas estuvieron sentados sobre unos taburetes de madera oscura, Schmitt prosiguió:

—Sería realmente una lástima que un muchacho con el espíritu abierto como usted renunciase a formarse una opinión más fundamentada sobre una cuestión tan importante. ¿Qué ha visto usted hasta ahora? Prácticamente, poca cosa.

La camarera, con cofia blanca, traía los dos barros. Renato hundió sus labios en la espuma para no tener que contestar.

—Ya sabe usted que colaboro en la revista oficial de la Freikorperkultur. Desearía presentar a todos los que quieran leerme un cuadro de conjunto del movimiento, hasta donde ha llegado actualmente. ¡Qué progresos desde que Ungewitter lanzó la idea

en 1909!... Existen hoy más de treinta sociedades reconocidas...

Y en pleno entusiasmo trasegó su tercio sin respirar.

—... Sí... Algunos de esos grupos se caracterizan terminantemente por el medio que los compone; otros cuentan con centenares de adheridos. Salgo mañana para visitar los más representativos de ellos. ¿No le interesaría a usted venir conmigo?...

Aquella proposición inesperada dejó pensativo a Renato. Estaban a mediados de julio. El se había acostumbrado a aquella libertad corporal y quería gozar de ella hasta fines de verano. ¿Dónde podía conseguirlo mejor que en los campos de nudistas? Y luego, evidentemente, la afición al cambio, a las experiencias diversas, despertaba, a pesar de todo, su curiosidad adormecida... ¿Por qué no proseguir aquel turismo singular?...

—¡Bueno! ¡Pues conformes; sí, con mucho gusto!

La alegría del buen Schmitt merecía ya que se corriese el albur. Quedaron citados en la estación a la mañana siguiente. Renato quería avisar a sus jóvenes amigos de su marcha repentina. Pensó que lo mejor era ir a buscar a Fifa a la Freya Haus.

Entraba por primera vez en aquel almacén naturista, reino de la vitamina. Fifa estaba tras el mostrador, con un blusón blanco. Al ver al joven, se le arrebolaron las curtidas mejillas. Mientras despachaba a una clienta, Renato examinaba con curiosidad la tienda, revestida de porcelana blanca como todos los almacenes de artículos alimenticios, de una limpieza luminosa. En los estantes veíanse productos compuestos de harinas de legumbres, de frutas secas, de cereales, prestaciones pacíficas tomadas del reino vegetal. Con su olor a salud y su aire de inocencia, Fifa era el emblema vivo de aquel comercio. En aquel momento estaba empaquetando *knâckerbrot* (pan sin fermentar) y pasas de Corinto. Renato seguía el juego ágil de las manitas color corteza, cuyas palmas eran más claras. Y en cuanto se marchó la clienta:

—Me ha emocionado mucho verle a usted entrar... ¡Figúrese! ¿Viene usted a charlar un rato?

En su mismo titubeo, Renato comprobó, en efecto, su turbación, que le halagó.

—Sí, Fifachen. Pero dígame: ¿no la hace usted sufrir demasiado estar aquí encerrada?

—¡Oh, no! Hago mi jornada sin quejarme.—Consultó su reloj.—Se acabó por hoy.

—¿Quiere usted que la acompañe?...

Le miró ella con aire vacilante:

—Es un poco lejos... Vivo en la Romerstadt, la ciudad de los Romanos.

—¡Pues mejor si está lejos!—replicó Renato riendo.

Fifa se quitó su blusón, se puso su sombrerito y cogió su bolsillo.

—Vamos, ya estoy.

Salieron. Cerró ella con llave la puerta del almacén e indicó a Renato el tranvía que tenían que tomar.

—¿La ciudad de los Romanos es esa fila de casas bajas y blancas en las afueras de Francfort, que me han hecho, desde lejos, el efecto de una ciudad oriental?

—Sí; es una de las barriadas de alquileres moderados, construídas estos últimos años siguiendo un plan muy moderno.

—Pero ¿por qué ese nombre arcaico?

—Al hacer los cimientos descubrieron efectivamente los vestigios de una antigua ciudad romana. Han conservado ese recuerdo al bautizar las calles: calle de César, calle de Mithra, calle del Circo...

Bajaron del tranvía a la salida de la ciudad y caminaron emparejados. Renato miraba a la muchacha con el rabillo del ojo y le costaba trabajo reconocerla, ya que no la había visto más que en traje de *camping*. "¿Qué hay de cambiado en ella? Su vestido la encierra y la defiende: y la vulgariza también... No tiene ya su aspecto silvestre. Es una pequeña ciudadana modesta y gris." Imaginaba el cuerpo grácil y juvenil bajo la tela pobre. "Es evidente: el traje disimula muchos defectos, pero neutraliza también la belleza."

Renato, en cambio, llevaba un terno bien cortado. Su elegancia impresionaba a Fifa. Tampoco ella había llegado a sospechar que el traje pudiera darle a él aquel aspecto mundano. La diferencia social volvía a quedar establecida entre ellos por la indumentaria. Ella no había experimentado el menor desasosiego mostrándose en su realidad íntima. Pero sentíase avergonzada, sí, de su vestido sencillito, de sus medias baratas. Lo que les separaba era la seda y la lana.

Se acercaban a la ciudad. Todo un barrio nuevo, tanto en su concepción como en sus materiales. Una arquitectura de vanguardia, en la que dominaba lo

racional. A primera vista parecía aquello en cierto modo un pueblo construído para una exposición, una demostración de la ciudad futura. Pero la utopía era una realidad. Renato contemplaba aquella fila de viviendas standardizadas, cuya monotonía estaba compensada por la economía de la construcción, y la modicidad de los alquileres. Tenía frente a él una serie de casas de dos pisos solamente. Nada de tejados: terrazas preparadas para el baño de sol. Amplios ventanales, que ofrecian la mayor superficie de penetración al aire y a la luz. En el primer piso, como los inquilinos no tenían acceso a la terraza, había unos balcones volados provistos de cortinas de lona para el aislamiento. En uno de ellos cosían unas mujeres en traje de baño, sentadas en sillones de mimbre. En otro, una madre joven colocaba a su rorro completamente desnudo sobre un colchón. "Ahora comprendo, pensaba Renato, el entrenamiento progresivo del pueblo a la vida corporal sin trabas." Delante de las casas, un recuadro de césped florido.

—De eso cuida la ciudad—explicó Fifa.

Le llevó hacia un hemiciclo enmarcado por un parapeto que formaba terraplén por encima de un amplio terreno, al final del cual se encontraba Francfort.

—En ese espacio no se construirá, para proporcionar aire libre: será transformado en campos de deportes. Por enmedio corre un arroyo: allí se hará la piscina. ¿Ve usted esos jardines?—dijo ella señalando un enlosado orillado de bojes en torno a unos planteles de flores y legumbres—. Cada inquilino posee su huerto; no hay separación entre ellos. Es la gran comunidad.

Renato tuvo una inclinación de cabeza admirativa.

—Pero vamos pronto a casa. Mamá se alegrará mucho de saludarle.

Una vez llegados, le introdujo en una habitación clara, donde la primera impresión de Renato fué la de que el mobiliario, de líneas sencillas y modernas, armonizaba perfectamente con el conjunto.

—¿Ha contribuído usted indudablemente a la elección de estos muebles?

—¡Oh, no tiene mérito alguno! Los arquitectos municipales que construyen estas barriadas dibujan también los muebles. Siéntese, voy a buscar a Mutchen.

Volvió ella, cogida del brazo de una señora de pelo canoso, baja y regordeta, con la cara roja de placer y de confusión. Renato puso especial empeño en hacer su conquista y lo consiguió.

Insistió ella en servir el té a pesar de lo tardío de la hora.

—Papá no se atreve a salir—dijo Fifa—. Se ha desnudado ya. Todas las tardes, al volver del trabajo, se queda en calzón de baño y yo le doy la ducha con la manga de riego, en el patio de detrás de casa. Si usted me permite, acabo en seguida.

—¡Por Dios, ya lo creo!

Al quedarse solo, Renato se acercó a la ventana. Un tilo en tiesto, de dos metros de alto, tendía sus hojas hacia la luz. Unos niños, con el torso desnudo, jugaban en el terraplén. Pensó él en los barrios obreros que conocía. Aquellas viviendas esaban provistas de todo *confort*: cuarto de baño, calefacción central,

agua caliente en la cocina y hasta, en algunas, horno eléctrico.

Fifa volvió con su padre. Un hombre en la fuerza de la edad, alto y musculoso, con esa especie de nobleza natural que tienen casi siempre los seres bien formados. Tenía la cara jovial de los renanos.

Sirvieron el té en la terraza, en pleno cielo, por decirlo así.

—Se creería uno en un bosque—dijo Renato acercándose a la barandilla tubular.

La casa se bañaba en el aire, el cielo la tocaba, el sol entraba en ella por todas partes. Vivíase allí en relación constante con el exterior, con la naturaleza.

Fifa se sentó estirándose honestamente la falda sobre las rodillas. Renato charló, lleno de simpatía, con los padres. Le extrañaba que la madre fuese tan obesa. Representaba todavía a la alemana del antigua régimen. Entre su hija y ella había más distancia que la que media entre dos generaciones: era una prueba de lo que el transformismo realiza en las especies animales. Renato cruzó las piernas mientras hablaba, y Fifa observó sus lujosos calcetines. Deslizó ella sus pies debajo de su sillón para que él no los viese, haciéndose la amarga reflexión de que no se conoce a una persona hasta que no se la ve vestida.

—Tiene usted que volver—decía la madre.

—Con mucho gusto.

¿Cuándo volvería?... Realmente no había dicho nada todavía de su próxima partida. Se volvió hacia la joven y luego vaciló. A pesar de haberle dado su palabra a Schmitt, un sentimiento indefinible le decía

que se quedase. Podía no marcharse... Su partida no estaría verdaderamente decidida hasta que se la hubiera anunciado a Fifa. Ella le miraba interrogativamente, y él, desconcertado, dijo atropelladamente:

—Me he encontrado a Schmitt, ¿sabe usted?, ese propagandista de la *Freikorperkultur*. Va a visitar diferentes agrupaciones y me ha propuesto que le acompañe. He aceptado. Regresaré dentro de un mes aproximadamente...

Le consoló la idea de que ella le echaría de menos, de que pensaría en él durante su ausencia...

Estuvo a punto de volverse a los tres días, mortificado y furioso, porque el primer *Bund* (Asociación), en el cual Schmitt se había propuesto inscribirle, rechazó su admisión.

—Pero ¿por qué?...—preguntaba Renato en el cuarto del hotel, donde Schmitt, todo avergonzado, acababa de comunicarle aquel acuerdo prohibitorio.

—¡Oh! Estoy seguro de que le parecerá a usted estúpido. Pero, en fin, he aquí el motivo: porque es usted francés.

Renato frunció el entrecejo. Su nacionalismo, aunque poco quisquilloso, sentíase ofendido.

—¿Porque soy francés?...

—Sí, mi joven amigo. Algunos de nuestros adeptos estiman que los pueblos latinos no se hallan tan predispuestos a la desnudez en común como los pueblos del Norte. Esta práctica, entre ellos, es tan antigua que parece arraigada en las costumbres, en la mentalidad. Verdad es que habría que agregar a los alemanes los suecos, los rusos y los japoneses, entre los cuales el baño mixto, en completa desnudez, es

tradicional. Pero la vieja costa mediterránea ha perdido realmente la memoria de los tiempos antiguos.

—Es imbécil esa manera de clasificar a un individuo según su raza.

—Sí, es un poco sectaria... Se lo he dicho al director del *Bund*. Pero es intransigente. Tampoco admite a los judíos.

—¡Ah! Empiezo a comprender: ¿es un fanático de la raza elegida, de la santa raza germánica?

—Algo de eso, algo de eso—murmuró Schmitt confuso.

De aquello se deducía claramente que los Orplid eran capaces de tener prejuicios nacionales y hasta intenciones militares ocultas. Renato, desagradablemente sorprendido, echaba de menos a los *wandervôgel,* para quienes la desnudez era absolutamente pura, totalmente desapasionada.

—Siento muchísimo este incidente, mi querido amigo; pero no se desanime usted, se lo suplico. Sería desconsolador que conservase usted esa mala impresión. Si me hace usted caso escogeremos como objetivo próximo "los Amigos de la Naturaleza", una de las más importantes sociedades nudistas. Allí encontrará usted a gentes muy interesantes.

Renato se dejó convencer para olvidar aquel fracaso. Las reuniones se efectuaban en la finca de un rico industrial, Herr Korpf. La acogida que dispensó a Renato resarció a éste de su contratiempo. Herr Korpf se mostró satisfechísimo de que un francés compartiese sus convicciones.

El ala izquierda del castillo estaba reservada a las mujeres y la derecha a los hombres. Renato fué llevado allí para desnudarse y pasar a la ducha. Ante el castillo había una amplia pradera de césped. Alrededor, hermosos árboles de espeso follaje. El parque era inmenso. El muro que lo rodeaba, un viejo muro de piedra cubierto de hiedra, no tenía ahora nada de coercitivo y legalizaba la agrupación ante las autoridades. Renato descubrió un tennis y unos espacios de arena fina dispuestos para la gimnasia, el baloncesto, etc. Una manga de riego, sobre el césped, proporcionaba una ducha perpetua. Cada agrupado acudía allí a refrescar su cuerpo veinte veces al día. Por aquel paraíso terrenal iban y venían nudistas de todas las edades, bien formados en su mayoría seguramente, pensó Renato, porque pertenecían a la clase acomodada, en la que se tienen medios y tiempo para cuidarse.

Era divertido intentar adivinar—abolidas todas las particularidades arbitrarias—cuáles eran la situación y la profesión de aquellos hombres. Los más ricos no llevaban su dinero sobre la piel ni los más insignes sus condecoraciones. Era difícil, sin la pauta del traje, predecir su educación, su autoridad social. Sus conversaciones le hubiesen ayudado, de haber podido sorprender sus frases profesionales. Las palabras les seguían vistiendo.

Herr Korpf le presentó, con la experiencia de un perfecto hombre de mundo, a un profesor, a un médico, a un periodista afamado, a un banquero y a otro personaje, alto y magro, von Lindell, antiguo oficial de Caballería, indudablemente: por su manera de juntar los tacones al saludar notábanse las espuelas.

A Renato le chocaba ver allí a intelectuales ricos, conservadores en todo, hombres que ocupaban una elevada posición y que se mostraban voluntariamente desprovistos de todo empaque.

Su curiosidad abandonó a los hombres y se consagró muy pronto a las mujeres. Se convirtieron en el punto de mira de su interés. Eran ellas, una vez más, las que prestaban tanto sabor a la cosa, puesto que la cuestión de la moralidad se intensifica siempre cuando se trata de la mujer. Algunas tenían la espalda redonda, las rodillas apenas acusadas, los brazos rollizos, la grupa abultada. Pero, como en el Stadion, la mayoría mostraban formas afinadas, menos carne y más músculos; una estética, en suma, que se desviaba hacia la del hombre. Había dos muchachas que parecían unos guapos mozalbetes.

Entre aquel mundo de grata compañía que era el suyo, Renato se sentía, sin embargo, imperceptiblemente cohibido. ¿Por qué, entonces?... Los primeros Orplid que había visto eran gentecilla modesta; los *wandervôgel,* chicos en vacaciones. Se defendía contra la idea de que le era más fácil desnudarse a una mujer de un medio sencillo que a una mujer de mundo, como si el misterio carnal no fuera equivalente.

Las reuniones se celebraban con toda asiduidad. Renato había obtenido una pronta e íntima acogida. Su cuerpo tostado le servía de introductor, de garantía. A su vez, tocábale acoger como un veterano a los nuevos adeptos, que parecían rebozados en harina. Aquella piel blanca era realmente chocante; producía, demasiado a las claras, la impresión de acabar de desnudarse. "¡Si se la pinchase, saldría

leche, con toda seguridad!" Los hombres mostraban la señal del cuello de la camisa, muy visible, sobre su propio cuello, la cabeza más morena que el cuerpo y las manos como enguantadas de morenez desde la muñeca. Las mujeres andaban de un modo enfático, con los brazos cruzados sobre el vientre. Una de ellas, cuya piel sonrosada tenía los reflejos malvas de las lilas, encontró la solución en una tira de tela colocada a modo de taparrabos, hasta el momento en que, mientras jugaba al tennis, se le cayó la tira, sin que la quedara otro recurso que echarse a reír.

Sólo los niños, vivarachos y curtidos como ardillas, en absoluta intimidad con su cuerpo, daban, por el contrario, la impresión de recobrar nuevamente su estado natural en la desnudez. La silueta de las niñas, lisas y rectas como maderos, no se diferenciaba todavía de la de los chicos. Algunas de ellas conservarían sin duda hasta mucho después aquella confusión encantadora de los dos sexos, como Fifa. Ella pertenecía a esa generación femenina, cuyos cabellos no llegaron nunca hasta los hombros.

Renato admiraba la superioridad de los pequeños sobre los mayores, comprobando la torpeza de un profesor de Universidad, a quien había escuchado durante el almuerzo una disertación filosófica con el mayor agrado.

Aquel hombre representaba bastante bien el tipo del intelectual desarrollado tan sólo en el sentido espiritual, y que si ha llegado a ser dueño de su alma, ha perdido, en cambio, el dominio de su cuerpo.

Abundaban los hombres entrados en años que, abandonando de pronto los negocios o los trabajos

de laboratorio, no sabían ya lo que podían pedir a sus cuerpos en las contiendas deportivas, no sabían ya ni siquiera estar con soltura, no se encontraban ya en su casa.

Casi a diario, Renato veía llegar nuevos adeptos. Un marido llevó a su mujer, un muchacho a sus padres. En cambio, un joven abogado le confesó melancólicamente que no volvería más, porque su prometida se oponía.

—¿Y por qué no viene ella?...

—Porque no quiere.

No era aquélla la primera vez que Renato observaba, en las mujeres, una resistencia sorda o declarada. Se lo participó a Schmitt.

—Además, aquí, como en el Orplid de Francfort, las mujeres están en minoría.

—¡Claro! Piense usted hasta qué punto están más sometidas que nosotros a las coacciones sociales, a las conveniencias, a la opinión pública, al consentimiento marital. Muchas veces no se atreven ellas a afrontar los prejuicios, a romper con su familia, etcétera. Y además, interviene otra razón poderosísima: la comparación establecida con otras mujeres mejor favorecidas. No le quepa a usted duda: si la prometida de nuestro joven amigo no viene aquí y consigue que él también se abstenga de aparecer, no es por otro motivo. Sólo el matrimonio da derecho a conocer el cuerpo del otro. La mujer trafica con él. Al adoptar francamente la *Nacktkultur*, cede una de sus trampas para cazar maridos. Pero la mayoría de ellas no pueden renunciar a la complicidad del

vestido. Su aspiración hacia la belleza se concreta en el vestuario y en el maquillaje.

En aquel momento Renato veía pasar a una nudista poco agraciada. Con sus piernas torcidas, sus nalgas caídas y sus senos flácidos, aquella mujer vestida hubiera conservado un aspecto representativo, hubiera ilusionado. Renato inclinó la cabeza con aire dubitativo.

No estaba él por la verdad a todo trance. Pero, por otra parte, le irritaban los modales de tres mujeres que, enteradas de su belleza, se exhibían con complacencia, parándose, adoptando posturas demasiado pródigas de sí mismas.

En la pradera central, inundada de sol, se reunían los "Amigos de la Naturaleza", sentados en sillones de lona o tumbados sobre la hierba pisada, cuyo olor suave se introducía por las narices. "Todos estos desnudos, pensaba Renato, podría relacionárselos con una escuela de escultura. Esta, de un contorno blando, indeciso, hecha como a disgusto. Esa, abultada a lo saco de nuez. Otras, modeladas con dedos vigorosos, por volúmenes, con la musculatura visible como en una obra griega de la decadencia, o sin relieves sensibles, con los músculos bien ocultos en el espesor de la carne. No existe una belleza única en el cuerpo varonil ni en el femenino: cada época esculpe de nuevo sus Venus y sus Apolos... Además, los cuerpos son tan diferentes entre sí como las caras, y como ellas se componen de los mismos elementos, inconfundibles sin embargo..."

Se detuvo para contemplar a una mujer muy alta,

amplia y majestuosa, cuya cabeza dominaba a todo el mundo.

Sus proporciones casi sobrenaturales la emparentaban con la mitología más que con la humanidad. Renato se acordó de la "Giganta" de Baudelaire:

... Dormir con indolencia a la sombra de sus senos
Cual la aldea apacible al pie de una montaña...

Otra mujer, pequeñita, delicadamente formada, era una Tanagra al lado de aquella recia Cariátide.

La única restricción al desnudo integral consistía en los sombreros anchos contra el sol y en las sandalias, que muchos no podían decidirse a abandonar, las mujeres sobre todo, por precaución y también por coquetería. No ignoraban ellas que los pies descalzos resultan más grandes que calzados. Y además, el pie es una de las partes más martirizadas del cuerpo, una de las más deformadas por la elegancia mal entendida. Había tantos pulgares retorcidos como sarmientos, que Renato aprobaba aquel pudor. A él, particularmente, le agradaban las sensaciones voluptuosas de la planta del pie, sintiendo todos los contactos del suelo, gozando del sol y del agua. Cuando tenía que volver a calzarse por la noche notaba claramente que oprimía una parte muy viva de sí mismo. Las manos, por lo menos, se negaban a dejarse enguantar.

Por la mañana Renato llegaba temprano. Con frecuencia se encontraba ante la verja del parque con varios miembros de los "Amigos", vestidos algunos, y con ello más favorecidos, y otros, en cambio, cuando ya no lo estaban.

La cariátide llevaba un traje sastre y la tanagra uno de "sport" en dos prendas. Había un hombre maduro que llegaba siempre de chaqué. Todos se dirigían apresuradamente hacia el vestuario.

Unos muchachos dormían bajo la tienda, en los bosquecillos.

Una joven, Carlota, tenía también su tienda individual. Pertenecía a una familia rica, pero de gustos sencillos, inadaptada a su medio mundano. Renato sintió en seguida simpatía por aquella muchacha, hecha como de una sola masa de bronce claro, con la espuma de sus cabellos castaños dorado por el sol a modo de halo luminoso.

Lo que más temía ella eran los galanteos, el *flirt*. Gustábanle los trabajos humildes del *camping*, los alimentos cocidos sobre un fuego de leña. Renato la llamaba, en broma, "la joven exploradora".

Quizás revivía en ella alguna oscura antepasada, anterior a la raza de burgueses enriquecidos, que habría hilado lana, cocido el pan y moldeado velas. Era una hermana desconocida de Fifa.

Renato lo pasaba muy bien entre "Los Amigos de la Naturaleza" y demoraba su marcha, con gran alegría de Schmitt, ¡cuyo vello se erizaba de felicidad! La sombra fresca de los árboles seculares hacía soportable el calor de principio de agosto. El se sentía Orplid hasta el alma. "Después de todo, en el cuerpo desnudo el sexo ocupa realmente poco sitio. El calzón le da mucha más importancia, al subrayarle."

No se cansaba del espectáculo tan vivo, y de las revelaciones que ofrecía aquella especie de confesión física a la cual son admitidos únicamente, por lo ge-

neral, los amantes, los médicos y los artistas. Como un árbol que en invierno descubre su estructura verdadera, ahogada antes por la masa de las hojas, de igual modo el cuerpo desprovisto de toda prenda era entonces realmente él mismo. "¡Qué campo de descubrimientos sólo sobre el rostro! ¡Qué viaje desde la frente al mentón! Ahora la mirada era atraída por otros modelados. Adquiere conocimiento de una sola vez del torso, de la línea de las piernas, de la estepa del vientre, con su pequeño cráter en el centro. Presiente una especie de línea ideal enmedio de la espalda y entre los senos, como la unión de los moldes de yeso, subrayando la simetría de los dos lados del cuerpo. La expresión del cuerpo desmiente o acentúa la del rostro. La arista aguda de ese mentón está compensada por la curva bonachona del hombro. Esa mujer que anda contoneándose tiene unas nalgas pretenciosas y unos senos tristes... Una cara que hace "honor" al cuerpo flaco. Y a propósito existe una delgadez que resulta "interesante" y otra que hace pobre... Los párpados más claros pertenecen a otro rostro... La cabeza de ese atleta no está en relación con su cuerpo espléndido, ¡se merecía otra mejor! En conjunto, los hombres están mejor formados que las mujeres, a quienes la naturaleza abruma al hacerlas madres. ¡Triste destino el de las mujeres, cuyo cuerpo tan sólo ha sido amado cuando envejece!

Renato, que lanzaba la jabalina, vió que desde lejos le hacían señas sus compañeros habituales en los deportes y en las comidas: dos hombres jóvenes, uno

de ellos pintor y el otro médico. El primero, Egon, ardientemente enamorado de la forma humana, rodeado de todos aquellos modelos benévolos, intentaba interiormente realizar su transcripción gráfica. Su mirada captaba curvas, actitudes, escorzos, el juego del pectoral y el del gran dentado, el saliente afilado de los gemelos, las contracciones del trapecio y de los oblicuos, a los que la piel contenía en un tejido blando y sin embargo ajustado. El cuerpo abullonado de la mujer, retenido a la tierra por su dulce peso; el cuerpo esbelto y resbaladizo del hombre, sin carnes superflua, eran los dos polos de su inspiración.

Para el doctor Ulrico Strauss aquel cuerpo humano era su campo de experimentación, su terreno de investigaciones, lo mejor que conocía él en el mundo. La anatomía, el tono de la epidermis, el aspecto fisonómico, denunciaban el temperamento, el misterio fisiológico de cada individuo. Leía él bajo la piel el estado de los órganos, sus deficiencias. Con una mirada profesional, a pesar suyo, descubría la insuficiencia cardíaca en aquel corredor jadeante, la debilidad bronquial en un muchacho musculoso de hombros arqueados. El mismo tenía un perfil agudo, recortado con cuchillo, un cuerpo seco, larguilíneo, en el que los músculos no se envolvían en la carne. "Siempre hay sitio para el cerebro en una cabeza de atleta", pensaba Renato contemplándole.

Ebrio de juventud y de vigor, Renato entonaba ante Ulrico el himno de la salud:

—Le desafío a usted a que me clasifique entre los enfermos en potencia. Conozco mi cuerpo al dedillo; la armonía de sus funciones es admirable. Los fue-

lles de los pulmones, el émbolo del corazón, baten una sangre rica. Los órganos digestivos son unos honrados obreros incapaces de reclamaciones. El sueño me invade como a un niño. ¡Mis músculos ejercitados hacen retroceder a diario los límites de mi fuerza!

—Sí—respondió Ulrico sonriendo—; está usted—y yo lo deseo por muchos años—en la edad eufórica en que la máquina funciona tan bien que ignora uno incluso su funcionamiento. Pero conozco demasiado bien los desfallecimientos de este pobre cuerpo, de quien cada célula puede ser generadora de desorden, de dolor, mansión de la que nos cae una piedra sobre la cabeza o cuyo pavimento se hunde bajo nuestros pies, minado por invisibles teredos. Piense usted en aquellos cuyo cuerpo es su peor enemigo: sede de la enfermedad incurable o caverna de instintos animales que exigen su satisfacción... No conoceremos nunca lo bastante nuestro cuerpo. Por él entramos en relación con el universo, por mediación de nuestros sentidos; y nuestras especulaciones filosóficas, nuestro raciocinio, nuestros sentimientos están ligados directamente a él. Nuestra digestión es responsable de nuestro optimismo. Las reacciones de nuestro sistema nervioso, la composición de nuestra sangre, nuestras secreciones endocrinas, he aquí la génesis de nuestras pasiones, he aquí la verdadera intimidad del individuo, y no su envoltura cutánea.

En la familiaridad de relaciones que aquella vida libre establecía, Schmitt proseguía su investigación:

—¿Con qué objeto practica usted la *Nacktkultur?*...

Para varios hombres y mujeres de edad intermedia, que habían padecido las privaciones de la guerra y de la inflación, constituía un medio de reconquistar la salud. Un químico se imponía aquel retorno a la naturaleza para restablecer el equilibrio entre el cerebro sobrexcitado por sus trabajos y el cuerpo que no vivía lo suficiente.

Otros achacaron al exceso de civilización el origen de aquella necesidad:

—Ahora se despiertan en el hombre el deseo de la naturaleza, un hambre que le retrotrae a la edad de la inocencia, el llamamiento de lo primitivo... Y la moda y un nuevo snobismo se apoderan de todo ello...

Un joven flaco y moreno, con la mirada acorralada en el fondo de las órbitas hundidas, declaró:

—Yo era un maniático, un erótico. He querido curarme de la obsesión sexual... Y lo he conseguido, terminó sombríamente.

Muchos habían seguido el influjo de parientes o de amigos, y al sentirse allí bien se habían convertido en fieles adeptos, por afición al aire libre, al deporte y a la convivencia entre compañeros conocidos.

"Yo, pensó Renato, estoy aquí porque una muchacha me ha sonreído haciendo un ramito, por ver de nuevo su cuerpo, tan cálido en la sombra de la espesura, cuya luz era ella..."

"Habría que hacer otras preguntas, seguía él pensando. Saber, por ejemplo, cómo ha modificado su adhesión al movimiento nudista, su vida íntima, su moral. Abundan aquí los matrimonios. Estos hombres y estas mujeres no sienten, por lo tanto, celos. Han renunciado al exclusivismo que el matrimonio consagra, relativo al cuerpo del cónyuge. Un ironista

como Pedro, diría que a un hombre no le gusta engañar a su mujer con su mejor amiga, cuando ésta no guarda ya nada secreto para él. Pero ciertas atracciones deben actuar, inevitablemente. ¿Qué sucede entonces?..."

Se veía reducido a las conjeturas. Lo único evidente era aquel liberalismo mutuo establecido entre las parejas. "En el fondo, ambos se benefician con ello: para sostener lo mejor posible la comparación, cada uno de los cónyuges ha de vigilarse." Esto le llevó a pensar que el riesgo de aquella confrontación corporal era menor de lo que parecía a primera vista.

"En muchos casos no parece uno tener su edad una vez desnudo. El cuerpo de algunos hombres envejece menos que su rostro, atacado duramente por el agotamiento y las preocupaciones. Una cara cansada puede estar redimida por una bella musculatura, por una silueta esbelta." Pensaba en una mujer descubierta un poco antes: una faz ajada, pero una línea de cadera de contorno seguro y unos senos firmes, bien colocados. "Es ésta una cuestión individual, sin embargo, porque conozco también otras cuyo cuerpo es diez años más vieja que su cara. La señora Hetzel, esa dama pequeñita, tiene, en cambio, unas piernas y un busto de muchacha, a pesar de sus treinta y cinco años. ¿Qué le hace falta, además del matrimonio, para desarrollarla y darle ese cuerpo de mujer curvado en forma de violín al que tiene ella derecho?..."

Había él adquirido poco a poco una sensibilidad estética especial con respecto al desnudo. Una mujer

que se quedaba desnuda con su collar o con sus sortijas le parecía casi libertina. Lamentábase de la necesidad de unas gafas o de unos lentes. Un puro en la boca le resultaría intolerable.

Bajo un catalpa de anchas hojas una dama leía una revista, al lado de una amiga. Renato notó al pasar su carne blanca y llena, pulpa de camelia; el pecho azulado por las venas, y oyó:

—¡Lo ves! En París los vestidos se llevan muy largos. ¡Tendré que reformar los míos!

Leía ella una revista de modas. "¡Es curioso! ¡En traje de Eva!..." Y luego pensó: "¿Y por qué no?... Ya que es preciso vestirse, hay que hacerlo con gusto, de un modo que añada realmente arte a la naturaleza." Se acordó de Lydia: "¡Pero a condición de que haya un cuerpo bajo el vestido, y no un maniquí!"

Renato sintió tener que separarse de Egon, de Ulrico, de Carlota y de los demás, para acompañar a Schmitt. Su próximo objetivo era un grupo de reciente formación que contaba pocos miembros, ya que éstos no podían ser ni viejos, ni enfermos, ni achacosos, ni simplemente feos.

Cuando Schmitt se enteró de aquella prescripción mostró un vivo disgusto:

—¡Eso es falsear en absoluto el sentido de la *Nacktkultur!* ¡No es su finalidad componer cuadros vivos!

—¡Vayamos a verlos, a pesar de todo!—propuso Renato.

—¿Lo ve? ¡Usted mismo habla de ellos diciendo

"vayamos a verlos", como si se tratase de algún espectáculo!

Cuando penetraron en el Sonne Bad (Baño de sol) donde aquel grupo se reunía, a Renato le recordó aquello, en el primer momento, un baile de artistas. Había un hombre que llevaba una corona de follaje, y varias mujeres guirnaldas de flores, no sólo en la cabeza, sino alrededor del busto. La mayoría de los hombres tenían el pecho depilado. Una joven envolvía su espalda con un velo, para amortiguar sin duda el fuego solar, pero también con un conocimiento evidente del encanto excitante que aquel chal añadía a su desnudez. Todos iban calzados son sandalias de tonos vivos, que resaltaban agradablemente sobre la piel morena. El cuadro resultaba abigarrado y atrayente, aunque un poco afeminado.

Realmente todas aquellas gentes eran estetas que se reunían con el fin de gozar de la vista de unas bellas formas humanas—espectáculo tan lícito como otro cualquiera, después de todo—. Pero juguteaban con la sombrilla, con el sombrero, con velos y guirnaldas de una manera demasiado influenciada por la tradición del traje. Renato percibía en su aspecto el ingenuo orgullo del narcisismo, que se tradujo, cuando él les propuso fotografiarles, en unas posturas que denotaban una preocupación artística demasiado visible. La perfección misma de sus juveniles cuerpos depilados y maquillados era inexpesiva. Faltaban en ellos esas alteraciones del tiempo, que humanizan a las estatuas.

El prejuicio hedonista de excluir a todos los que estaban mal formados sorprendió a Renato no menos vivamente que le había chocado anteriormente la exhibición de las miserias físicas.

—Cuestión de medida, como en todo: ¡más fraternidad en los unos, más tacto en los otros!

Schmitt estaba furioso:

—Están muy lejos de haber hallado en su corazón la sencillez de la naturaleza. No admito más que una especie de exclusiva, tal como la practican ciertas agrupaciones, y es la que se refiere a la corpulencia. Es un excelente medio de lograr la supresión de ese defecto que ha sido durante demasiado tiempo el del pueblo germánico.

Marcharon a Berlín.

Durante el viaje Schmitt leyó a Renato el artículo que acababa de terminar. Había escogido como epígrafe esta frase de Nietzsche: "No sabéis en qué consiste el pudor de un Dios. ¡No consiste, seguramente, en el mísero trapo con que queréis envolverle!..." Y terminaba con este apóstrofe de Walt Whitmann: "... ¡Amada, serena y santa desnudez en la Naturaleza! ¡Ah, si la pobre y enfermiza humanidad de las ciudades te conociese de verdad! ¿Es indecente la desnudez? ¡No; son vuestros pensamientos, vuestras sofisticaciones, vuestro miedo, vuestra respetabilidad, los qué son indecentes!"

Entre el comienzo y el final de la lectura Renato se adormeció un poco. El día siguiente al de su llegada caía en domingo, día escogido voluntariamente por Schmitt para su primera visita a uno de los centros más importantes de la capital, situado en las afueras, más allá de una barriada obrera.

—Estos "Hijos del Sol" a cuyo campo vamos son

libertarios y pacifistas; porque los hombres—añadió Schmitt con una sonrisa—¡conservan sus opiniones políticas hasta cuando no tienen nada sobre el cuerpo! ¡Así sucede que algunos grupos se rigen por la moral del "cuello postizo"!

En un bosquecillo de abedules los Hijos del Sol, en número de unos trescientos, hacían ejercicios gimnásticos de conjunto, bajo la dirección de un instructor.

—*¡Eins, zwei, drei!... ¡Eins, zwei, drei!...* (¡un, dos, tres!, ¡un, dos, tres!)

El ramaje de los brazos se elevaba, se hundía, giraba a derecha y a izquierda. El ojo de todos aquellos ombligos miraba fijamente a Renato. Se desnudó él apresuradamente, se situó en una fila y mezcló su movimiento al movimiento general.

"¡Eins, zwei, drei!... Bien pronto el ritmo colectivo le poseyó por completo. Gozó el placer de ser una unidad perdida entre la masa. Encuadrado, arrastrado, adicionado, cifra, célula, átomo... Desde el cuartel, revestido con el uniforme igualitario, no había vuelto a sentir aquella impresión de semejanza, de absorción, desnudo entre unos hombres desnudos, realizando un ejercicio, en que él representaba la trescienta fracción.

—¡Fertig! (¡Alto!)—gritó el instructor.

Y cada cual recobró su individualidad, su voluntad, la libre disposición de sus gestos. Testas afeitadas, rostros simplistas, osaturas habituadas a rudas faenas, obreros berlineses, escrupulosamente limpios. Allí había también mujeres y niños.

Renato vió cavadores, recién llegados evidentemen-

te, con los brazos tostados hasta el hombro, en el que se unían a un cuerpo blanco y aristocrático. En aquellos hombres los brazos, sobre todo, eran recios, largos y musculosos. El biceps sobresalía como una serpiente que se despega de una rama. Las mujeres, excepto las más jóvenes, eran unas comadres bastantes fuertes. Había una roja modelada como un barril, con la cintura de un diámetro impresionante.

Vió después delgadeces tan desagradables como la obesidad, arrugas en el vientre que no poseían nada de la nobleza de ciertas arrugas de la frente, eczemas, cicatrices quirúrgicas, señales de heridas y de accidentes del trabajo, deformaciones debidas a la debilidad física y a la enfermedad, a la insuficiencia de alimentación, al agotamiento, a la falta de cuidados. El cuerpo de aquellos humildes revelaba sus defectos. Renato sentía no poder ignorarlos; pero sabía que los sufrimientos que allí se manifestaban merecían más simpatía que desdén. Las reflexiones de Schmitt debían seguir el mismo sentido que las suyas, porque éste murmuró melancólicamente:

—El cuerpo del pobre está más cerca de la vida que el del rico. La vida se graba más hondamente en su carne expuesta a todos los accidentes, a todas las privaciones. Sus manos bastas, su espalda curvada, su pecho hundido, llevan la huella de su conflicto con la miseria.

—¡Más aún! Ellos imprimen esa deformación a sus ropas. He visto en el vestuario esos trajes de espalda abombada, de pantalones con rodilleras, que cada cual moldea a su cuerpo y que conservan la

curva de una postura, el pliegue de un movimiento, el desgaste de un cansancio particular.

—Sí, mi joven amigo—replicó Schmitt poniéndole la mano sobre el hombro—. *Sartor Resartus* tiene razón cuando declara: "... La sociedad está basada en la Tela... El traje sitúa al hombre en la sociedad y le da su personalidad... ¿Cuál es la única diferencia entre los hombres?... El Traje."

—¡Bien dicho!—exclamó una voz ruda a su espalda.

Se volvieron hacia un mocetón de piel cobre rojo, de pelo cobre amarillo, de pectorales henchidos como almohadones, obrero en todo su aspecto, y a quien unas gafas disfrazaban de burgués.

—Sí, tienes razón. (El tuteo era de rigor entre aquellos proletarios.) El traje distingue al ciudadano del campesino, al ocioso del trabajador; ¡y es como si esos cortes de tela tiñesen la piel de otro color! Desde que nace visten al niño de hombre, y ya no volverá a estar desnudo jamás, ni aun en la tumba. La *Freikorperkultur* es el único movimiento realmente igualitario. ¡Se siente uno hondamente fraternal estando desnudo! ¡Todos parecidos, todos Hijos del Sol!

Schmitt aprobó vivamente a aquel ideólogo ingenuo:

—¡Con los trajes caen las mentiras sociales!

"¡Ay!—pensó Renato sin atreverse a decirlo—. ¡Hasta desnudos siguen siendo diferentes! ¿No saben que la estructura del cráneo y del cuerpo indica la especialización del individuo? Aunque se atenúen las diferencias arbitrarias, la Naturaleza utiliza arcillas más o menos finas, y las condiciones de la existencia revelan el antecedente inicial."

Renato veía colgar los brazos, pesados e inertes, las manos desprovistas del instrumento de trabajo repentinamente inútiles, embarazosos, y dándose cuenta de ello. Los hombres se quitaban el cigarrillo de sus labios con un gesto torpe, apretando los dedos como pinzas sobre la colilla. Parecían no haber ejercitado determinados ademanes, o tan pocas veces que no habían adquirido soltura: cruzar las piernas, por ejemplo, andar o sentarse con desenvoltura. Aquellas mujeres que trabajaban tenían unas manos más viejas que ellas. Sus pies eran unas bases en bruto, unos bloques apenas desbastados. El encorvamiento de la espalda revelaba las horas pasadas inclinada sobre un banco de taller, sobre la obra de costura. La pierna derecha de un muchacho aparecía anormalmente desarrollada por el pedal de una máquina-herramienta.

Los niños estaban exentos de las deformaciones profesionales. Pero algunos, herederos de la miseria, eran flacos a la edad en que es uno carnoso: omoplatos que sobresalían en la piel como alas embrionarias, costillas acusadas que dibujaban sobre el torso una gran mariposa.

—¡Compadezcamos a los que no sienten el traje que les oprime y todas las demás opresiones!

Los dos interlocutores proseguían la discusión teorizando sobre el traje, "... símbolo no sólo de la posición social, sino de los sentimientos íntimos: el vestido de novia, el de luto". Schmitt quería que lo simplificasen, que lo redujesen teniendo en cuenta única-

mente las condiciones requeridas por la comodidad: los bolsillos, la protección de la intemperie, y que se estableciera para cada uno de los sexos una especie de uniforme racional e inmutable.

Renato no pudo escuchar más tiempo y se alejó. Sentía subírsele al corazón su París. ¿Era preciso, pues, renunciar a todo cuanto puede haber de pensamiento en un vestido, de ingenio en un sombrero, a la belleza de los tejidos, al lujo de las pieles, a la Moda en fin, perpetuamente renovada como un manantial?... No, no seguiría a aquellos fanáticos. Admiraba un bello vestido de igual modo que un cuadro. Sabía que hay un momento en que lo artificial se convierte en arte, sencillamente.

Al día siguiente fueron a otro *Sonne Bad,* contiguo a otro barrio popular.

Un gran solar donde subsistían unos árboles, rodeado por una alta valla. Un gimnasio, un cuadrado de arena para los niños. Llegaron un poco antes de las seis. No estaban más que unas cuantas mujeres con unos niños. Poseía aquello en cierto modo el ambiente de una plazoleta pública, si no hubiera sido por la *indumentaria*...

Renato, que había pasado el día recorriendo Berlín, estaba cansado y polvoriento. Le alegró mucho desnudarse por completo, darse una ducha, tumbarse sobre la hierba. Sintió en seguida disiparse su tensión nerviosa; la sensación contusa de fatiga era sustituída por un abandono reposante. La menor ráfaga de aire tenía acceso a su piel. Los riñones, la cintura, el vientre, que el entallado del pantalón había tenido sudorosos durante todo el día, estaban ahora deliciosamente libres. Su sexo, aireado, tomaba parte en la fiesta.

Renato jugó con un chiquillo de dos años, de pelo rizoso, rollizo, notablemente fuerte y ágil en sus movimientos, en plena posesión de sus miembros. Andaba sin vacilar, golpeando el suelo decididamente con sus piececitos gordos. Renato le hizo saltar sobre sus hombros, bascular entre sus brazos, sintiéndose dichoso de tocar aquel cuerpecillo pesado, aquella carne dura y elástica.

El niño, sin sentir miedo, gritaba de placer. La joven madre miraba la escena sonriendo. Su cuerpo muy delgado no parecía haber sido tocado por la maternidad. Iba peinada con dos bandós lisos como las Madonas del Renacimiento. Renato la devolvió su hijo con frases lisonjeras.

—¡Si supiese usted lo difícil que resulta hacerle estar vestido! Cuando tiene que ir a casa de sus abuelos, ¡es una verdadera tragedia conseguir que esté con pantalones durante toda la visita!

El pequeño estaba de pie entre los brazos de su madre, con un brazo regordete alrededor de su cuello. No podía imaginarse nada que simbolizase más adorablemente a la Virgen y al Niño. Fifa sería así más adelante...

A cada minuto la puerta del recinto que comunicaba con el vestuario dejaba pasar a otros recién llegados.

El "Baño de Sol" se había quedado casi vacío hasta la hora del cierre de las oficinas y tiendas. Numerosos trabajadores venían ahora a gozar de un

bello anochecer de verano, a oxigenarse a plenos pulmones, a plena piel, a tomar su revancha de las horas de inmovilidad, en los juegos deportivos. Veíase muy bien que habían vivido toda la jornada en espera de aquel momento. ¡Habíase acabado, al fin, el sudor mantenido sobre el cuerpo por las ropas, la molestia de los cinturones, del cuello, de los tirantes y zapatos! El aire circulaba libremente sobre la epidermis, nada obstruía ya la circulación de los mil arroyuelos de sangre en la carne opaca. Había maridos que acudían a reunirse con su mujer y su hijo. Muchos traían *sandwiches* y comían sobre la hierba.

Cayó la noche sin que nadie se apercibiese de ello. La frescura nocturna se tradujo en ondas de carne de gallina sobre los muslos del hombre sentado frente a Renato. Las rodillas dobladas buscaban instintivamente el calor del flanco. Oíanse pasar los tranvías en la calle vecina.

Durante la semana que empleó en visitar Berlín Renato tomó la costumbre de ir todas las noches al Sonne Bad. No encontraba allí el aire del campo, pero sí al menos la posibilidad de estar desnudo al aire libre, el descanso completo físico y moral, el uso de los aparatos de gimnasia, una atmósfera de sencillez y de salud, tanto más preciosa cuanto que contrastaba, por lo que él descubría en los sitios de placer, con un erotismo mórbido. Se dió cuenta de que Alemania no forma una unidad. Agrupa las costumbres y las mentalidades más divergentes, y consagra igual pasión a la pureza del alma y del cuerpo que a la obsesión sexual.

En un cabaret de un género especial presenció Renato unos cuadros vivos. Mujeres semidesnudas aparecían breves instantes en posturas sugestivas. Las pocas prendas que llevaban daban la nota picante. Cada ángulo de sus actitudes ofrecía al espectador una perspectiva sabiamente calculada. Renato había olvidado todo aquello. ¡Era verdad!... Aquel cuerpo femenino podía tarifársele por centímetros cuadrados: tanto por la vista, tanto por el tacto. El era el que servía de base a la obscenidad, a la suciedad. Era el origen eterno de la impureza.

Entre los Orplid, el cuerpo no era la carne.

Llegaba él al oasis al mismo tiempo que los primeros trabajadores libertados de la fábrica o de la Administración. Sus trajes sueltos y deformados corrompían su línea. Se rejuvenecían al quitárselos. Colgaban aquellas vainas de ellos mismos en el vestuario, que adquiría en seguida un olor lanar. La ducha lavaba la piel, calmaba los nervios, distendía los músculos contraídos. Entonces se lanzaban bajo los árboles, refrescados, vigorosos, despojados de sus preocupaciones, de sus servidumbres sociales, devueltos a la alegría de los animales libres, cuyo único vestido es su piel.

Si no hacía demasiado calor, porque aquel final de agosto era pesado, Renato jugaba con ellos a la pelota, al marro, al balón. Penetrado de afectuosa estimación hacia aquellos hombres que se aplicaban a corregir la desviación profesional, a enderezar un torso encorvado durante demasiado tiempo, a hacer

correr unas piernas constreñidas a la inercia durante ocho horas, a compensar, hartando de oxígeno a los pulmones y a los poros, la jornada pasada en un centro sofocante—en resumen: a luchar pacientemente contra el decaimiento físico, contra el empobrecimiento de las células.

Pero la lucha no era victoria para todos. Quedaban los enemigos solapados, la herencia, la invasión microbiana, el agotamiento, la falta de alimentación durante los años terribles, la edad irrevocable.

Renato observaba, sin sentir ya más que compasión, un cuerpo deformado y derrengado como un saco abandonado, unas piernas flacas en las que sobresalía la nudosidad de la rodilla, una muchacha de cabellos descoloridos, de ojos pálidos, de carne lívida como la del rábano. Parecía una acuarela apagada a la que le hubiese faltado color, la pobre empleadilla de sangre pobre, criatura nacida en un cuchitril. Renato escuchó las confidencias desesperadas de un mecánico con un brazo amputado, traicionado por su cuerpo desde su mutilación. Experimentaba veleidades de gestos que no se prolongaban ya en su miembro. ¿Qué hay que no sea menos "uno mismo" que el propio cuerpo?...

En cambio, algunos asiduos del Sonne Bad se emparentaban tan íntimamente con los modelos antiguos cuando estaban desnudos; eran entonces de tal modo semidioses en la expansión de su juventud y de su belleza reveladas al fin, que realmente ¡necesitaban un gran valor para reintegrarse a la vida el andrajo de su piel de asno! El jefe de aquella mecanógrafa, ¿sospechaba acaso que ella hubiese

podido posar de Atalanta?... Y los obreros torneros de su taller, ¿sabían que aquel muchacho, cuando saltaba a pies juntos, poseía el ímpetu alado de un maestro de baile ruso?...

Un empleado contable muy míope se quitó sus gafas para secarse el rostro sudoroso, y Renato sorprendió la expresión trastornada de aquellos ojos sin cristales, que parecían expresar la sorpresa y la confusión que siente el cuerpo la primera vez que se encuentra despojado de la ropa.

Tenían por compañero un perrillo, nacido en primavera, que pertenecía a la guardesa del campo. Aquel animalito era el juguete favorito de los niños y la mascota del Sonne Bad, según decían. Una mañana su dueña se lo llevó, por primera vez, a la ciudad.

—¡Si supieran ustedes el día que me ha dado! —contaba ella luego—. ¡Dios mío! Ladraba furiosamente a todos los transeúntes. No podía yo comprender por qué. Por fin, me dije: no ha salido nunca del campo, no ha visto jamás gentes vestidas...

Renato se rió de buena gana del perro "orplid".

Pero las pocas horas arrancadas a la vida ciudadana pasaban demasiado pronto. Los que tenían hijos tenían que marcharse los primeros, con los pequeños dormidos sobre el hombro. Y los que vivían lejos, y los que empezaban su trabajo temprano, y todos, en fin. Era la hora final de las voluptuosidades, en que hay que aprisionar con la ropa la alegría del cuerpo, en que hay que cegar la piel y hacerse de nuevo el nudo de la corbata.

Renato, vestido de turista dominguero, es decir, con calzón corto y chaqueta de gruesa tela marrón, se acercaba a un lago muy frecuentado en las afueras de Berlín.

—El Warmsee—decía Schmitt, que le acompañaba—es el "baño libre" de una inmensa población urbana.

En efecto, veíanse numerosas familias y cuadrillas de jóvenes que se encaminaban apresuradamente hacia allí, con la mochila a la espalda. Muchos muchachos iban en cueros, con la mochila sobre la espalda desnuda. Era ya difícil encontrar un grupo de abedules o el resguardo de unas matas que no estuviesen ya ocupados. Los que llegaban los últimos se instalaban al descubierto, lo cual no les apuraba lo más mínimo para desnudarse inmediatamente. Algunas mujeres en *maillot* y algunos hombres en calzancillos estaban perdidos entre los centenares de nudistas que bullían por el bosque y a orillas del lago, animalidad sana y alegre, pelos, nalgas y vientres, senos como terrones, grupas de percherones.

Renato, realmente, había ya visto muchas veces escenas de aquel género, pero nunca de aquella amplitud, sin alcanzar nunca la expansión espontánea de un gran movimiento popular. Avanzaba entre los cuerpos tendidos de bruces aguantando el sol de plano. Los niños corrían y se agarraban a las piernas. Las mochilas, dejadas en el suelo, estaban repletas de vituallas, de salchichas. Algunos excursionistas, hambrientos por la marcha matinal, tomaban el segundo desayuno. Por todas partes montones de prendas, más íntimas que los cuerpos, más licenciosas: enaguas de percal blanco festoneado, o de *voile* de una presunción vulgar, pero siempre imperosa cables, con el vestido cuidadosamente doblado; filas de zapatos, tirantes colgando de las ramas, pantalones tirados al desgaire sobre una mata, con las piernas espatarradas.

—¡Es un Edén que asquea un poco!—suspiró Renató.

De trecho en trecho un violinista, un guitarrista o un acordeonista: e inmediatamente se formaba un coro, sin que desentonase ni una sola voz. En algunos hombres, especialmente velludos, resucitaba la bestia ancestral. Entre la alta hierba de la que emergían sus hombros carnosos había mujeres sentadas, de aspecto bovino y contemplativo. Renato se cruzó con un mocetón de pectorales como platos.

"¿Qué gran corazón ocultará en ese amplio pecho?" Estuvo a punto de pisar a una mujer tumbada, ancha de caderas como una barca. Un muchacho trepaba por un tronco con la agilidad anillada de una boa. Una niñita estaba de pie sobre los hombros de su padre, sostenida su silueta menuda sobre la recia armazón paterna, como un pájaro sobre una techumbre de paja. "Ciertos cuerpos, observaba Renato, lo mismo que ciertos rostros, no poseen nada individual. Pertenecen a la raza más bien que a una personalidad. Es la construcción-tipo del hombre: tal como se ve en las láminas de anatomía."

Caras radiantes, cuerpos regocijados, papilas dilatadas, poros abiertos, sentidos satisfechos, borracha de oxígeno, combustión de las toxinas, euforia epidérmica...

Sobre la playa de arena fina los bañistas no tenían siquiera sitio donde tenderse. El agua removida hacía cabrillear la luz del sol, reflejado en mil particulas. Cuerpos morenos se zambullían, emergían, hacían pie en la orilla, con el pelo pegado a los ojos, la piel lustrosa por el chorreo, con el vello de astracán, largo y alisado ahora como pelo de mono. Una bella mujer, metida en el agua hasta la cintura, bañaba en el cesto de sus brazos a un nene dorado y aterciopelado como un melocotón.

A grandes brazadas lentas y regulares, Renato se adentró hacia el centro y alcanzó una zona tranquila que el golpeteo de sus pies turbaba con un solo surco. Gozaba con cada propulsión, con la cadencia de su respiración, con el vigor encerrado en sus músculos. Se colocó de espaldas, haciendo la plancha sin agitar siquiera las manos. Flotaba como un árbol sobre el gran fondo. A través de las nubes blancas, algodonosas, vislumbraba una estrecha lejanía sobre un cielo casi negro, de lo intenso que era su azul. "He aquí una vista directa del vacío interplanetario, del infinito..." Se sintió arrastrado por la rotación de la tierra, le produjo aquello cierto vértigo y se puso a nadar otra vez.

Cerca de la orilla cambió el *crawl* por la braza para contemplar más cómodamente la playa y hasta el lindero del bosque, la mancha movediza de los cuerpos, cuyas líneas se precisaban a medida que avanzaba. Renato tuvo cuidado, sin embargo, de no ir demasiado de prisa. El espectáculo ganaba con aquella perspectiva. El alejamiento, el sol, el marco natural engrandecían los cuerpos, los ligaban de

nuevo a la tradición antigua. Los defectos y los detalles desagradables desaparecían. La pesadez de las estaturas se convertía en robustez. La salud superaba a la gracia. "Su placer y el mío son semejantes. ¿Quién sabe, por lo demás, si su goce no es más poderoso que el mío, por estar menos manchado de intelectualismo? Es el mismo que el de los hojas, el de las hierbas, el de los pájaros, el de los insectos, el de los largartos, con aquel día de calor, tan orgánico, tan puro. En lo que no dejarán de llamar su bestialidad, en aquella promiscuidad, ¿cómo se diría?, "irritante", están íntimamente unidos con las antiguas edades. Repletos de sensaciones que despiertan lo primitivo en ellos, no son ya empleados, ni pequeños funcionarios, ni obreros, ni amas de casa, sino una tribu de seres nuevos, unos paganos, unos animales bienaventurados..."

Schmitt le llevó a otras agrupaciones, de las que Renato no recordó más que la aplicación con que sus adeptos se quedaban desnudos, por sistema, para obedecer a una teoría que subordinaba el bienestar del cuerpo a cualquier concepción espiritual. Renato se aburrió de lo lindo entre aquellos nuevos catecúmenos. Es más, experimentó un sentimiento claramente penoso en un grupo que frecuentaban numerosos partidarios del "Casco de Acero", que podían alinearse en una trinchera enemiga, y hacían de su cuerpo un instrumento del imperialismo, moldeándole en atención a una causa y no para su propio goce.

Triunfaba la ideología de Schmitt, el hombre que

resolvía por medio del nudismo la lucha de clases y la paz universal.

—¡Son tan parecidos los hombres cuando el uniforme no los viste de enemigos hereditarios! ¡Cómo no compadecer esos cuerpos frágiles, esa piel demasiado fácilmente desgarrable! El cuerpo marca la limitación del hombre. El ha podido inventar máquinas que trabajan como un cerebro o como una mano; ¡pero no ha podido rectificar la forma humana, añadirle absolutamente nada, ni suprimir un solo órgano.

El pensamiento de Renato tuvo un retroceso afectuoso hacia los *wandervôgel*. Ellos, los niños-pájaros, iniciadores en gran parte del movimiento, ponían en ello un candor, una espontaneidad que los adultos, a veces, no podían ya encontrar y que sustituían por una dialéctica pesada.

Renato, disgustado, se negó a acompañar a Schmitt en su visita a los adeptos de una secta extraña, que tomaban baños en el barro de los pantanos, cerca de Berlín.

—No se trata únicamente—explicaba Schmitt—de aprovechar la radioactividad muy conocida de la turba. Es un modo de llevar a cabo la unidad con la Tierra, es una ceremonia mística. Esos hombres adoran los tres elementos: agua, tierra y aire, bajo el símbolo de la caña que crece de la tierra hacia el sol, atravesando el agua. Se coronan con ellas y danzan cantando, desnudos, cubiertos por el cieno bienhechor.

—¡No, no iré decididamente!—rezongó Renato, alzándose de hombros.

Detestaba aquellos excesos que desnaturalizaban una práctica tan simple. Como los que, traspasando las prescripciones del vegetarianismo moderado, hacían voto de no comer ya más que legumbres cocidas, y de no recoger más que los frutos caídos del árbol. O los que de igual modo, por no provocar la muerte de ningún animal, llevaban trajes de algodón, calzado de lona con suela de caucho. Renato se sentía a disgusto ante aquellas manifestaciones de un misticismo germánico descarriado. Se compenetraba más estrechamente con el recuerdo ingenuo de los días vividos con sus jóvenes amigos de Francfort. Ellos bebían en el propio manantial.

"... Quien no sea parecido a esos niños..." ¡También yo predico ahora! ¡Es lo que se aprende en este país doctoral! Pero realmente, Fifa, la niña de las escuelas al aire libre, de las ciudades soleadas, es el tipo de la raza nueva..."

Aquel nombre surgido de pronto en su pensamiento irradió un resplandor tan vivo que él no percibió ya más que la imagen así suscitada.

Una semana de lluvia, un enfriamiento de la temperatura que anunciaba ya el fin del otoño, interrumpieron la investigación de Schmitt, o por lo menos sus visitas a las reuniones al aire libre, porque varias sociedades estaban organizadas de manera a sustituir el baño de sol por el baño de luz producido por una lámpara de cuarzo. Renato acompañó a su amigo a una de aquellas salas. Le cohibió inmediatamente tener que moverse, desnudo, entre muros al lado de otras gentes desnudas. ¿Era tan sólo por

falta de costumbre? Aunque la sala era amplia, Renato se sentía sofocado. Faltábale el espacio libre, el sol que ilumina la desnudez. La luz eléctrica la hacía ficticia. Los demás, y él también, llevaban gafas negras para proteger la vista de los rayos ultravioletas, y aquella máscara sombría que ocultaba la mirada les hacía aún más fantásticos.

Hombres, mujeres, niños, en fila, soportaban pasivamente la ducha luminosa y luego se apoderaban de los aparatos de gimnasia. Sonido claro del choque de las anillas, ruido sordo de los saltadores al caer otra vez en el serrín, golpe mate de las mazas. Tufo de la carne que asciende, se impone, se torna obsesionante. Olor bajo y pesado, con relentes de sudor, agrios como un pífano. Importancia de los detalles físicos vistos desde demasiado cerca...

—¡Ah, no! ¡No tienen unos cuerpos espléndidos!...

—Amigo mío, no sea usted exigente. Le aseguro que para ser unos ciudadanos que no tienen tiempo o medios para ir al campo, sobre todo en invierno, esas salas en que tiene uno el equivalente del sol en las montañas, son excelentes sustitutivos.

—No digo que no. La salud quizás salga beneficiada en ellas. Pero a mí, personalmente, no me agrada esa impresión de *desvestido* que toma el desnudo en un decorado construído por la mano del hombre, ni esa estrecha vecindad obligada. Ya sabe usted—añadió Renato sonriendo—, para atenuar el alcance de su frase, que el francés es individualista...

"... Y, sin embargo, continuó mentalmente, algunos sienten también aquí esa necesidad de soledad. ¿No he visto con frecuencia a Fifa apartarse de sus camaradas, en los bosques? Estoy seguro de que su delicadeza padecería con estos acercamientos molestos. Ella posee a la vez más pureza verdadera y más verdadero pudor que la mayoría de las mujeres que he encontrado después..."

Podía afirmarlo sin injusticia, ya que ¿no la había él comparado con todas cuantas retenían su atención?... Sólo ahora se daba cuenta de ello.

... Las otras mujeres resultaban más humanas desnudas, más sometidas a su humilde destino de criatura de carne, de criatura mortal, dañada. Pero ella, despojada de las ropas que la empobrecían se convertía en estatua, en divinidad...

Renato se había jurado escribir a Fifa, escribirla extensamente. Desde su partida no había enviado más que postales insignificantes.

Sentado ante la mesa de su cuarto, en el hotel, con la estilográfica en la mano, luchaba con un extraño embarazo. ¿Qué decirla y cómo decírselo? Quería él que la expresión no le vendiese, y deseaba, sin embargo, abordar temas más profundos que en sus conversaciones habituales, en las que, como cada uno de ellos hablaba mal el idioma del otro, tenían que comprenderse por aproximación, manteniéndose en las ideas más fáciles de traducir. Renato tenía la evidencia de no comprender a Fifa, aun siéndole ella tan familiar. Pero aquella intimidad física no revelaba al ser moral. Sabía únicamente que ella vivía en un ambiente popular, que amaba la vida sencilla. Pero sus sentimientos seguían siendo extraños para él, bien escondidos bajo su frente morena. El cuerpo también es un vestido puesto sobre un indivíduo más

secreto: y era aquel ser real al que él quería llegar de allí en adelante.

Desistió de escribir y se sumió en un largo ensueño, rico en emociones insospechadas.

... En el fondo, su entusiasmo por el nudismo había sido la necesidad de acercarse y de unirse a ella. Si no la hubiese visto la primera vez, habríase marchado indudablemente con Pedro. Ella le había retenido, como si estuviese encargada de transmitirle un mensaje. ¿Quizás por otra cosa?... El corazón de Renato latió violentamente al presentir la verdad. ¿No había ella palidecido al anunciarle Renato su marcha?... Y aquella mañana en que nadaba ella en el Neckar si la hubiese alcanzado, ¿habría él leído en sus ojos una tristeza, un reproche? ¿No era acaso el despecho lo que la hacía huír tan de prisa, después de haberse preparado, para nada, aquella noche de intimidad?... ¡Y él, ciego, incomprensivo, imbécil!... ¿Era necesario partir, permanecer más de un mes alejado para discernir el lugar que ocupaba en él? Cuando estaba junto a Fifa la trataba como a una hermanita. Identificaba al fin su sentimiento, en su afelio. Sentíase invadido por la revelación dulce y punzante...

—"Y es que también, argüía él para justificarse a sus propios ojos, este amor ha nacido de una manera tan nueva, tan inusitada... Despojado de toda curiosidad... Encontrarse una frente a otro desde el primer momento, en ese estado que no se adquiere habitualmente sino después de una larga y paciente conquista... Esa ausencia de pudor perverso, de coquetería, de misterio carnal... No he sabido comprender que lo que procede del deseo solicitado por vías conocidas debía transformarse en otra cosa... Amor que no nace de la ilusión, sino del conocimiento..."

Ninguna mujer de las que había visto después de su salida de Francfort le había turbado. Entonces era porque estaba defendido secretamente. Había elegido sin saberlo.

Renato se paseaba de un lado para otro, agitado y tembloroso:

"La cosa es ésta: amo a una mujer cuyo cuerpo conocen varios hombres... Pero cuando era yo el amante de una bailarina, ¿qué me importaba el público? Ya sé que no existe relación alguna. ¡Divago! ¿Cómo no he comprendido inmediatamente lo que se escondía bajo mi fervor deportivo? Por ella he querido regenerarme. Ella es quien con una sola mirada me ha hecho cambiar de vida. Pero porque en la práctica del desnudismo el instinto está encalmado por la costumbre, porque es uno dueño de sus sentidos, y está desintoxicado de la obsesión del sexo, no he prestado atención a esa ternura que crecía en mí, a esa adoración casta por cada uno de sus gestos... ¡Pero ahora sé! Ya vuelvo, amor mío. Te pido perdón por haber cedido, estando cerca de ti, al falaz atractivo de lo nuevo. Vuelvo a ti. Quiero estar, otra vez, desnudo hasta el alma. ¡Quedan entre dos amantes tantos descubrimientos, tantas sorpresas aparte de la visión del cuerpo! ¿Es que no hay otra cosa que revelar al hombre que la curva de las caderas?... Estoy seguro de que la Fifa interior es tan bella como la otra..."

Renato bajó al *hall* a consultar la guía; luego vol-

vió a subir a preparar su maleta y cenó apresuradamente en una cervecería próxima a la estación. Dejó unas letras para Schmitt, a quien se sentía incapaz de hablar. Soñaba ya con la vida que ofrecería a Fifa. Se adaptaría ella pronto a París. Su elegancia natural aumentaría con la elegancia permitida a la fortuna. El mismo Pedro se asombraría de su línea y de su distinción. Pero no confundiría nunca su cuerpo con sus vestidos.

Instalado desde primera hora en el departamento donde debía pasar la noche, Renato se aprovisionó de almohadas, resguardadas por una envoltura de papel transparente. Iba solo y pudo tumbarse. Pero su febril insomnio le reveló que la evolución de su sentimiento transformaba su actitud con Fifa. El deseo nacía, no del atractivo de la conquista, sino de la emoción de lo conocido. Aquel cuerpo moreno y dorado como la miel silvestre, aquel cuerpo tan familiar podía suscitar una nueva emoción, convertirse en un tema de trastorno sensual. ¿Qué era haberle contemplado al lado de poseerle?... Sí, aquel cuerpo estaba adornado de un nuevo misterio. El amor le creaba de nuevo una unidad sin igual, un poder de seducción sin par. Numerosas imágenes se alzaban en su memoria, caldeando su ensueño. La firme atadura de los senos juveniles... El surco de sombra que dividía su espalda... Las nalgas henchidas como dos pétalos de rosa... El hilo azul de la vena en la corva... Aquel día en que Fifa ,para tener menos calor, había echado hacia atrás sus cabellos, dejando al descubierto sus orejas. El óvalo de la cara, la línea del cuello, ganaban con ello en pureza. Aquel pequeño

cambio atraía la mirada. El asombro conmovido que había sobrecogido a Renato ante aquel nuevo rinconcito de carne hubiese debido aclararle todo. Contemplaba ávidamente aquella oreja hasta entonces desconocida, descubierta por casualidad. Era de pronto más íntima que el costado o que el vientre. Era ella la que ofrecía a la vista el sabor del descubrimiento. Fifa estaba así más desnuda aún, como si se hubiese quitado una última prenda.

Sí, estaba embriagado por aquel cuerpo que no conocía más que voluptuosidades castas, que no tenía conciencia de su profunda vocación sexual, cuya carne se había esponjado tan sólo bajo la caricia del aire, del agua y del sol. ¿Cuánto más bella sería aún Fifa entonces?...

Renato volvó a encontrar en Francfort su antiguo hotel; se bañó, se afeitó con mano agitada y salió de nuevo en seguida para ir a la Freya Haus. Aquella mañana de mediados de septiembre era gris y agria. Renato, fatigado por el viaje y la tensión nerviosa, se estremecía un poco bajo el ligero gabán que se había puesto, sin embargo, a disgusto. ¿Era definitivamente el final del verano? Siguió en parte el jardín situado sobre las antiguas murallas, que traza en la ciudad un vasto semicírculo de verdor y de flores. Su aspecto había cambiado durante su ausencia. Unas hojas muertas, que sonaban bajo las pisadas como un papel arrugado, tapizaban el césped y las avenidas. La mayoría de ellas estaban enrolladas sobre sí mismas, con las nervaduras visibles,

como un esqueleto de pájaro, rojas, sanguíneas, muertas de congestión seguramente. Su paso estaba señalado por el choque mate de las castañas, cayendo al suelo. En la corteza hendida, forrada de ante blanco, veía él su barniz muy reciente. Un olor a mantillo, a setas, a descomposición, subía hasta sus narices.

Renato titubeó un instante ante el almacén, con el corazón sobresaltado y la garganta seca... Fifa estaba allí, morena en su blusón blanco... Al franquear el umbral sorprendió su emoción. Era más que sorpresa, no se engañaba; estaba turbada... Su rostro era lo único visible de ella. Tan poca carne y tanta alma...

Renato se adelantó, la estrechó la mano y habló sin saber lo que decía, musitando trivialidades con voz sofocada. Ella le interrogó, al parecer, sobre su viaje. Pero antes de que hubiese terminado de contestarla, le dijo apresuradamente:

—Tengo que darle a usted en seguida una gran noticia: soy la prometida..., sí..., de Erwin...

El la miró fijamente como si no hubiese comprendido. Escuchaba repercutir en él aquellas palabras, con una sonoridad extraña. Aquellas palabras llenaban todo su ser, se hinchaban, ahogando algo, allí dentro... Ella añadió, para guarnecer el silencio embarazoso:

—Sí, unas tres semanas después de marcharse usted....

El inclinó la cabeza de una manera que indicaba hasta qué punto aquello le parecía natural y lógico... Claro, él se había marchado, no escribía, ella no po-

día dudar de su indiferencia... Y luego, después de todo, ella había tenido acierto en su elección, probablemente... Erwin estaba infinitamente más cerca de su vida que...

Renato pudo hablar al fin, decir las palabras necesarias. Ella habíase sentido indudablemente apenada por su ausencia, por su despego. Pero ahora estaba consolada, evidentemente. No dejaba traslucir demasiado su alegría, sencillamente por delicadeza, por lo que ella presentía ahora, tan tardíamente revelado.

Renato lanzó una ojeada a la tiendecita que ya no volvería a ver más. Respiró su olor a cereales. En los estantes, harinas, granos, legumbres y frutas secas. ¡Qué amargo sería su sabor de allí en adelante!... Fifa bajaba un poco la cabeza. Un espeso mechón de pelo la azotaba la mejilla... En fin... Ella amaría a Erwin, le amaba ya. Apoyaría su mejilla sobre su hombro, allí donde la carne se ahueca como un nido. Vió de nuevo a aquel muchachote, moreno y rubio, cuyos ojos tenían el color rojo de la zorra, alto y delgado como un álamo, de pecho ancho y recio, de vientre bien terso por la faja de los músculos. Era su amigo, él no quería olvidarlo... Vaya, que sean felices juntos...

Había él podido mezclarse un momento a su vida; pero en el fondo era "el extranjero". De allí, del extranjero venía y allí se volvía. ¿Cómo había pensado en hacer entrar a Fifa en la vida mundana? ¿En vestirla como a una elegante? Ella pertenecía a los bosques, a la montaña, al río. Era una hija de las aguas y de la tierra, una ninfa.

Unas cuantas frases más, que sin precisar nada eran un adiós. Un apretón de mano, apenas más sostenido que de costumbre. Con los labios blancos en la piel bronceada, Renato salió de allí. Un violento ramalazo de viento le acogió. Sí, el verano había muerto, ¡y cuántas cosas con él! Todo lo que había él vivido durante tres meses adquiría la irrealidad de un sueño. Se daba cuenta, por adelantado, de lo difícil que le sería hablar de aquello respetando la verdad, una vez pasada la frontera. Antes que exponer a sus amigos a una opinión vulgar, era preferible guardar silencio. ¿Pero sabría él proteger al hombre en que se había convertido? ¿Iba a recobrar, con el traje, las antiguas costumbres? Había echado piel nueva. ¿La dejaría desprenderse de él a medida que se borrase su morenez?... Parecíale que con Fifa perdía la llave de aquel paraíso, de aquel país Orplid, donde los dioses están desnudos y los hombres...

El viento le abofeteó de pronto como una toalla mojada. Llovía. Lluvia fría, azotadora, hostil. El aire no era ya el elemento amistoso. El cuerpo encogido recobraba su humildad de carne mal protegida. Renato se subió melancólicamente el cuello del gabán.

FIN DE LA NOVELA

Dédalo

SELECCION LITERARIA

Núm. 1.	**"Cuatro granujas sin tacha"**, por G. K. Chesterton	**2 ptas.**
Núm. 2.	**"El golfillo"**, por Charles Ashleigh.....	**2 —**
Núm. 3.	**"Sonata de estío"**, por Valle-Inclán.....	**2 —**
Núm. 4.	**"Mario y el Encantador"**, por Thomas Mann (Premio Nobel de Literatura)...	**2 —**
Núm. 5.	**"Encanto de amor"**, por Maurice Betz...	**2 —**
Núm. 6.	**"Ha entrado un ladrón"**, por W. Fernández Flórez	**2 —**
Núm. 7.	**"Vuelo nocturno"** (Premio Fémina 1931), por Antoine de Saint Exupéry.....	**2 —**
Núm. 8.	**"El ladrón de mujeres"**, por Pierre Frondaie	**2 —**
Núm. 9.	**"El pecado de San Jesusito"**, por Francisco Camba	**2 —**
Núm. 10.	**"Mi corazón y mi carne"**, por Elizabeth Madox Roberts	**2 —**
Núm. 11.	**"El milagro del Padre Malaquías"**, por C. Bruce Marshall.....	**2 —**
Núm. 12.	**"Un corazón burlado"**, por Alberto Insúa.	**2 —**
Núm. 13	**"Grand Hotel"**, por Vicki Baum.....	**2 —**
Núm. 14	**"Noche kurda"**, por Jean Richard Bloch...	**2 —**
Núm. 15	**"Laudin y los suyos"**, por Jakok Wassermann	**2 —**

EN PRENSA:

"El moderno Tobías", por Stella Benson.
"Marea de la mañana", por Neil Gunn.

Dédalo

COLECCION CULTURA POLITICA

Núm. 1.	"Origen de la Familia, de la Propiedad privada y del Estado", por F. Engels...	2 ptas.
Núm. 2.	"El Plan Quinquenal triunfa", por W. Molotow	2 —
Núm. 3-4.	"La crisis económica mundial", por Karl Steuermann	4 —
Núm. 5.	"Introducción al materialismo dialéctico", por A. Thalheimer.....	2 —
Núm. 6.	"Socialización de la Agricultura", por Karl Kautsky	2 —
Núm. 7.	"El despertar de China", por Karl August Wittfogel	2 —
Núm. 8.	"Yanquis y rusos", por Philippe Soupault.	2 —
Núm. 9.	"¿Adónde va el siglo?", por Teófilo Ortega	2 —
Núm. 10.	"Nacionalsocialismo", por Oda Olberg.....	2 —
Núm. 11.	"La guerra estalla mañana", por Ludwig Bauer	2 —
Núm. 12.	"De Canalejas al Tribunal de responsabilidades", por Ramón Martínez Sol.....	2 —

EN PRENSA:

"La revolución social", por Paul Louis.

"Las Internacionales sindicales", por Andrés Nin.

"Historia del bolchevismo, desde Marx hasta nuestros días", por Arthur Rosemberg.

Dédalo

SELECCION POLICIACA

Núm. 1.	"Tras de esa cortina", por Earl Derr Biggers	2 ptas.
Núm. 2.	"La banda de Pedro el Letón", por Georges Simenon	2 —
Núm. 3.	"El secreto de Hardy Street, 37", por Robert J. Casey.....	2 —
Núm. 4.	"¿Por dónde llegó la muerte?", por George Limnelius	2 —
Núm. 5.	"Policías y ladrones", por John Russell...	2 —
Núm. 6	"El himno misterioso", por George A. Birmingham	2 —
Núm. 7	"Oro, sangre y azar", por Danny Ahearn	2 —
Núm. 8	"El halcón del Rey de España", por Dashiell Harnmett	2 —
Núm. 9	"El misterio de High Eldersham", por Miles Burton	2 —

EN PRENSA:

"Luis Beretti", por Donal Henderson Clartz.

"El secreto del Bungalow", por Robert J. Casey.

dédalo

BIBLIOTECA PRISMA

Núm. 1.	"Ni gordos ni flacos: Lo que se debe comer", por el Dr. E. Carrasco Cadenas.	2 ptas.
Núm. 2.	"Tres meses en el Infierno Verde", por Julián Duguid	2 —
Núm. 3.	"Sun-Yat-Sen", por Jorge Soulie de Morant	2 —
Núm. 4.	"Vida de Lenin", libro atribuído a Trotsky.	2 —
Núm. 5	"En las costas del Marfil", por Ethelreda Lewis	2 —
Núm. 6	"La Rusia blanca", por Essad Bey.....	2 —
Núm. 7	"Jutlandia, la gran batalla inútil", por Mateo Mille	2 —

EN PRENSA:

"Historia de la cinematografía", por Alfredo Cabello.

"Historia de las religiones", por Potters.

dédalo

viene ofreciendo a sus lectores, en esta colección, las mejores y más celebradas novelas que se producen en el mundo, una cuidada traducción y esmerada presentación.

Lleva publicadas con éxito extraordinario

"Caín", por León Poirier.....	5 ptas.
"Malasia", por Henri Fauconnier (Premio Goncourt año 1930)	5 —
"El oro", por Blaise Cendrars.....	5 —
"Al Capone", por Fred D. Pasley.....	5 —
"El único tigre", por A. E. W. Mason.....	5 —
"El Plan W.", por Graham Seton.....	5 —
"El pueblo judío a través de la anécdota", por Jaime Bloch	5 —
"Dinah Miami", por Pierre Mac Orlan.....	5 —
"Descentrado", por Irving Fineman.....	5 —
"El escándalo del hidalgo Ernesto", por Jakob Wassermann	5 —
"Cien millones de oro", por Claude Farrère.....	5 —
"La Gran Pradera", por E. M. Roberts.....	5 —

"La voz que clamó", por John Lindsey.....	5 ptas.
"La escuela de las mujeres", por André Gide.....	5 —
"Grand Hotel", por Vicky Baum.....	6 —
"El plan de la aguja", por Blaise Cendrars.....	5 —
"Fruta amarga", por Lorna Moon.....	5 —
"Rapaz", por Ilya Ehrenburg.....	7 —
"Elena Willfüer, estudiante de Química", por Vicky Baum	5 —
"El héroe", por Alfredo Neumann.....	5 —
"Infierno diplomático", por H. R. Berndorff.....	5 —
"Berlín, plaza de Alejandro", por Alfred Döblin.....	8 —
"Las cuevas del Vaticano", por André Gide.....	5 —
"Una enamorada", por Karen Bramson.....	6 —

dédalo

"CLUB DEL CRIMEN"

lleva publicadas, con éxito extraordinario, las siguientes novelas:

"Vida y hazañas del señor Collin", por Frank Heller.	5 ptas.
"El asesinato del Fuerte Medbury", por George Limnelius	5 —
"El secreto de Hardy Street, 37", por Robert J. Casey.	5 —
"Un muerto en el umbral", por Milward Kennedy.....	5 —
"Veneno en la Ciudad Jardín", por G. D. H. y M. Cole.	5 —
"El libro que nos intriga", por Wren y Mc Kay.....	5 —
"Hay que ser brusco", por Michael Fiaschetti.....	5 —
"Los seis perseguidos por el muerto", por Clifford Raymond	5 —
"El camello negro", por Earl Derr Biggers.....	5 —
"Entre dos y tres de la madrugada", por Mac Clure...	5 —
"Los crímenes de Broadway", por Edward J. Doherty.	5 —
"La llamada fatal", por Albert Dorrington.....	5 —
"El señor Collin contra Napoleón", por Frank Heller.	5 —

"La casa de las copas encantadas", por A. C. y Carmen Edington	**5 —**
"La muerte ambulante", por Robert Gore Browne.....	**5 —**
"El crimen de Ana", por R. T. M. Scott.....	**5 —**
"Asesinada en la jaula de oro", por Samuel Spewack.	**5 —**
"El crimen del vagón núm. 13", por Stephen Chalmers.	**5 —**
"Mientras dormía el paciente", por Mignon G. Eberhart	**5 —**
"Deuda aplazada", por C. S. Forester.....	**5 —**
"Ulises, o Los siete menús", por Frank Heller.....	**5 —**

ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTE LIBRO EN
«DIANA», ARTES GRÁFICAS, SITA
EN MADRID, CALLE DE ME-
LÉNDEZ VALDÉS, N.º 40,
SIENDO SU PRIMERA
EDICIÓN EN
EL AÑO
1933

Dédalo

SELECCION LITERARIA

N.° 1. **"Cuatro granujas sin tacha"**, por G. K. Chesterton ..... **2 ptas.**

N.° 2. **"El golfillo"**, por Charles Ashleigh . **2 ptas.**

N.° 3. **"Sonata de estío"**, por Valle Inclán. **2 ptas.**

N.° 4. **"Mario y el Encantador"**, por Thomas Mann (Premio Nobel de Literatura) ..... **2 ptas.**

N.° 5. **"Encanto de amor"** por Maurice Betz..... **2 ptas.**

N.° 6. **"Ha entrado un ladrón"**, por W. Fernández Flórez ..... **2 ptas.**

N.° 7. **"Vuelo nocturno"** (Premio Fémina 1931), por Antoine de Saint Exupéry. **2 ptas.**

N.° 8. **"El ladrón de mujeres"**, por Pierre Frondaie ..... **2 ptas.**

N°. 9. **"El pecado de San Jesusito"**, por Francisco Camba ..... **2 ptas.**

N.° 10. **"Mi corazón y mi carne"**, por Elizabeth Madox Roberts..... **2 ptas.**

N.° 11. **"El milagro del Padre Malaquías"**, por C. Bruce Marshall.... **2 ptas.**

N.° 12 **"Un corazón burlado"**, por Alberto Insúa ..... **2 ptas.**

N.° 13 **"Grand Hotel"**, por Vicki Baum..... **2 ptas.**

N.° 14 **"Noche kurda"**, por Jean-Richard Bloch **2 ptas.**

N.° 15 **"Laudín y los suyos"**, por Jakob Wassermann..... **2 ptas.**

N.° 16 **"Desnudez"**, por Simone May ..... **2 ptas.**

Printed in Spain

Precio: 2 ptas.